Joan Perucho

Los emperadores de Abisinia







El famoso escritor y erudito Samuel Johnson es invitado por el emperador de Abisinia para dirigir la elaboración de un Diccionario de la antigua lengua etiópica tomando como modelo su Diccionario de la lengua inglesa. Tras aceptar la invitación, Johnson inicia el viaje acompañado de su buen amigo, y futuro biógrafo, James Boswell. En El Cairo les espera el narrador de la historia, ministro plenipotenciario de Fernando IV de Nápoles y III de Sicilia, rey de las Dos Sicilias por decisión de su padre Carlos III de España. Este misterioso narrador de origen italiano tiene también una misión en Abisinia: iniciar las negociaciones para establecer un Colegio de Artes y Oficios que regentarían los jesuitas expulsados de España. Como si fuera un malicioso demiurgo y mezclando siempre realidad, historia y fábula el autor teje un sutil entramado de anacronismos, apela a lo fantástico y a lo humorístico y evoca personajes insólitos como el padre filipense Tomás Vicente Tosca, autor de La arquitectura oblicua, un revolucionario tratado al que mucho debe Paul Valéry. En Los emperadores de Abisinia se vive lo increíble con la misma imperturbable naturalidad con que se aceptaba en los antiguos libros de caballerías. Sin embargo, Los emperadores de Abisinia no es sólo una novela de aventuras fantásticas sino también una hermosa historia de amor y una agridulce reflexión sobre lo que hay más allá de las apariencias y los disfraces.

Joan Perucho

Los Emperadores de Abisinia

Áncora & Delfín - 652

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2024

Título original: *Els emperadors d'Abissínia*
Joan Perucho, 1989
Cubierta: *Arte popular de Etiopía (fragmento)*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

He aquí lo que España deberá
al reinado de Carlos III./>al reinado de Carlos III.

Gaspar Melchor de Jovellanos,
Elogio fúnebre de Carlos III

Es un disparate; mejor sería que
no hicieran nada./>no hicieran nada.

Samuel Johnson,
Vidas de los poetas ingleses

1

El día 16 de septiembre de 1771, zarpó de Southampton la renqueante goleta *The Elephant*, llevando a bordo como pasajeros al doctor Samuel Johnson, gloria de la erudición británica, y a su amigo James Boswell. A la altura del cabo Finisterre les sorprendió, según posteriormente informaron, una borrasca provocada por la aparición de un «kraken», el monstruo marino descrito entre sus nieblas nórdicas por el obispo Pontoppidam, y aunque la descripción no se ajustaba exactamente a la figura real que emergía de la turbulencia de las aguas, no dudaron ni un momento en mantener su identificación con la ya expresada. Consecuencia de ello fue la necesidad de hacer escala en Gibraltar para reparar unos obenques rotos por las tremendas sacudidas que soportó el navío. Les recibió el gobernador de la plaza, no ha mucho conquistada a los españoles, y la finura y cortesía desplegada por éste fueron tales, al enterarse de la personalidad del autor del *Diccionario de la Lengua inglesa*, que no les sorprendió recibir una invitación para cenar aquella misma noche en su compañía. El gobernador se llamaba John Wawdrey, el mismo que unos años después se enfrentaría con mi tío, el almirante Francisco Carlos Gravina, que murió en Cádiz al servicio de España.

Me lo contaron después en El Cairo, donde yo les esperaba como plenipotenciario de Fernando IV de Nápoles y III de Sicilia, titular del *Reino de las Dos Sicilias* por voluntad de su padre, el actual Carlos III de España, que abdicó en su favor así que pisó «la piel de toro». Esperaba yo a ambos amigos para conducirlos, por sugerencia de William Pitt, a Gondar, capital de Abisinia, aprovechando mi viaje al mismo lugar con el objeto de presentar mis cartas credenciales a Tekla-Haimanot II, con quien se habían entablado negociaciones secretas para establecer en territorio del Imperio un

Colegio de Artes y Oficios que regentarían buena parte de los jesuitas expulsados de España y Nápoles.

Wawdrey era un hombre violento, culto pero arrojado, y quedó sorprendido no ya por la inmensa cultura del doctor Johnson sino por los visajes y ademanes extraños y sobresaltados de tan eminente erudito. Este chasqueaba la lengua antes de hablar y hacía mil ruidos disonantes mientras su desmesurado corpachón se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, saltaba inopinadamente y extendía, muy rígida, su pierna derecha, que mantenía luego en el aire. Sentado a la mesa en el almuerzo, más que comer devoraba los alimentos si éstos eran de su agrado (todos lo eran), lleno de granos y escrófulas, se ponía rojo por la congestión y pronto empezaba a sudar copiosamente. No era hombre mal educado sino más bien tierno (se había casado por amor con una viuda, ahora ya difunta, baja y rechoncha, que le doblaba la edad y con cuatro hijos que parecían sus hermanos), pero era excéntrico, *tory* visceral y dialéctico feroz, muy religioso. En una discusión lograba siempre que su tesis triunfara a cualquier precio, aunque resultara brutal. Era irrebatible. Su prosa rodaba admirable por la solidez de sus conceptos y por la andadura solemne de su estilo, semejante al de Pope en el verso. Había publicado ya su *Diccionario*, sus ocho tomos de *Vidas de los poetas ingleses*, sus diez tomos de *Ensayos* y no sé cuántas cosas más. A veces hojeaba sus libros; luego, bostezaba.

Boswell era todo lo contrario. Tímido ante su amigo, con un grado de eficacia insuperable para retener los giros de una conversación, se pasaba parte del día escribiendo en su domicilio de Downing Street, transportando al papel todo lo que le había oído decir a Johnson. Podría calificarse como apuesto, aunque vacilante y joven, inexperto y escocés. Su admiración por el sabio era inmensa, lago sin fondo y sin orillas, y habría dado con gusto su vida para proteger a quien consideraba como el imbatible genio de la lengua inglesa. Procuraba disculpar a su amigo en sus exageraciones y desplantes, le buscaba compañía erudita —aunque desconfiada y recelosa— y le proporcionaba invitaciones a espléndidas mesas aristocráticas, a las que tan aficionado era el doctor. Solía decir de él que podría perfectamente pasar de la más desmesurada voracidad a la abstinencia más completa. Esto lo podía

hacer. Lo que no podía era conformarse con la templanza, la virtud de los morigerados. Le reprochaba su dureza, a veces incluso su arrebato, como en el caso de un contradictor de la categoría de Lord Mellifont:

—¡Señor, creo que es usted un miserable *whig*!

Cuando abandonaron Gibraltar, lo hicieron en dirección a Túnez, destacándose junto a las Columnas de Hércules el ojo peduncular del «kraken», emergiendo del mar, que los observaba desde el otro lado del estrecho. Según el doctor, el «kraken» era un monstruo de agua fría y no podía en manera alguna penetrar en el Mediterráneo. Además, era de cultura nórdica en colisión permanente con el humanismo greco-latino, según lo había enseñado así con reiteración en sus lecciones impartidas años ha a la sombra de la Universidad de Oxford.

Llegaron a Túnez un viernes al mediodía atravesando el Bahira (el llamado lago de Túnez). Les recibió el bey en su palacio, después de visitar la Medina, llena de tiendecitas multicolores donde Boswell compró unos juguetes articulados de madera procedentes de las tribus trashumantes del desierto llamado Sáhara. Representaban un león y un camello de grandes ojos que depositó en la portería del palacio, que estaba revestido de relucientes azulejos y con profusión de surtidores por los patios. En el transcurso de la fiesta salieron a bailar unas danzarinas libias cuya escasa indumentaria alarmó al gran escritor, de tal forma que dirigió unas educadas frases al bey recomendando más austeridad en el vestido femenino. La favorita le dijo, en francés, que odiaba la hipocresía y que una noche «*je me sentis pressée de quelque chose qui sur mon corps…*

s'agitait

». Cuando abría los ojos —añadió— vio a un hombre blanco que, suspirando, decía: *—O che sciagura senza c…!*

d'esser

Samuel Johnson (Sam, como familiarmente le llamaba su señora madre) no contestó directamente a la impertinencia, pero le dijo a Boswell, por lo bajo, que éste era un hórrido fragmento del Candide de Voltaire, obra irreligiosa y nefanda. Se levantó y, a modo de respuesta, pronunció, con voz suave y comedida, aunque con múltiples agitaciones faciales, estas palabras que recogió Boswell en

su cuaderno (había confesado ya su proyecto de escribir una biografía sobre el sabio).

—Me temo, señora, que Voltaire sólo se propone, con desenfadada impiedad, obtener una victoria deportiva sobre la religión y desacreditar así la creencia de una Providencia reguladora.

En Túnez visitaron los muros de Cartago (población en ruinas que fue habitada por fenicios, rivales de Roma), lugar donde se desarrolla Salambó, futura novela de Gustave Flaubert. Las ruinas son mínimas. Pero al atardecer se oyen ruidos lejanos, sonambúlicos, y tintineos de collares, voluptuosos suspiros y quejidos, cancioncillas canallas. Luego se presenta algo con estrépito, murallas enteras derrumbadas, los zafiros y la sangre derramada. Aquí se situaban las trescientas hectáreas de la ciudad dividida en cuatro barrios, dando la cara al horizonte. La inmensa África se hallaba acostada entre desiertos y sabanas, bestia ilimitada, amorfa, equívoca, que nos envuelve con su aliento. ¿Se movería alguna vez este gran cuerpo inmóvil? ¿Se pondría en pie? ¿Sacudiría su torpor? Este continente, sumergido bajo el sol, lleva a su espalda la presencia inquietante y fabulosa de la noche. ¿Quién está ahí? Así se lo pregunta el forastero.

Mucho antes, el propio san Agustín había dicho o escrito:

«Mas, ¿por ventura, Dios y Señor mío, hay en mí alguna cosa a donde podáis caber Vos? ¿Acaso cabéis en los cielos y tierra que Vos hicisteis y en que me criasteis? ¿O es mejor el decir que estáis en todo lo que tiene ser, por cuanto ninguna cosa pudiera existir sin Vos? Pues si yo también existo y tengo ser, ¿para qué os suplico que vengáis a mí, no pudiendo yo existir ni tener ser, si no estuvierais ya en mí? En todas partes estáis, y aun en el infierno, allí os hallara también. Luego es verdad, Dios mío, que yo no existiría ni tendría ser alguno, si Vos no estuvierais en mí».

El calor les sofocaba. Un cardo enorme estalló surgiendo inesperadamente del suelo. Se balanceaba amenazadoramente en espera de una oportunidad y una presa adecuada. Rugía con un registro sordo, muy bajo. Se apartaron prudentemente. Boswell quedó demudado por el terror.

2

Recostado en unos fardos de algodón, pensaba en mi Palermo natal y en las playas gratificantes a lo largo del rizado mar azul, tal vez para combatir el calor. Los chiquillos nos bañábamos bajo el ojo severo de los preceptores que nos atiborraban de latines, mucho antes que mi familia me mandara, recién salido de la adolescencia, a estudiar en Madrid y en Londres. En la Universidad de Oxford conocí al doctor Samuel Johnson, que me hizo objeto de su predilección, saliendo, en compañía de éste y de su amigo Boswell, en reiterado viaje a las tabernas. Recuerdo que fue entonces cuando cantaba con emoción las estrofas de Shenstone:

> Quien ha recorrido el áspero
> camino de la existencia,
> por doquiera que sus pasos
> hayan seguido una senda
> suspirará de nostalgia
> al recuerdo que en la tierra
> no halló más grata acogida
> que dentro de una taberna.

También recordaba mi infancia en Bagheria, la Villa dei Mostri de los príncipes de Palagonia, que construyó Ferdinando Francesco Gravina, caballero del Toisón de Oro, y terminó Salvatore Gravina Cottone, tíos míos. Sciascia, en *I mostri di villa Palagonia* afirma de Fernando Francesco que *lascia una figlia che a dodici anni va sposa allo zio Salvatore Gravina Cottone, di, fratellastro di don Ferdinando. La serie dei mostri non è finita*
sessant'anni
. Recordaba una lápida en español con expresión de penas y deseos

de muerte:

Ya la esperanza es perdida
Y un solo bien me consuela
Que el tiempo que pasa y vuela
Llevará presto la vida.

El cardo se inmovilizó. Evocaba a la princesita de doce años, recién desposada, sufriendo los horrores de los monstruos de piedra inmóviles, desfilando por las escaleras de mármol, por los tejados y balaustradas erosionadas por la lluvia y el viento. Aquí estaban. Sucios, desmañados, junto al cardo rugiente. Giovanni Meli, el poeta siciliano, les dedicó estos versos complementarios de los anteriores:

Giovi guardau de la sua reggia immenza
La bella villa di la Bagaria,
Unni l'arti mperrisci eterna e addenza
l'aborti di bizzarra fantasia.
Viju, dissi, la mia nzufficienza,
Mostri n'escogiati quantu putia,
Ma duvi terminau la mia putenza,
Dda stissu incuminciau Palagunia.

Se balanceaba ahora el cardo al compás de la música de las tarantelas cantadas con jolgorio en el barrio de los pescadores. Empezaba el crepúsculo. Se hizo un silencio ante los bosques de mirtos y laureles, y las cosas quedaban detenidas en su sitio. Salió la luna plateada. Todo parecía irreal. El mundo empezaba a sumergirse en un sueño y en un leve suspiro.

3

Les esperaba apoyado en los fardos de algodón amontonados en uno de los muelles de la hermosa ciudad de Alejandría. El *The Elephant* viraba hacia la bocana del puerto enfilando, seguro, su lugar de atraque. Me acompañaba mi secretario copto Chenouti, especialista en lenguas orientales africanas y en vidas de santos del desierto. Chenouti conocía muy bien las distintas propiedades de los animales, ciencia aprendida de los árabes, en un manuscrito hoy en día depositado, custodiado y catalogado por don Miguel Casiri (Bibliotheca Arábigo-Hispana Escurialensis, 2 vols. Madrid,
1760-70)
en la biblioteca del famoso monasterio de Felipe II, llamado El Escorial. Chenouti afirmaba, después de invocar mentalmente la plegaria del sacerdote ante la iconóstasis del rito de san Juan Crisóstomo, que no era propiamente el copto su rito sino el bizantino, y decía cosas estupendas. Un día, por ejemplo, paseando por el Nilo en falúa me afirmó que el cocodrilo pare a orillas del mar y que, cuando salen las crías, las que caen en el agua se vuelven cocodrilos, mientras las que buscan la tierra se convierten en lagartos de agua. Pertenecen a la especie de los lagartos, pero de río. Tanto el cocodrilo como el lagarto de agua se caracterizan porque, cuando muerden a una persona y ésta llega antes que ellos al agua y se lava, mueren, en tanto que si son ellos los que llegan al agua, muere el mordido sin remedio. Algunos sabios coptos dicen que el lagarto de agua, cocido y dado de comer a la gente que se odia entre sí, produce entre ellos afecto y cariño.

—¿No me engañas, Chenouti?

—No, mi señor. Es más, el testículo izquierdo de los lagartos de río, seco y bebido con agua de garbanzos, es afrodisiaco; y quien se unte la grasa de lagarto de río, y duerma sobre la espalda, no podrá

moverse.

The Elephant había atracado en el muelle, y la gente empezaba a agitar sus pañuelos en señal de bienvenida. Apareció la robusta y alta figura de mi querido profesor acompañado por el fiel Boswell. El primero vestía una casaca de color tabaco, camisa con chorreras, de blancura un tanto suspecta, complementando el conjunto unos calzones verde botella y unas medias negras. Llevaba puesta su característica y ridícula peluca, excesivamente pequeña. Boswell se presentó atildado y perfumado, peluca con coleta, en la mano diestra un pañuelo de encaje y en la siniestra un bastón empuñado con elegancia y desenvoltura.

—¡Mi querido maestro! —dije, abrazándole calurosamente. Lo encontraba firme y sano en su gloriosa vejez.

—¡Mi querido discípulo! —Se separó un poco—. ¡A ver, recíteme, señor, la oración ciceroniana en defensa de Anio Milon! —exclamó jocosamente acompañándose con una estruendosa carcajada y agitando los brazos.

—¿Cómo está, señor Boswell?

—Muy bien, señor. Un poco cansado.

Aguardamos a los mozos con las valijas. Chenouti las hizo cargar en una calesa y luego emprendimos el camino de El Cairo, atravesando el conjunto urbano de Alejandría. Ante el Caesareum, Chenouti contó deferentemente al doctor Johnson y a Boswell que Sinesio de Cirene (370) se trasladó a Alejandría, donde la famosa Hypatia le inició en los misterios de la filosofía neo-platónica. Conservó toda su vida un entusiasmo ilimitado por ella, a quien llamaba *su maestra, su madre y filósofa*. Añadió que se acusaba a Cirilo de Alejandría de haber sido el responsable de la muerte de Hypatia, cruelmente despedazada en marzo del año 415 en la escalinata del Caesareum, por unos monjes de Ouadi Natrum.

Llegamos a El Cairo. Atravesamos sus calles cubiertas con toldos (al igual que en la ciudad de Sevilla) para protegerse del sol que caía como oro fundido. Mis dos amigos se enjugaron el rostro con sus pañuelos chorreantes de sudor. Descendimos de los coches ante el palacio de la embajada. Era una construcción reciente, con columnas y un frontón neoclásico en la fachada. El interior se hallaba tapizado y amueblado con gusto. Había cuadros de Arcimboldo que provocaban un supersticioso terror al bey, hombre

obeso y voluptuoso. Grandes espejos venecianos encima de las consolas, sí que había con marcos dorados. Descendimos de los coches ante el palacio de la embajada. Apareció en el zaguán una descomunal *Scolopendra martirialis* que nos miró obsesivamente. Luego, rauda, desapareció.

A la mañana siguiente, bien descansados los viajeros, emprendimos un paseo por los barrios de la ciudad y nos asomamos sobre el pretel del Nilo. Había, de vez en cuando, unos nauseabundos cubos de agua y unos cazos de cobre para dar de beber a los sedientos públicos. Johnson torció el gesto.

—Imagino, señor, que si usted desea tener una idea justa de la magnitud de esta ciudad, no debe contentarse con ver sus grandes calles y plazas, sino que le es necesario recorrer las innumerables callejuelas y rincones. No es en las notorias evoluciones de los edificios, sino en la multiplicidad de las viviendas humanas que se hallan aglomeradas donde reside la maravillosa inmensidad de El Cairo.

—En efecto, señor —contesté—. Pero una excesiva curiosidad es peligrosa en estos ámbitos sujetos a la ley del bey y a la autoridad de Constantinopla. Preferiría, señor, haceros visitar antes las pirámides como un rendido homenaje al pasado.

—De acuerdo, señor. Regresemos al pasado.

Nos encaminamos a Giza para visitar los monumentos funerarios que están al borde del desierto. Nos acercamos a la gran pirámide de Keops.

—Vamos a entrar —dije.

Boswell estaba asustado por lo angosto de la entrada y por su espantosa oscuridad. Dudaba. Johnson lo empujó.

—Adelante, señor.

Anduvimos agachados por espacio de media hora hasta la cámara funeraria. Chenouti manejaba una lámpara. El silencio zumbaba en nuestros oídos.

Al salir, el ilustre autor de la *Vidas de los poetas ingleses*, contorsionó horriblemente su rostro, ásperos resoplidos salieron de su garganta y, brincando en el aire con la pierna extendida, nos sorprendió con esta sabia disertación:

—Ya hemos recreado nuestro ánimo con la exacta inspección de la obra mayor del hombre, salvo la muralla de la China. Es muy

fácil explicar el motivo de la construcción de tal muralla. Ella daba seguridad a una nación rica y medrosa, defendiéndola de las incursiones de los bárbaros que, por su inhabilidad en las artes, más querían atender a sus necesidades con la rapiña que con la industria, e invadían de vez en cuando las pacíficas poblaciones mercantiles, bien así como los buitres se arrojan contra el ave doméstica. Su celeridad, fiereza e ignorancia hacían necesaria la muralla. Pero por lo que toca a las pirámides, nunca se ha dado una razón que explique el coste y trabajo de la obra. La estrechez de las piezas prueba que no podían ofrecer un refugio contra los enemigos, y los tesoros habrían hallado un lugar de depósito mucho menos costoso, con igual seguridad. Parece que las pirámides se erigieron solamente para satisfacer el hambre de la imaginación, que sin cesar devora la vida, y que siempre debe aplacarse dándole ocupación. Los que ya tienen cuanto pueden disfrutar, deben ensanchar el círculo de sus deseos. El que ha edificado por necesidad hasta que ésta quede satisfecha, empieza a edificar por vanidad y extiende su plan al más alto poder de la ejecución humana, para no verse pronto seducido a concebir otro deseo. Yo considero esta gigantesca construcción como un monumento a la insuficiencia de los goces humanos. Un rey cuyo poder es ilimitado y cuyos tesoros sobrepujan a todas las necesidades reales o imaginarias, es compelido a dar solaz con la erección de una pirámide a la vaciedad del mando y al disgusto de los placeres, y a endulzar el tedio de una vida decadente, mirando cómo infinitos trabajadores apilan constantemente piedras sin designio alguno. Quien quiera que tú seas que, no contento con una condición moderada, crees que la felicidad reside en la magnificencia real, y que el poder y las riquezas pueden saciar el apetito de novedad proporcionando placeres continuos, examina las pirámides y confiesa su locura.

Quedaron todos abrumados por tan alta sabiduría y brillante exposición. Luego, nos dirigimos a visitar el casco urbano y el mercado llamado Khan-el-Khalili así como las diversas mezquitas (Kalawan, El-Akmar, El-Hakuir, del sultán Hasan, la de Ahmed Ibn Tulun, etc.) y la Ciudadela.

Aquí vimos unas momias que nos recordaron sombríamente relatos espantosos y el poema de La Fontaine sobre los sarcófagos

egipcios que poseía el ministro de la Corona Fouquet:

Si je vois qu'on nous entretienne
J'attendrai fort paisiblement
En ce superbe appartement
Ou l'on a fait, d'étrange terre,
Depuis peu venir à grand-erre
Non sans travail et quelques frais
Des rois Cephrim et Keopès
Le cercueil, la tombe ou la bière;
Pour les rois, els sont en poussière;
C'est la que j'en voulais venir.

Otro día les conduje al barrio copto, llamado «*Le Vieux Caire*» o «El Cairo antiguo». Los coptos son los primeros habitantes de Egipto y su religión, estrechamente ligada a los abisinios, es cristiana cismática monofisita (se vio a una Medusa de piedra reír diabólicamente a mandíbula batiente) y conserva iglesias muy bellas: El Moallaqah, Abu-Serga y Santa Bárbara. Existen unos papiros coptos que recogen fragmentos de Evangelios apócrifos: «Sucedió uno de aquellos días, cuando Juan, el hermano de Santiago (ambos son los hijos de Zebedeo), hubo entrado en el templo, que se le acercó un fariseo por nombre Ananías y le dijo: ¿Dónde está el Maestro, que no le sigues? Él le dijo: Por donde vino se marchó. Dijo el fariseo: Este Nazareno os ha engañado dolosamente, pues os ha cegado y apartado de las tradiciones de vuestros padres».

Chenouti, después de aplastar una enorme cucaracha negra con sus zapatos, nos informó que varios ingleses habían visitado El Cairo recientemente y, en especial, el barrio copto, cuya religión tanta importancia tiene para el rito observado en el país de las fuentes del Nilo azul.

—Es verdad, señores —corroboró Boswell con satisfacción—. Conocí a un tal C. D. Adams, muy amigo del señor Gibbon, querido contertulio del Club Literario de Londres, que había emprendido un viaje por Egipto. Decía este caballerete que, en los monasterios coptos, las plegarias se hacen en árabe. La epístola y el evangelio se leen en copto; pero los clérigos, pareciéndose a los loros, repetían

sin comprender los textos. Para copiar los manuscritos coptos que se guardan en algunos conventos, es necesario pedir autorización al Patriarca.

En aquel momento, Johnson, sacándose un libro de la faltriquera, anunció que lo estaba leyendo todas las noches y que se trataba de la relación de un viaje por estas tierras de un tal W. C. Browne. Escrito en francés, es muy interesante respecto a sus juicios sobre los coptos. Carraspeó y, después de sus acostumbrados ruidos y gargarismos, leyó: «Los coptos son inteligentes y astutos. Hay muchos que ejercen el oficio de pendolistas. Los que están en los negocios disimulan casi siempre y no dejan aparentar lo que son, porque una larga experiencia les ha enseñado lo que los otros cristianos no saben aún, y es que bajo un gobierno arbitrario, la oscuridad representa seguridad. Aunque melancólicos por naturaleza, los coptos se entregan al trabajo con mucho celo y actividad. Les gusta considerablemente el licor fermentado (araki) que ellos mismos fabrican, y son muy libres en el amor. No obstante, son muy dados a su religión y siguen reverentemente a sus muchos sacerdotes».

Almorzamos en la embajada unos «makhallat» y un «kebab» deliciosos, preparados por mi cocinera árabe. Luego, en los postres, Johnson, mirándome fijamente a los ojos, me preguntó:

—¿No se ha preguntado por lo que he venido a hacer aquí, señor?

—Procuro ser discreto, señor. Me complazco mucho teniéndole a mi lado.

—Gracias. Lea esta carta.

—Me tendió una carta escrita en inglés y con el sello de la secretaría particular del emperador de Abisinia. Leí:

> Distinguido señor:
>
> Conocedor de su gran autoridad en el campo erudito y la filología, emanada principalmente de su gran obra *Diccionario de la lengua inglesa*, y deseando por mi parte tener en mi amado Imperio una obra semejante respecto a nuestra antigua lengua, el gheez, le ruego encarecidamente la prestación de sus valiosos servicios al objeto de establecer las bases para que nuestros gramáticos y literatos la realicen

> bajo su dirección, todo ello en el bien entendido que compete a usted fijar sus estipendios y honorarios y a su discreción, y serán, usted y acompañantes, huéspedes muy queridos nuestros, mientras dure su tarea, de la casa y familia imperiales. Esperando que acepte usted nuestras pretensiones, con ruegos muy encarecidos le deseamos una cristiana ventura en la Paz del Señor. Nos, el Rey de Reyes, Emperador de Abisinia, Tekla-Haimanot II.

—Muy bien, ¿ha aceptado usted, señor?

—Sí, hijo, he aceptado.

El astro solar empezaba a declinar en el horizonte. A lo lejos se extendía el desierto reverberante. Algo ocurría, sin embargo, con imágenes cegadas por la luz moribunda. Se veían las sombras de los *Cuatro Hermanos Largos* (Dióscoro, Ammón, Eusebio y Eutimio) perseguidos en el desierto sonambúlico de Nitria por Teófilo de Alejandría, el fautor del destierro de san Juan Crisóstomo. Venían los perros. Se oyó el graznido de las garzas reales hacia el Nilo.

4

No podía dormir y encendí una lámpara. Mi vida ha sido, hasta ahora, una sucesión de deslumbramientos y de descubrimientos. Cuando niño, viví en el palacio de mis tíos, en Palermo y, en verano, en la Villa dei Mostri de Bagheria. Oí conciertos de clavicémbalo en los salones de Palagonia, lujosamente decorados y amueblados, pero siempre con un punto de severidad muy española. Don Caetano, vestido de negro, me enseñó las primeras letras y luego la retórica, la historia y el griego y el latín. Tuve un maestro de esgrima, un francés llamado Des Combes, plenamente dedicado a la vida galante con fáciles y rústicas aldeanas. Mis tíos me educaron para la vida pública, pues entendían la vida como un servicio. Mi confesor y maestro de moral fue el primo Giancarlo, obispo de Palermo, que me hizo conocer y sentir el gusto por la pintura. Me hablaba de la fugacidad de la vida y me recomendaba la lectura de Boecio, en la traducción castellana de Esteban Manuel Villegas, autor de La Rioja (provincia española), llamado el «dulce Villegas» por su libro de poesía *Las eróticas*, título «non sanctum», sin embargo. A veces, paseábamos por los sótanos o catacumbas del convento de los Capuchinos, en la Piazza Capuccini, con más de ocho mil cadáveres momificados, expuestos a lo largo de los muros, colgados en ellos como muñecos, vistiendo sus trajes habituales que usaron en vida. Había generales y jueces con sus bastones de mando, monjas y cortesanas vergonzantes con sus velos negros rasgados, niños y niñas con sus vestidos de primera comunión, burgueses de la Marina, carreteros de Siracusa y toneleros de Mesina. Cuando salíamos a la luz de la mañana, yo lo veía todo muy sombrío, pues he olvidado decir que era huérfano de padre y madre (aunque muy rico, propietario de extensos viñedos en Sagaste) y puesto bajo la tutela de mi tío Salvatore.

Cuando éste casó con Julietta, que apenas tenía trece años, me

convertí en el compañero de juegos de ésta, protegiéndola de sus terrores, pues era evidente que los monstruos de Palagonia competían con los de Bomarzo, en Viterbo. Era una niña con rizos, vestida de sedas y brocados, muy mimada por su marido. Tenía un perro y un gato, a los que tiranizaba cariñosamente, ocultándose estos en los rincones llenos de sombras movedizas. Un día encontraron al perro muerto a mordiscos a los pies de un monstruo de piedra; otro día al gato. Tales muertes fueron atribuidas frívolamente a un zorro plateado que merodeaba por los alrededores y a veces dentro del jardín. Era evidente que vigilaba el palacio.

Me enamoré de Julietta. La veía bella e ideal, todavía jugando con muñecas. Era dulce, aunque versátil e inconstante. Intentó tiranizarme como a sus perros y a sus gatos, pero siempre me sentí libre en mi interior y no di mi brazo a torcer. Esto le producía a ella mil rabietas. Otras veces aparecía mimosa y dulce y yo me plegaba a su voluntad. No sé si ella llegó a quererme nunca, pero lo cierto es que todo fue como un sueño, muy platónico e idealizado. Leíamos a Petrarca. Nuestro soneto preferido era el LXXXII:

Hasta ahora de amaros no he cesado,
señora, ni lo haré mientras aliente;
pero ya llego a odiarme fieramente,
y del continuo llanto estoy cansado.

Nos transcurría el tiempo por entre los árboles, oyendo el canto de los pájaros, escuchando los latidos de nuestro joven corazón.

5

Cuando tío Salvatore decidió ampliar mis estudios, lo hizo pensando, como ya he dicho, en una futura carrera mía en la Corte y, de conformidad con ello, mandóme diligente a Madrid, solar de antiguas raíces de familia y, más tarde, a Londres para finalmente —eso ya se vería— estudiar en Oxford o en Cambridge. Lo hizo así, vista mi poca capacidad para la milicia y, en cambio, mi gran afición a las letras y a las artes. En Madrid, me hospedé en casa del conde Juan Bautista Conti, gran amigo de mis tíos, natural de Lendinasa (Venecia) y autor de una *Colección de poesías castellanas*, en tres tomos, traducidas en verso toscano, que me sirvió de mucho para conocer a los poetas españoles. Formaban una gran familia los Conti, con don Antonio (que había servido en los Guardias de Corps), el hermano don Silvio, colocado de oficial en la marina de guerra española y doña Sabina Conti, prima y mujer de Juan Bautista. En el salón de los Conti tenían lugar tertulias de literatos, a las que asistía el napolitano Pedro Napoli Signorelli, autor de una *Historia crítica de los teatros*, íntimo amigo de Leandro Fernández de Moratín, de quien tradujo al toscano *El Viejo y la Niña* y *La Comedia Nueva*. También conocí a otro italiano, aunque ya naturalizado en España, don Mariano Pizzi y Frangeschi, doctor en medicina y catedrático de lengua arábiga en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid, recién inaugurados.

Madrid es un gran poblachón desvencijado, lleno de gracia castiza con sus majas y sus chulos. Las calles no estaban empedradas, y es conocida la costumbre de sus habitantes que, al vaciar los vasos de noche, lo hacían arrojando el contenido a la calle al grito de «¡agua va!». No obstante, había buenos edificios, como el Palacio Real, que sustituyó el antiguo Alcázar de los Austrias, incendiado en 1734, y muchas iglesias y conventos,

mereciendo citarse las Descalzas Reales, las Salesas y las parroquias de San Andrés, San Millán y San Ildefonso.

Asistía yo a muchas reuniones en la *Fonda de San Sebastián*, enfrente de un cementerio lúgubre. En la planta baja había un café que inspiró la comedia *El Café* de Moratín, a quien conocí en ocasión del estreno de *El sí de las niñas*, una preciosa comedia al estilo de Goldoni. Me hice amigo también de sus íntimos Conde, Melón y Gómez Hermosilla. El dueño de la fonda era un italiano (como se ve éramos muchos italianos en Madrid por aquel tiempo) llamado Gippini, que fue arrendatario de la cocina y repostería en los bailes de máscaras celebrados en los Caños del Peral y dueño, después, de la fonda y café de la muy celebrada Fontana de Oro.

Alterné íntimamente con los componentes del clan de los Iriarte (los canarios Bernardo, Juan, Tomás) y vertí, lo más elegantemente que pude, al italiano un epigrama de Juan, el Bibliotecario Real, autor de una gramática en verso, ensayos y epigramas latinos. A su muerte se publicó un tomo de su obra dispersa. Mi traducción se deslizaba de esta manera:

Misura e imagine
del Tempo rapido,
ombra, onda movile,
polve, e girevole
routa ei da.

Desfilaron ante mis ojos otros literatos, como los valencianos Francisco Cerdá y Rico y Juan Bautista Muñoz (publicó éste el primer y único volumen de una historia de América). Me impresionó el coronel Cadalso, que había intentado desenterrar el cadáver de su amada (una cómica) a imitación de Young, escribiendo las *Noches lúgubres*, y cuya muerte en Gibraltar, batallando junto a mi tío Francisco, fue muy llorada por sus amigos. En una fiesta en casa de los Conde hablé con Pepita Muñoz, que decían novia de Moratín, y me miró con buenos ojos. Era una señorita fina, dicharachera y castiza. No resultaron los amores con Moratín.

El padre Estala publicó una copiosa antología de la poesía española en veintiún volúmenes (más sistemática que la de López

de Sedaño) que puso bajo el nombre de su barbero Ramón Fernández. Vi también a Meléndez, Fomer y Diego González, autor, celebrado y fácil, de *El murciélago alevoso*.

Durante mi estancia en España me aficioné a los toros. De una *Cartilla en que se notan algunas reglas de torear a pie en verso y prosa*, copié estos versos:

De Ante ha de ser el Vestido,
para el Cuerpo resguardar
pues no le puede calar
aunque él se vea oprimido

«Costillares» (Joaquín Rodríguez) era el héroe de la fiesta. Toreaba como un ángel, al decir de los entendidos, que son muchos en Madrid. Pepe Hillo era el teórico que, más tarde, emularía Francisco Montes en *Tauromaquia o Arte de Torear*. En él se dice que «la falta de instrucción en las reglas de la tauromaquia, hace que comúnmente en vista del buen o mal éxito de las corridas, culpe el público al que menos tiene parte en las faltas cometidas. Se ve con frecuencia que el pobre ganado, a pesar de reunir toda la fiereza de que podrá dotarle la naturaleza, se le ha tratado por la mayor parte de los espectadores de cobarde, deshonrándole con banderillas de fuego, o castigándole con la soltura de perros, estando la verdadera culpa de parte de los lidiadores».

Por aquel tiempo, vino una inglesa de muy buen ver, llamada Pamela Andrews, muy amiga de Lord Holland, que habitó durante una corta temporada en la calle de Bodegones, cerca del domicilio del que luego sería ministro del rey José I,
O'Farrill
. Por cierto que alcancé a oír una historia extraña acerca de un monstruo fluctuante al que la gente llamó «monstruo de Bodegones».

Así que dominé por completo el idioma castellano, mi tutor me hizo cambiar de país, ordenándome que me trasladara a Londres. En esta ciudad viví dos años, adaptándome a los usos y costumbres de los británicos. Me matriculé en el Pembroke College de Oxford, frecuentando la Bodleian Library, recibiendo lecciones de Mr.

Hateman, que había sido, a su vez, maestro de Samuel Johnson. Conocí a éste cuando estaba en el cénit de su gloria, paseando por el parque de Christ Church y me presentó a James Boswell, que era un joven diligente, lleno de admiración por el gran sabio y poseído por la obsesiva idea de escribir su biografía. Me introdujo en el «Club de los Literarios». En una ocasión, al serle indicado que míster Macauley decía que no sabía cómo podía él conciliar sus principios políticos con su moral, sus ideas de la desigualdad y de la subordinación con su deseo de felicidad para todos los hombres, quienes podrían vivir tan agradablemente si tuvieran sus porciones de tierra y ninguno dominara a los otros, Johnson respondió: «Pues yo reconcilio mis principios muy bien, porque los hombres son más felices en un estado de subordinación y desigualdad. Si llegaran a estar en este estado de igualdad, pronto degenerarían en bestias; se convertirían en la nación de Monboddo; sus rabos crecerían. Señor, todos serían perdedores si todos trabajasen para todos; no habría ningún mejoramiento intelectual. Todo mejoramiento intelectual surge del ocio; todo el ocio surge del que unos trabajen para otros».

Otra vez, una dama hablaba violentamente contra los católicos y contra los horrores de la Inquisición, y Johnson ante el asombro de todos defendió la Inquisición y sostuvo que «la doctrina falsa debía ser atajada en cuanto apareciera; que el poder civil debía unirse a la Iglesia para castigar a los que se atrevieran a atacar la religión establecida, y que eso sólo debía ser castigado por la Inquisición».

Otra vez, en una comida, dijo: «No quise hacer ninguna ofensa a su sobrina, sino un gran cumplido. Un jacobita, señor, cree en el derecho divino de los reyes. El que cree en el derecho divino de los reyes, cree en la divinidad. Un jacobita cree en el derecho divino de los obispos. El que cree en el derecho divino de los obispos, cree en la autoridad divina de la religión cristiana. Por consiguiente, señor, un jacobita no es ni ateo ni deísta. Eso no puede decirse de un *whig*, pues el "whigismo" es una negación de todo principio».

De Londres exploré todos los rincones, sumergido en la niebla de la que emergían los más bellos monumentos, parques y jardines. Hay confort y lujo. Dice un panegirista francés que la riqueza, la elegancia, el aseo y el local espacioso distinguen las tiendas de Londres. A su llegada a la capital, el extranjero se sorprende por su magnificencia; llama su atención la de los orfebres, los joyeros, los

sastres y las modistas, los comerciantes de vidrio y porcelana, los charcuteros. A menudo, un simple comerciante le ofrece colecciones de objetos preciosos cuyo valor es sólo asequible a un principado de Italia o de Alemania; parece que tales objetos no pueden ser comprados sino por monarcas, y el extranjero se pregunta cómo un comerciante puede deshacerse de tales objetos vendiéndolos.

Muchas veces me iba a pasear por las orillas del Támesis, gran río navegable, majestuoso e impasible. Me aficioné a tomar el té de las cinco, que los ingleses toman con pastelillos y mermeladas. Conocí a Horace Walpole, joven sensible y disoluto, y con él a admirables señoritas elegantes de las mejores familias; alterné con gente que fueron contemporáneos de los cocheros irlandeses que formaban «rondas electorales» en favor de los liberales, de las duquesas que daban fiestas en sus palacios en honor de la decrépita Madame du Barry, y de los salteadores de caminos que atracaban a los viajeros en los alrededores de Londres. Me despedí con estos versos de Pope:

> Junto a los prados, siempre coronados de flores,
> donde, orgulloso, el Támesis sus altas torres mira,
> se eleva un edificio de líneas mayestáticas,
> al que el Hampton vecino da nombre.
> Gobernantes de Inglaterra allí dictan, a veces,
> la caída del tirano extranjero y de indígenas ninfas

De regreso a casa, mis tíos me procuraron un puesto subalterno en el Consejo de Estado, sito en Nápoles. Allí me postré a los pies de mi rey, que luego sería el gran Carlos III de España, con mis bártulos, mis libros y mis botes para el té. Leí a Maquiavelo, a Burke y a Saavedra Fajardo. Alquilé un pequeño *palazzo* en la Riviera di Chaia y me puse a las órdenes de monseñor Alfieri, autor de eruditas anotaciones al tratado vigente con Egipto y jefe de los servicios de política extranjera del gobierno del Reino de las Dos Sicilias. Me apasionó Egipto y conquisté la confianza de monseñor. Fui subiendo paulatinamente en la importancia de los cargos. Al poco tiempo (sólo unos pocos años) me encontré clasificado como un experto en asuntos orientales (en realidad, del Cercano Oriente, como lo puede ser Siria, Palestina, Armenia o Arabia), todos ellos

en grave colisión con el sultán de Constantinopla, que ejercía un despótico poder sobre estos territorios, a excepción de la perla, cristiana y rutilante, del Imperio de Abisinia, cuya independencia feroz, misterioso prestigio y fascinación le venían, a través de la historia sagrada y de los siglos, directamente de Salomón y de la Reina de Saba.

Nápoles es bella, desde el mar constituye una finísima estampa, con el Vesubio coronándola y teniendo pegado en el oído los deliquios sentimentales de la canción napolitana. La geografía es delicadísima; la ciudad también, pero con reservas. Se dice de Nápoles que es sucia, bella y horrible, miserable y fastuosa, injusta y sensual. Es verdad. Goethe, en su Viaje a Italia, dice que perdona a aquellos que se vuelven locos a la vista de Nápoles. Un autor futuro, H. Taine, en su libro del mismo título, exclamará: «*Quelles rues on trouve! Hautes, étroites, sales, bordées à tous les étages de balcons qui surplombent… Parfois, au milieu de ces taudis, enorme, la porte monumentale ancien hôtel*
s'éleve
l'encaignure
d'un
». No todo, sin embargo, es así. Si se va al Vòmero y al Posílipo, se ve la ciudad con jardines.

La presencia aragonesa se deja ver con el impresionante Castel Nuovo de Alfonso el Magnánimo y las torres militares de la Puerta Capuana. La presencia de los virreyes españoles, es más vasta, empezando por la populosa vía Toledo y la Spacca-Napoli (calle que divide en dos la ciudad vieja) y acabando por los palacios y las iglesias, como el Gesú Nuovo o el San Giacomo degli Spagnoli, que edificó en 1540 el virrey, marqués de Villafranca. Aquí vi la sombra intrigante del poeta Francisco de Quevedo, brazo derecho del virrey duque de Osuna, que le encargó la Hacienda del Virreinato y otras importantes y peligrosas misiones políticas, como los hechos de Venecia, historiados por Saint Réal en *Conjurations des espagnols contre la Republique de Venise* (1674). En este libro, el historiador dice que «*le conseil était fort indigné de trouver les Venitiens en tête*
d'Espagne

par-tout
». Enigmas de la historia.

En ningún lugar de Italia, como aquí, se puede encontrar lo que se ha convenido en llamar la «picaresca», hasta el punto de preguntarse si ésta es española o napolitana. Reside en las calles y en las plazas. Se grita de puerta en puerta, de balcón a balcón, de ventana en ventana y se ven sus pequeños talleres artesanos y sus tiendecitas de comestibles y sus figones con hombres solos, desocupados, gesticulantes. La ropa tendida chorrea desde los pisos, los vendedores ambulantes proclaman su mercancía la voz en grito. Los chiquillos juegan en las esquinas:

Io te do una cosa a te,
tu me da una cosa a me.

Siempre hay perros husmeando las basuras. Hay miradas y rostros que estremecen. Uno no deja de considerar que aquí saldrá la *camorra,* llamada también *annurata societá*, sociedad de maleantes peligrosos. Desde los tiempos de Fra Diávolo (inspirador de futuras operetas y películas), este país es propicio al bandidaje y a las sociedades secretas tales como la legendaria *mafia* siciliana, la
n'drangheta
calabresa, la camorra Napolitana o los carbonarios decimonónicos, más o menos sinceros en su entusiasmo generoso y garibaldino.

En este aspecto tenebroso, también hay las sibilas, que son antiguas profetisas de un carácter más bien horrible, surgidas del mundo misterioso de la antigüedad clásica, dormidas en las páginas sugestivas de un Gibbon o un Momsen. Las busqué en las pinturas de Rafael, en la iglesia romana de Santa María de la Pace, que ejecutó el año 1591 para Agostino Chigi. Se trataba de las sibilas Cumana, Pérsica, Frígida y Tiburtina. Más tarde, en Tívoli, paseé por la «via de la Sibila» teniendo la posibilidad de contemplar el elegante templo de Vesta o «de la Sibila». Eran sibilas imprecisas. ¿Cuántas había en realidad? La más importante, o más célebre, es la de Cumas (cerca de Nápoles) de que habla Virgilio en la traducción de Gregorio Hernández de Valasco:

Hubo una honda y espaciosa cueva,
De una ancha horrible y tenebrosa boca,
Áspera y escabrosa, con gran suma
De piedrezuelas toscas, cuya entrada
Estaba defendida a todas partes
De un negro lago y de un oscuro bosque.

La descripción de Virgilio es bastante aproximada, pues visité la cueva y el lago del Averno (el infierno). El lugar es siniestro y solitario. Al salir del antro me preguntaba por su posible etimología. Parece que es contracción y composición de dos voces griegas, «Sios», que significa «Dios» y «belle» que significa «mente», como que el conjunto de las dos dice «mente divina», esto es, entendimiento iluminado por Dios. Estas mujeres anunciaron verdades, que parte se han verificado y parte sucederían a su tiempo. Las sibilas, pues, fueron mujeres llenas de Dios, como escriben Diodoro Sículo, Sernio y Lactancio Firmiano. Marco Varron dice que sibila es lo mismo que consejo de Dios. También lo dice san Jerónimo contra Joviniano. Los santos doctores escolásticos confiesan de estas sibilas que fueron profetisas, y afirman que se salvaron y son santas, pues negaron los dioses de la gentilidad, confesando un dios solo, que guardaron perpetua virginidad. Clemente de Alejandría refiere un dicho del apóstol san Pablo (aunque este dicho no se halle en ninguna de las cartas que la Iglesia tiene de él recibidas) hablando de las sibilas. El dicho es éste: «*Libros quoque Graecos sumite, agnoscite Sibyllam quomodo unum Deum significet*», etc. De los oráculos de estas sibilas trató largamente san Justino Mártir, san Agustín, san Jerónimo, Eusebio de Cesárea, Arnobio, Próspero, Lactancio, Betuleyo. Homero trasladó los de la sibila Délfica, y Virgilio los de la Cumea. Nuestro fray Luis de Granada dice que el Señor quiso que «hubiese Profetas que denunciasen su venida, y quiso también que entre los gentiles hubiese Profetisas que denunciasen lo mismo que ellos, pues él venía a salvar a un pueblo y al otro. Éstas fueron las sibilas, que todas fueron vírgenes» (*Introducción al Símbolo de la Fe*). Tratan también de las sibilas Cornelio Tácito, Suetonio, san Antonino, Polidoro, Bautista Mantuano, Cristóforo Landino, César Baronio y Santo Tomás, entre otros.

Ahora bien, dejando aparte las sibilas santas, aparecen algunas que no lo son tanto, y aún existen otras de maléficos horrores, como la que sale en *Le paradis de la reine Sibylle*, que es un antro lleno de pecaminosas delicias en el que se hallaba la reina Sibila, «*qui estoit en son tribunal assise et acompaignée*». La encontró Antoine de la Sale en un viaje que hizo al monte de Ancona el año 1420. Sucumbió a las delicias y perversiones y se arrepintió para hacer pública penitencia, pero al cabo reincidió en el pecado blasfemando.

En cuanto a Palermo, diré que es una ciudad a la que quiero más que a ninguna otra, pues es mi ciudad. Es increíble, llena de luz y de belleza, y al doblar una esquina ofrece la sorpresa de presentar algo inesperado o disparatado. Iglesias bizantinas y normandas (la Capilla Palatina, la iglesia dei Eromiti) se alternan con las huellas de la dominación española, que son constantes e importantísimas. Los virreyes dejaron (como en Nápoles) un legado monumental, ahora en estado bastante decrépito; algunos monumentos, muy pocos, se presentan de manera decorosa, como la puerta de Carlos V y los «Quatri Canti» que forman una encrucijada principal de la ciudad en plena vía del virrey Maqueda. Por todos los lados se pueden ver los «pupis», tradicional teatro de marionetas en el que los «palatinos» combaten ardorosamente con los moros y los rugientes dragones. Como si fueran «pupis» se presentan las ocho mil momias de las catacumbas de los Capuccini di Palermo, de las que ya he hablado, a partir de Frate Silvestre da Gubbio, muerto el 16 de octubre de 1599.

Estos funerarios capuchinos se establecieron en Palermo en 1534, recibiendo del Senado la licencia de edificar su convento «*extra moerus in contrada San Lunardi de Daimisindi*», y en 1570 el cadáver del hijo del marqués de Pescara, virrey de Sicilia, es llevado al convento para su sepultura; el 30 de julio de 1571 se deposita «*dietro Faltare grande il cadavere dello stesso Vicerè*».

La visión de los muertos me conduce rápidamente a la consideración de la brevedad de la vida. No somos nadie, como popularmente se dice, y sí sólo polvo, y al polvo volveremos. *Memento mori*. Sólo el espíritu salva de la destrucción, y entonces, «Muerte, ¿dónde está tu victoria?». El Kempis, los moralistas laicos, los ascetas, me han familiarizado con la idea.

También Quevedo intuyó el sentido de la muerte con agudeza. Quevedo estuvo en Sicilia a título de poeta cortesano del duque de Osuna e hizo amistades de literatos y humanistas copartícipes de la pequeña corte académica de Palermo, tal como Valgualnera, Philippo Paruta, el cardenal Doria, monseñor Martín Lafarina, Hércules Branchiforte. A finales del año 1614 regresó temporalmente Quevedo a España (se alude por Cervantes en el *Viaje al Parnaso*) para preparar las intrigas políticas y «untar estos carros» (y aquí una larga lista de los untados carros). Debió conocer a los capuchinos y sus catacumbas. Acudiría a oír misa en su templo de estatuas parlantes, imágenes de santos difuntos. Alguna vez se movían imperceptiblemente, y débiles corrientes de aire alzaban la punta de los velos cubriendo la dolorida faz. El poeta se arrodillaba junto al altar, y le herían premoniciones lúgubres. Luego diría:

> diéronle muerte y cárcel las Españas
> de quien él hizo esclava la fortuna.

Si en Sicilia fue poeta y confidente del duque de Osuna, Quevedo será, más tarde en Nápoles, ejecutor hábil de su política. En Venecia tuvo que poner los pies en polvorosa, disfrazado de mendigo, de mozo de mulas, de vendedor ambulante de pomadas de grasa de serpiente. Al cabo, llegará la prisión de San Marcos en León y el proceso que a Osuna se le abrirá por orden del condeduque de Olivares:

> ¡a tanto vencedor venció un proceso!
> De su desdicha su valor se precia;
> murió en prisión y muerto estuvo preso…

Para paliar estos negros pensamientos yo estaba suscrito a la *Encyclopedie*, que recibía religiosamente (¡qué despropósito!) por períodos regulares. Empecé a adentrarme en Voltaire, en Rousseau, en Diderot y en D’Alembert, y también en un loco desenfrenado llamado el marqués de Sade. Bien pronto me di cuenta que éste no era el camino de un joven de

mi condición y sentimientos, y deseché tales lecturas. Por contraste, me arrebataron los autores cristianos primitivos que a mi alcance ponía la *Patrología* de Migne, y así me transformé en un *connaisseur* de los ritos orientales e, insensiblemente, del rito etiópico y de sus relaciones con los patriarcas de Alejandría y de El Cairo. Ello era tanto como decir que, a los ojos de mi departamento del Consejo de Estado (y con el asfixiante problema de los jesuitas españoles expulsos sobre nuestras cabezas) me había convertido en un especialista en Abisinia.

En un trapero de la napolitana vía Spaccanapoli, encontré unos iconos etiópicos (muy fáciles de reconocer por sus angelitos negros de ojos grandes y cabellos rizados) que me entusiasmaron y que, por consiguiente, compré. El dueño de la tienda, al ver mi exaltado júbilo, me enseñó unos papeles con unos versos, que dijo estaban traducidos de un poeta abisinio. Los compré sin rechistar. Decían así:

> En el bosque está muerta una gacela
> abrigada por fina hierba blanca.
> Ha cruzado una dama, brillante de primavera
> y un caballero se la quiere llevar.

Han pasado los años. Me engañaron. Ahora sé que estos versos no son lo que parecían. Hay una gran belleza en ellos. Pero son unos versos chinos del *Libro de las odas*, llamado el
Chi-King

6

Una delicada aventura tuve en mi vida.

Un día, al viajar por cuarta o quinta vez al Dar-Four, prometí a una amiga mía, la exquisita Madame Necker que, ya que lo deseaba tan ardientemente, en mi próxima estancia a la lacustre ciudad de Ginebra, donde residía esta dama (y lugar que yo visitaba a menudo por encargos secretos de monseñor Alfieri), le ofrecería una poética «ave del paraíso», siempre que ello fuera posible. No lo fue, sin embargo. Habiendo desaparecido de las selvas aquel maravilloso pájaro decidí optar por una «munga», también llamada (en nomenclatura científica) *Avutarda géminis*, ave inexistente de especie indeterminada, que era preciso transportar siempre encerrada en una jaula ligera, aunque resistente. Así que, en el momento que Lina Presotto, mi bonita y diligente criada (unos días después dejó mi servicio para debutar, como cantante, en el mundo de las variedades), me entregó el billete de Madame Necker, tuve inmediatamente la certeza que me invitaba a una de sus célebres tertulias (en las que acudían Buffon, Gibbon, Diderot, Marmontel, D'Alembert, Grimm y otros) al objeto de poderle ofrecer el anhelado regalo.

Lo cierto es que recordé las extrañas circunstancias durante las cuales pude obtener el «ertsatz» del ave codiciada, y mis aventuras por la jungla. El país era una marmita en ebullición, con vapores húmedos y sofocantes, con rosas monstruosas y vivaces anguilas que reptaban de río a río y de lago a lago, aptas para ser guisadas en suculentos *all i pebre* según receta valenciana obrante en la albufera de la ciudad del Turia. Había, también, un catálogo inmenso de animales, que condicionaba la civilización autóctona, la cual derivaba de dos fuentes, tal como declararían después los

etnólogos. Lo cierto era que, cuando vino el cristianismo, enraizó el rito copto, y siguiendo las lecciones del mártir Justino, se tuvo la convicción firme que los Santos vivirían mil años en una nueva Jerusalén, más espaciosa y más bella, entre elefantes, tigres, hipopótamos y otras bestias de consideración adecuada para la fe. Próximo o lejano, el reino de los Santos podía ser examinado de diversas maneras, desde la más realista a la más espiritualista, como lo demostró el padre apostólico Papías (nacido, según parece, 60 años después de Jesucristo).

El hecho es que, a través de estas inmensidades geográficas y culturales, experimenté las más desconcertantes aventuras en la búsqueda de aves maravillosas para la adorable Madame Necker, pues, como decía el eminente Norman Cohn, en la versión francesa actual de Simone Clémendot, «*cependant, si un nombre croissant de chrétiens envisageaient le Millénium comme un événement à échéance lointaine, de nombreux fidèles gardèrent la conviction se produirait à la fin des temps*

qu'il

».

Habían aves, ciertamente; pero era también preciso contar con la botánica secreta y la zoología fantástica, y así diversas veces me vi en la precisión de escapar raudo, «pies para qué os quiero», a través de vastas praderas ondulantes hacia enigmáticos confines. Especialmente peligrosa fue la aventura de las «sombras fluctuantes», que se resolvió favorablemente por la intervención de un principesco amigo, Zeghawa. En aquella ocasión utilizamos unas rudimentarias bicicletas, ideadas por él, que nos permitieron escapar de la persecución desenfrenada y malvada de los entes fatídicos. Según Dioscórides, las sombras recibían la nomenclatura de «Ammi» y, también, la de «espectro grú», teniendo facultad calorífica y desecativa, añadiendo el doctor Laguna, sabio anotador, que asimismo deambulaban peligrosamente por Licia, por la Galacia de Asia y en Cartagena de España.

Referente al capítulo de animales era preciso referirse, por ser muy espectacular y muy divulgado por los bestiarios medievales, al elefante, el *Elephas planifrons*, que, según el naturalista árabe Al-Quazwini, fornica muy poco, pues es muy casto. Come, a veces, la mandrágora, que le excita hacia el amor. Entre él y la chinche hay

una gran enemistad. Vive cuatrocientos años y el polvo de su marfil cura las hemorroides obstinadas y recalcitrantes. Su excremento mata toda clase de piojos y arañas. Otro animal cabe señalar, y es el «macrauchenia», que tiene una silueta de llama, elevada sobre las patas y con un cuello largo de 1’
80 m
, largos dientes, una pequeña trompa y fosas nasales que se abren en la parte superior del cráneo, entre las órbitas. Este extraño animal es probablemente anfibio, aunque algunas de sus características especiales recuerdan la adaptación al desierto propio de los camélidos. Se ignoran sus cualidades mágicas y terapéuticas. Finalmente, recordaba, impresionado, el «pteranodon», inmenso animal volador, de cráneo muy alargado, acabado en un pico córneo, ancho y largo, totalmente desprovisto de dientes. Gracias a la disposición de las vértebras cervicales da picotazos de una fuerza increíble. Tiene una cresta supro-occipital el volumen de la cual es más o menos idéntico a la del pico y que le sirve de timón cuando se abate sobre una presa indefensa. El pteranodon, según los nativos, puede permanecer en el aire indefinidamente, sin desgaste energético. El conde de Lacepéde, en sus adiciones a Buffon, lo identifica al Geekott, diciendo que no sale nunca de su habitáculo cuando está a punto de llover, y no anuncia nunca esta circunstancia con gritos estridentes.

El «ave del paraíso» había desaparecido totalmente, y gracias a mi amigo, el príncipe Zeghawa, pude disponer de una «munga» (la *Avutarda géminis* de los científicos). Habían otros pájaros misteriosos, como los descritos por Carlos de Linneo, a saber: la *Emberiza viuda*, la *Muscicapa grisola*, la *Fringilla longirostris*, la *Loxia grisea*, la *Moticilla maculosa*, la *Alauda malabarica*, la *Columba melanoptera*, etc., pero no había ninguna tan misteriosa y radiante como la «munga» (o *Avutarda géminis*), hasta ahora solamente detectada por el naturalista de Barcelona, Antonio de Montpalau, descubridor asimismo de la *Aurea picuda*, maravillosa ave de canto inaudible, sorprendente y esplendoroso.

7

Amaneció con un cielo límpido como un cristal, sin una nube y ni un solo pájaro. Salimos de la embajada mi secretario Chenouti y yo, acompañados por Samuel Johnson y por Boswell, que todavía estaba desperezándose. Las contracciones faciales del primero eran horribles y atemorizaron sensiblemente a los mozos de cuerda que cargaban nuestros equipajes para Suez, donde pensaba embarcar en dirección al puerto abisinio de Massaoua. Johnson llevaba una sombrilla bajo el brazo.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Perfectamente, amigo mío. Vamos con el talante que expresa la anáfora de san Basilio: «Que el Espíritu Santo nos una a todos los que participamos en este único pan y en este cáliz, en la comunión de un solo Espíritu Santo».

—Lo celebro, señor. Los diversos ritos de la Iglesia de Oriente pueden agruparse en dos troncos principales (que tendrán, cada uno de ellos, diversas ramificaciones), correspondientes a los dos Patriarcados más antiguos de Oriente: Antioquía y Alejandría.

Johnson brincó lateralmente, extendiendo su pierna en ángulo recto. Luego dio un giro según las manecillas del reloj, obligando a los porteadores a girar el rostro a su vez, pues no le perdían de vista.

—Esto es muy interesante, señor. Dígame: ¿sabe usted algo de una dama llamada Egeria, que desapareció en un códice de san Braulio de Zaragoza mientras la buscaba su amado, un caballero bizantino llamado Kosmas? Parece que esta dama viaja por Oriente, por estos sitios que transitamos ahora, en ruta hacia Jerusalén. Kosmas fue amigo de san Simeón el Estilita.

—Recuerdo que, en mis años de Madrid, señor, mi amigo Moratín diome a leer un libro de 1679 de un tal Andrés Antonio Sánchez de Villamayor, que hacía referencia a la dama Egeria. El

libro se titulaba *Exclamación a los heroycos hechos de eremita del ayre, ave celeste, maravilloso príncipe de los stylitas, San Simeón*. Era un libro horrible. Me hizo aprender de memoria su principio para evitar caer en lo que es la mala literatura: «Aquellos fabulosos Gigantes, que colocando montes sobre montes, intentaron escalar el Cielo con tanta sobervia, como ciega confianza, en quien la eficacia de el castigo hizo cenizas hasta los humos de tan loca presumpción; aquellos verdaderos habitadores de Babel, cuya vanidad presumió atar con materiales puentes los inmensos piélagos de el ayre, juntando los extremos del Cielo y Tierra, hasta que sus mismos oídos fueran testigos de lo que erraban sus manos; estos, pues, monstruosos intentos, en que repetidamente queda desvanecida la presumpción de los sobervios, es solo empressa fácil a los humildes, a quienes exalta la misericordia, quanto depone a aquellos la justicia, y fue idea lograda en prodigiosos efectos del alto espíritu del grande Simeón, Príncipe de los Stylitas».

Quedé exhausto por la parrafada que don Leandro me metiera en la cabeza para escarmiento de vanas literaturas. El doctor Johnson parecía mareado, Boswell anotó el discurso precipitadamente en sus papeles. Unos perros pachones se orinaron junto a los carros. Luego nos contemplaron impasibles con la lengua afuera.

8

Decidí, para tal ocasión, vestirme cuidadosamente. Abrí los armarios y, asistido por mi ayuda de cámara, pasé revista a mi colección de vestidos. Los había de la más prolija diversidad, hechos por el sastre Nicola, que parecían sacados del *Monument du Costume Physique et Moral de la fin du* XVIII *siècle* (París, 1776), obra grabada por diversos artistas, según dibujos de M. Moreau el Joven, y que tanto éxito obtenían entre las señoras susceptibles de ser galanteadas. Los había también elaborados según la moda inglesa de la corte de St. James, con bicornio y espadín, sacados de las pinturas de Reynolds y Gainsborough, según augatintas de Francis Heideloff en *Gallery of fashions*. Separé uno muy almidonado con faldones separados del cuerpo y abrigo rígido a causa del almidón empleado para plancharlo; pero mis preferencias iban hacia un vestido de gentilhombre con casaca de corte, chaleco semi-largo, tricornio y espada en el lado izquierdo. Sobresalía uno de color blanco, muy vistoso, y desdeñé la levita (en inglés, *ridingcoat*), con bicornio de alas levantadas y rígidas, y pañuelo envolviendo completamente el cuello, así como el que todavía no estaba estrenado (no era para tal ocasión, obviamente) y cuya confección se hizo a propósito para montar a caballo, con levita, sombrero redondo a la inglesa y calzones de piel de gamuza y botas inglesas. Pasé revista al conjunto con ojo dubitativo y pensé que la indumentaria es un arte no apreciado aún como lo son la pintura, la escultura y la arquitectura, que guarda (esta última) con el vestir una cierta concomitancia. La indumentaria es, como la arquitectura, sensible a las particularidades geográficas y étnicas, y sirve para proteger al cuerpo de los humanos. La abeja y el castor, entre otros, son magníficos arquitectos, pero la divina providencia no les permite alterar una sola línea aquello que construyen

instintivamente. También los animales nacen vestidos con esplendorosos colores y dibujos decorativos (pájaros, insectos, ofidios) o con abrigos cómodos y confortables (los mamíferos). El hombre nace desnudo, pero con capacidad de vestirse imaginativamente y con fantasía más o menos divertida (la sastrería) y con capacidad de construirse también imaginativamente los habitáculos y las ciudades (la arquitectura). Así pues, la sastrería (o indumentaria) y la arquitectura son primas hermanas, y su parentesco, favorable al hombre. Los sastres y los arquitectos son artistas (sólo se conoce un caso de sastre-pintor: el del valenciano Jacomart), y su gusto varía con la época y el país. Sastrería y arquitectura varían juntas y se recuerdan mutuamente (se interfieren y se oponen) en techos, paramentos, chalecos y plisados. A veces, se odian: ante las cintas frívolas, bordados y colorines de los europeos, España oponía en tiempos de Felipe II la austeridad del negro y de El Escorial.

Walter Pater ha dicho cosas sensatas sobre el asunto, y un marqués sensible (el de Lozoya) dijo que «en retratos familiares de los palacios mallorquines las damas se peinan de la manera que hoy lo hacen aún las aldeanas. Es un error considerar la Historia en estratos sucesivos, totalmente diversos. No hay en el mundo una varita mágica que lo transforme en una fecha determinada y las supervivencias son innombrables. Con los aviones a reacción coinciden en el tiempo las carretas de bueyes, y muchos miles de hombres viven en el momento actual la misma vida que se vivía en la ribera del Sena o del Manzanares muchas décadas de milenios antes de Cristo».

Era preciso decidirse. Emergía la voluntad de acicalarse debidamente. En aquella ocasión, mi *choix* recayó sobre la flamante casaca blanca con galones de oro, apenas estrenada, camisa de pechera y puños rizados, y tricornio haciendo juego del mismo color. La peluca me la acababa de empolvar el maestro peluquero Antonio, y me sentaba a las mil maravillas. Me bastó pegar una ojeada al espejo para comprobar complacido mi *tenue*. Con la jaula de la *Avutarda géminis* en la mano, el lacayo me facilitó raudo mi entrada en el coche de caballos, el cual, bajo mis órdenes, partió inmediatamente hacia Ginebra, hacia el amable *rendez-vous*.

9

Llegamos a Suez, que era un villorrio nauseabundo, con la mitad de sus casas arruinadas sobre la arena del desierto, y así lo haría constar, casi medio siglo después, el gran viajero Alí Bey el Abasí (en realidad, era Domingo Badía, a sueldo del favorito de Carlos IV, don Manuel Godoy), a su paso para La Meca (fue el primer europeo que penetró en la Ciudad Santa disfrazado de árabe). Yo lo conocí en Madrid, siendo aquél muy joven, en casa de la duquesa de Alba.

En el muelle habían las embarcaciones. Escogí un *dao* para hacer la travesía por el mar Rojo. En un extremo del malecón, un grupo de mamelucos y sus jefes bebían leche de camella y, algunos de ellos, *raki* turco. El *dao* se llamaba *El Perverso*, tenía unos 21 pies de largo y es la embarcación árabe adecuada para navegar por este mar lleno de escollos.

Otro viajero que navegó por el cielo de estas latitudes, y se nos apareció encarecidamente, fue el marroquí del siglo X Ibn-Watuta, que pasó junto a nuestras cabezas cabalgando un camello iracundo, cual una estampa persa o afgana. Llevaba la cimitarra en lo alto, amenazadoramente. Lo leí (a él, y me refiero a sus viajes) en un manuscrito de la biblioteca del virrey, en Palermo, junto a una ventana que daba a un patio con palmeras y granados.

Navegamos en cubierta del *dao*, bajo la gran sombrilla de Johnson, rehuyendo los ardientes rayos del sol. A las cuatro de la tarde del día siguiente, echamos el ancla en un puerto de Arabia llamado El Hamman Firaoun o Baños del Faraón.

Alí Bey da a entender que la navegación por el mar Rojo es espantosa. Se va casi siempre entre escollos y rocas a flor de agua, de manera que para dirigir el navío, es preciso tener siempre una guardia de cinco o seis hombres sobre la proa, que examinen detenidamente la ruta y que, por gritos, avisen al timonel para girar

a derecha o a izquierda; pero «si se equivocan, si descubren el escollo demasiado tarde; si el timonel, que no ve el escollo, no se separa lo bastante, o se separa demasiado o lanza el navío sobre otro escollo vecino que no había observado; si el viento o la corriente se opone al cambio de dirección en el pequeño intervalo que va del descubrimiento de la roca bajo el agua y la llegada del navío, ¡cuántos riesgos hay entre la vida y la muerte en esta peligrosa navegación!».

A pocos pasos de El Hamman Firaoun se extendía el desierto. Allí, viniendo subterráneamente de muy lejos, levantando a su paso un largo montículo de arena, abrió un gran boquete el monstruo Kertassi, que estuvo a punto de tragarse a Boswell, a la sazón enfrascado en la tarea de comerse unos azucarados dátiles y que sólo la pronta habilidad de Chenouti salvó de su ferocidad, dándole una mano al caerse por el agujero. Con la violencia de la sacudida, cayósele la peluca a Boswell, que fue recibida por el monstruo con muestras de asco y desagrado.

Su ira la demostró empezando a rugir desde el agujero, por lo que tuvimos que huir prestamente, corriendo hacia el navío. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, llevé a Johnson casi en volandas hasta llegar a la playa, abriéndose el agujero junto al agua. Salió de allí una vaharada pestilente y un ronco latir. Luego, dejó el agujero escapar, entre blanquecinos y horripilantes dientes, un largo rugido desesperado.

(Soy el primero en describir la aparición de un Kertassi. No volverá a ocurrir hasta casi doscientos años más adelante, en ocasión de la Gran Guerra de 1914-18, en la lucha de los ingleses contra los turcos, cuando el coronel inglés T. E. Lawrence relatará el percance en *Los siete pilares de la sabiduría*, obra que le hará alcanzar la fama).

10

La espiritual Madame Necker, de soltera Susana Curchod de Naaz, descendía por línea materna de una antigua familia de Provenza que se vio obligada a retirarse a Suiza a consecuencia del edicto de Nantes. Nació en Grassy, situada en las montañas que separan el país de Vaud del Franco Condado. Su padre ejercía el ministerio evangélico, y él mismo atendió a su educación, consiguiendo adornar preciosamente aquella tierna inteligencia. Pronto le fueron familiares las principales lenguas antiguas y modernas, tomando especialmente tal gusto por los escritores latinos, que durante toda su vida conservó la costumbre de hacerse leer en voz alta pasajes de diversos autores. Por ejemplo, este que traslado en la versión de Javier de Burgos:

> Troyanos míos, ilustre y clara gente,
> linaje de los Dioses derivado, etc.

Además de sus atractivos intelectuales poseía Madame Necker una belleza sorprendente: estatura alta y proporcionada, facciones animadas y finas, gestos llenos de natural dignidad. Sus ojos eran tiernos, notándose en su fisonomía una expresión tan pura e ingenua que resultaba enteramente seductora. El célebre historiador inglés Gibbon, al verla, experimentó hacia ella, según dice Madame de Saussure, «un amor desgraciadamente poco apto para inspirar correspondencia (gibbosus)». Susana casó con Jacques Necker, famoso financiero y político que convocó los Estados Generales de Francia, de tan triste memoria. Tuvieron una hija, Anne Louise que, casada a su vez y después separada de su marido, fue conocida por Madame de Staël y reconocida por sus cartas y obras literarias notables, así como por una liaison orageuse con Benjamín Constant,

de la cual quedan sus *Lettres à B. Constant*. En los *Portraits de Femmes*, Saint-Beuve nos dice que «*parmi tous ceux qui brillent, mais disséminées et sens lien, elle aût été le lien, le foyer communicatif el réchauffant*
aujourd'hui
peut-être
».

También el tristemente célebre abate Marchena (personaje español) se enamoró de Madame Necker (se enamoraba de todas las hembras) y le dedicó estos apasionados versos, bajo el nombre de Emilia:

Allí mi bella Emilia viviremos
Lejos del mundo, libres de cuidados;
Las vacas por el día ordeñaremos;
Ornaré yo tus sienes
De azucenas y rosas,
Y en amantes delicias anegados
De la vida las sendas espinosas
Sembraremos de bienes…
Olvidemos la ciencia fastidiosa,
Depongamos el ceño,
A Amor sacrifiquemos
Y sus deleites, ¡ay! gocemos.

El abate Marchena era un renegado revolucionario, un *galantuomo* harapiento, enano contrahecho, sucio, hediendo insoportablemente, sagaz. Un crítico moderno (el doctor Gregorio Marañón) escribe que «su descripción concuerda con la que, por otros conductos, tenemos de la figura de Marchena, que corresponde a cierta especie de enanos en los cuales la exigüidad de la talla tiene otras compensaciones anatómicas, que les permiten extrañas victorias en la amorosa lid».

11

Continuamos la navegación. A los pocos días, el piloto, un negro nubio de Kumna, llamado Alí, determinó hacer provisión de agua en las islas Dahlak, lugar misterioso, rehuido por la mayoría de los navegantes a causa de la existencia de espectros y voces susurrantes y errantes. Desembarcamos una mañana tranquila, nublada y húmeda, y con céfiro pisándonos los talones. La isla (la mayor, pues había otras de más pequeñas, tratándose en realidad de un archipiélago) no era muy grande, aparecía deshabitada y en el centro se alzaban los restos de una mezquita, rodeada de un bosque de palmeras. Alí nos comunicó que en esta isla se criaba el «áloe verdadero», planta que procura el crecimiento de las personas, ya sean éstas hombre o mujer, tomada en infusión por las mañanas antes del desayuno. Tal planta posee un tallo corto y leñoso de 30 a 50 cm de altura, muy ramificado en la base, dando lugar a vástagos, lo que explica, según el nubio, el crecimiento compacto de los brotes, en cuyo ápice aparecen el conjunto de hojas voluminosas y carnosas. Estas hojas suculentas poseen en la base un color verde azulado, se estrechan en la punta, son redondeadas en el envés y tienen unos dientes triangulares, distantes, de color verde pálido, encorvados y situados en los bordes. Estas hojas se desecan perfectamente entre las páginas de un libro y pueden ser transportadas muy lejos, por lo que recogí bastante cantidad para regalársela a Giminiano, un enano siracusano, amigo mío, gran jugador de ajedrez e inspirado tenor de baladas y romanzas. Su ideal era crecer ni que fueran unos pocos palmos por encima del respaldo de las sillas, cosa que le permitiría el cortejo de las señoras, después de sus actuaciones en los salones, y alcanzar el favor de las mismas entre gorgoritos y desmayadas voces.

12

Entré al salón con mi *Avutarda géminis*. La expectación fue general. Madame Necker sufrió un ligero desmayo, prontamente superado por la alegría, y a pesar de la estupefacción que le produjo la inexistencia del pájaro. Dio las gracias conmocionada. Celebrábase allí una selecta tertulia, efervescente cual fiesta mundana, integrada por los amigos habituales y por los españoles Ignacio de Luzán que, además de una *Poética*, había escrito unas Memorias literarias de París (1751) muy interesantes y difíciles de encontrar, y por Juan Francisco Masdeu, filólogo e historiador, miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y autor de la *Historia Crítica de España* (1783), que había yo conocido en Barcelona. En los muros pendían diversos retratos al óleo de Lutero, Calvino y Zwinglio, que adoptaban un aire triste y puritano, desaprobando la esclavitud de los animales irracionales. Se despegaron de las pinturas y, abandonando la tela y el marco, bajaron a examinar el pájaro, que se alisaba las plumas con el pico. Nadie parecía verlos. Se indignaron cuando Luzán informó que en el Sena suelen flotar muchos cadáveres animales. Dijo:

—Hay médicos y cirujanos que privadamente para su instrucción o para enseñarlo a otros, diseccionan cadáveres en su hogar que les venden los enterradores de los cementerios. Estos cadáveres de hombres, niños y animales, ya diseccionados, acostumbran a ser lanzados de noche al río Sena causando muchas sospechas de muertes violentamente ejecutadas.

Eran palabras insólitas, evidentemente. Pero todavía lo eran más los detalles decorativos de la gran estancia, contemplados detenidamente con los ojos medio cerrados al objeto de concentrar y extremar una delicada visión de esteta. Destacaban los estucos pintados, dorados en volutas comprimidas y violentadas hacia su

centro, otorgándose un aire dinámico, de movimiento perpetuo, pues giraban ilusoriamente en espacios siderales limitados por el techo y las cornisas. Se crispaba el aire con ráfagas sutilísimas de perdidos anhelos, de palabras desvanecidas o medio pronunciadas, rememoradas posteriormente aspirando el perfume contenido dentro de un frasco de cristal de baccarat y con jaquecas en las sienes doloridas, acariciadas con las manos tibias, o blandamente hundidas en cojines de plumas suavísimas. Eran recuerdos de tiempos pasados, caídos en sedimentaciones lentas e ingrávidas, no sólo en la sangre de quien lo mira sino encima de cualquier accidente encontrado en su lenta suspensión hacia los muebles y alfombras, columnas y cenefas estriadas o lisas. Se veían a contraluz, como polvo flotando a la deriva, ciertamente, y esta evidencia tendía a calmar las sensaciones y las incertidumbres del alma, los remordimientos de la memoria o de la conciencia.

Lo había descrito Mario Praz añadiendo que sobre el *sofà table*, la estatuilla de un egipcio emergía en madera antigua lacada de verde, sujetando los rígidos brazos de un candelabro de plata, y detrás aparecía delirante la espaciosa sala con aquellas luces, el rojo de la chimenea y el amarillo de los retratos ante el dintel de la puerta perfilándose, llena de helechos, contra la suave claridad de las otras habitaciones. Y podría yo disertar sobre la dignidad de los animales fantásticos, loados ya por Giovio en el *Dialogo dell’Imprese*, como algo agradable a la vista, asegurar que el invitado no comparte la opinión de Richard Brown, que en sus *Rudiments of Drwing Cabinet and Uphostery Furniture*, afirma categóricamente que es ridículo e incongruente hacer acabar las colas de los grifos en estilizada hojarasca, citar, contra Brown, la opinión de Charles Heathcote Tatham (*Etchings, Representing the Best Exemples of Ancient Ornamental Architecture*, 1799): «Los artistas griegos y romanos consideraron necesario, para producir aquella sublimidad de estilo y atrevido efecto, que inmediatamente atraen la mirada y cautivan la imaginación, suplir las deficiencias de las formas individuales, combinando las bellezas de muchos en un único objeto, y lo hicieron con éxito inigualable, ya que la atención de quien lo mira está sorprendida, pero no fatigada, y se le obliga a reconocer la presencia de la naturaleza mientras la niega; y por eso,

la esfinge, la quimera y otras figuras, que nos molestan en los cuentos, en la escultura nos agradan, y triunfan sobre las meras representaciones de seres reales, y así lo han venido haciendo durante una serie de siglos, cosa que bastaría para agotar completamente toda clase de admiración a excepción de la que el Gusto y el Sentimiento nunca pueden negar». Por último parecería oportuno aplicar los curiosos versos que acompañan al gran Händel: «Nunca de un vegetal hubo una sombra», versos totalmente ridículos e incongruentes, si no tuvieran no sé cuál fabuloso encanto en la línea melódica: como sucede con los cisnes y con las águilas de cola vegetal, como la esfinge, la quimera, la sirena de un solo pie, criaturas totalmente absurdas, efectivamente grotescas que, no obstante, alcanzan con su presencia un efecto muy concreto, un efecto que, bajo esta luz incierta, el invitado no duda en considerar fúnebre. Únicamente fúnebre. ¿No cree que la simple repetición de algunos motivos decorativos genera una atmósfera casi siempre mágica, alcanza un valor casi diría metafísico y se configura con solemne calma?

13

Antes de embarcar, cruzamos por delante de un fortín arruinado, de aspecto medieval, de planta parecida al castillo o castillete que alzaron los catalanes en la isla de Djerba, tal como lo relata el gran cronista Ramón Muntaner en su crónica. En efecto, pude leer una inscripción en la piedra atestiguando ser un almacén, o alfóndiga, de un mercader medieval del reino de Aragón, con sucursal en Palermo y en Nápoles, llamado Juan Sabastida, de quien yo había oído hablar, como una reminiscencia de la historia, a mi monseñor Alfieri, muy ducho en estos saberes del Medioevo. Sabastida fue yerno de otro mercader de Barcelona, con sucursales en Tortosa y en Zaragoza, establecido en la calle de Natzaret de la misma ciudad. El tráfico era constante entre Barcelona y Nápoles, Palermo, Siracusa, Mesina y Catania con recipiendarios tales como Nafrio de Licolei, Mariano di Francesco Alliata, Mateo da Vico, Gerardo de Doni, etc. Las mercancías estaban constituidas por telas, arenques, granos, algodón, azúcar y los esclavos que los sicilianos sacaban del Sáhara. Siracusa fue entonces el gran mercado de esclavos, y allí confluían esclavos de todas las razas y de todo el mundo conocido hasta entonces, sobre todo de África. Entre Siracusa y la comarca del Maresme, en Cataluña, pasando por el altiplano de Barca, lugar donde se dirigían las caravanas procedentes del Sáhara, la compraventa de esclavos era regular y constante.

Boswell, ante tales noticias, permanecía estupefacto. Pretendía anotarlas todas en su libreta de tapas de hule negro, y no daba abasto. Johnson simulaba una indiferencia que no sabía que estaba muy lejos de ser efectiva. Su camisa estaba cada vez más sucia, progresivamente degradada, y llevaba su peluca de manera increíble, a la diabla. Le dije a Chenouti que deberíamos hacer colada de la ropa, por lo que determiné pasar la noche en la isla. Antes, nos bañamos entre los arrecifes y tendimos las prendas de

vestir entre los «áloes verdaderos». Mientras tomábamos una taza de té, que muy pronto aprendió a preparar Chenouti, me decidí a leerles una poesía que mis amigos desconocían. Se trataba de Ausiàs March, caballero y valenciano:

Pues que en amor solo estoy, se me antoja
sea esto mío una costumbre extraña:
amor la gente pierde por ausencia
y por la muerte mi amor no se extingue,
antes en muerte o amo más que en vida.
Perdonar debo que alguien no me crea:
pocos habrá que crean cosa alguna
no semejante a lo que a ellos ocurra.

Quedaron embelesados por la serenidad y la pasión del poeta. Encendimos un gran fuego. A la luz tembleteante de las llamas, todo parecía fantasmagórico y triste. Queríamos pasar la noche entre la maleza, oyendo a los grillos cantar su serenata nocturna, y adormecernos con su estribillo.

La luna surgió entre los árboles. Soplaba una brisa húmeda refrescante que nos acariciaba la piel suavemente. Todo parecía dormido.

De pronto, empezaron a oírse unas voces susurrantes, leves, quejumbrosas, que iban y venían por todos los rincones de la isla. Eran voces deshilachadas entre los «áloes verdaderos», prendidos en la dura corteza de los palmerales y en las ásperas brezas y retamas tropicales.

Vi al doctor Johnson, medio incorporado, apoyándose en un codo, avizorando la impenetrabilidad de la noche. Boswell ya estaba levantado, recogiendo sus bártulos.

Surgieron tenuemente, y más tarde se concretaron en figuras de neblinosa luz. Eran fantasmas. Avanzaban al compás de las voces, muy lentamente.

La decisión fue unánime. Abandonamos aquel maldito lugar y subimos a bordo. Dejaron de molestarnos los fenómenos. A medida que en el cielo amanecía, dejábanse de oír las voces y desaparecían los fantasmas.

Recogimos la ropa tendida, y Alí, con un gran alivio, determinó

zarpar hacia el mar abierto, espumeante y rizado. Empezaba a salir el sol. El doctor dijo que «es asombroso que hayan transcurrido cinco mil años y aún se esté indeciso en si ha habido o no fantasmas. Todos los razonamientos están contra ello, pero toda la creencia está en su favor».

14

Releía algunas veces esta carta: *«Spesso confinan le some consolazioni com gli estremi cordoglio, mio Caro. Io non ho provato una notte, nè diu piú grande nè di piú raffinato contento, che la passata in favellando con voi: manon proverò al contrario giammai un giorno di maggior pena, e di piú vivo rossore, di questo che a sí grata notte inmediatamente è seguito. Una si gran mutazione sapete voi da che nasce? dirò. Mi lusingavo che voi credeste pascersi mi del solo inerese di piacervi, e di servirvi; ma dopo esser voi partito da me, la mia fantesca mi ha fatto veder uno scaldino, che le avete lasciato per regalarmi, nel quale, benchè io non sapia distinguere bastantement, se dalla materia, o la materia venga vinta, tuttavia se benissimo, che se lo accettassi alla muta, io vivirei la più infelice donna del mondo: è perciò como stata molte ore in dubbio, se ve doveva rimandare. E infatti asesguirei questo pensiero, quando non mi premesse di farvi conoscere che io considero quella benigna riflessione che voi avete avuta verso di me, tento nol farlo fabbricare, quanton nel portarlo in casa mía: onde se io non lo ritenessi, parrebbe forse a voi che non gradissi la vostra finezza. È però verso, che se io ho da accettare, voglio de vou una grazia; e questa sarà che voi riceviste con grandimento la piciola gicia, che io mi prendo la confidenza di unire a questo fogio. È una cosa si tenue, che fuori della memoria, che essa di me può sepesso eccitare in voi, non meriterebbe, perchè io vi restituisco subito il vostro scaldino. Una donna, che ama con sensi di verace passione non può soffrire di esser considerata capace di vendere la sua benevolenza a guisa di donna volgare*

Io ve'l

l’amor
l’arte
dall’arte
.

Non vi chieggo la continuazione del vostro affetto, perché sapete che morrei senza di questo. Addio».

15

Llevo pensándolo varios días al socaire de los acontecimientos. ¿Por qué así y no de otra manera? ¿Por qué yo y no otro? ¿Cuál es el repertorio que me ofrece el destino? Que haya valor en enfrentarse a él, es cosa que no creo, ya que nuestros ojos están vendados ante los aconteceres. Otra cosa sería si los conociéramos y éstos fueran adversos. Por ello, la Providencia obra así, y el destino es una puerta cerrada. Esto es lo que precisamente, cuando adolescente, mi preceptor don Caetano quería significar al hacerme leer y comentar, en su latín original (cosa que yo hacía muy torpemente) a los moralistas clásicos.

Releo ahora la epístola XXIV de Plinio a su amigo Valens: «Abogando en estos días pasados ante los centunviros reunidos en cuatro salas, recordé que igual caso me ocurrió en mi juventud. Como de ordinario, lleváronme muy lejos mis reflexiones. Comencé repasando mi memoria los que, como yo, abogaron en la primera causa y los que lo hicieron en el tiempo de ésta. Vi que era el único que se había encontrado en las dos; tantas revoluciones producen en el mundo las leyes de la naturaleza y los caprichos de la fortuna. Unos han muerto, otros están desterrados.

He cerrado el libro. Ayer desembarcamos en Massoua, la puerta de Abisinia. Es una pequeña ciudad portuaria con un delegado del Ras. El mercado está al aire libre, al lado del patíbulo con sus ahorcados. Las preguntas que me hago persisten en atormentarme. ¿Qué es la legitimidad del poder? El Ras trae la potestad del soberano. El principio jurídico es inmutable. El Ras, como gobernador de la provincia, gobierna por delegación. Esta potestad, de cualquier modo que se halle establecida, y tal como quería el magistral de la Santa Iglesia Catedral de Palermo, siempre viene de Dios, Rey de Reyes y Señor de los Señores a quien pertenece el honor y el imperio de los cielos y la tierra. Para hacer ver las

obligaciones que todos tenemos con respecto a esta potestad, nada más a propósito que trasladar a este lugar los siete primeros versos del capítulo trece de la carta que escribió san Pablo a los romanos. Toda alma, dice, está sujeta a las potestades superiores, porque no hay potestad sino de Dios, pues las que hay, por Dios son dispuestas; y así el que resiste a la potestad, resiste a la disposición de Dios, y los que resisten, ellos mismos se atraen su condenación, porque los príncipes no atemorizan a los que obran bien, sino a los que obran mal.

¿Se quiere no temer la potestad? Pues en este caso es necesario obrar bien; si se obra mal, recela porque ministro es de Dios, y no en vano lleva la espada y es un vengador de su ira contra el que obra mal. Por tanto, es menester estar sometidos, no sólo por temor del castigo, sino también por la conciencia; por eso, pues, se pagan también los tributos. A la verdad, son misterios de Dios que le sirve en esto mismo. «Pagad, pues, a todos lo que les es debido: a quien tributo, tributo; a quien alcabala, alcabala; a quien temor, temor; y a quien honor, honor». Nada más claro y terminante que esta doctrina del apóstol en orden al honor y temor que debemos a los que nos gobiernan, a la obligación de sujetarnos a su autoridad, y a la de pagar los tributos y alcabalas o contribuciones. Ellos se ocupan y emplean en mantener la paz y tranquilidad de la sociedad; en protegerla contra todo ataque extranjero; en conservar su independencia; en cuidar de la seguridad de la vida, de la honra y de la hacienda de todos y cada uno de los individuos que la componen; en administrar justicia; y, finalmente, en procurar el bien común, del que penden todos los bienes particulares: justo es, pues, que nosotros les honremos, obedezcamos y contribuyamos con nuestros bienes para el desempeño de tantos y grandes cargos. También debemos orar por ellos, a fin de que el Señor les dé acierto en el desempeño de su gobierno, del que pende nuestro bienestar.

Todo esto lo encarga el mismo apóstol en su primera carta a Timoteo. «Te ruego ante todo —le dice— que se hagan súplicas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes, y por todos aquellos que están constituidos en dignidad, para que pasemos una vida quieta y tranquila en toda paz y honestidad».

Las penas que impone el príncipe son justas, inclusive la muerte.

Aquí no hay Beccaria que valga ni los distingos de sus *Dei delitti e delle pene*. La muerte se plantea en sus diferentes materializaciones: decapitación, descuartizamiento, horca, lapidación, despeñamiento, apaleamiento, etc. (*«il dénonçait, 1764, la sévérité et les abus de la justice de son temps, attaquait en particulier la peine de mort et la torture, selon disaint Voltaire et Diderot*). La pena, sin embargo, no es venganza, es una tutela; incluso lo es la muerte, como pena.

Pero ¿qué es la muerte? ¿Qué importa la muerte? Platón hacía decir a Sócrates en la *Apología* que una de dos: «o la muerte es un absoluto aniquilamiento o, como suele decirse, el cambio del lugar que ocupa su espíritu. Si es la privación de todo sentimiento; si es un sueño apacible, no turbado por ningún otro, ¿qué ventaja mayor que la de morir? Porque si alguno, después de pasar una noche tranquila, sin quietud ni sobresalto y sin el menor sueño, la comparase con las demás noches y días que ha pasado, y en conciencia se viera obligado a decir cuántos días y cuántas noches pasó más tranquilos, tengo la convicción de que, no ya un particular, sino ni aun el rey más poderoso encontrarían un número más reducido, y que sería muy fácil contarlos. Si la muerte es algo parecido a esto, yo con justicia la llamo un gran bien: porque el tiempo todo no es en ese caso sino una larga noche.

»Pero si la muerte es un cambio de lugar, y es verdad lo que se dice de que allá abajo dan su cuenta todos los que han vivido, ¿qué mayor bien habéis podido discurrir vosotros los que me habéis juzgado? Porque si al dejar aquí a los que hacen el papel de jueces encontramos en el infierno a los verdaderos jueces que allí administran justicia, Minos, Radamanto, Eaco, Triptolemo y los demás semidioses, que en su vida fueron justos, ¿qué cambio más venturoso?

¿Qué darían por conversar con Orfeo, Museo, Hesiodo y Homero? Yo moriría contento cien veces si esto fuera verdad… Por ello, jueces, no debéis tener más que esperanza en la muerte, convencidos, en verdad, de que no hay en ella mal alguno para el hombre de bien, ni durante la vida ni después de la muerte, pues siempre cuidan los dioses de cuanto a él se refiere; porque lo que ahora me ocurre no es el efecto del azar, y estoy muy convencido de que lo mejor para mí es morir ahora y librarme de todos los afanes de la vida».

16

Lo pensaba reconcentrado. Madame Necker se me acercó y, tapándose la cara con el abanico de encajes, me murmuró al oído:

—Sois muy amable. Ciertamente, no me habéis defraudado nunca. Sí, sois adorable y encantador.

—¿Qué os ha parecido la *Avutarda géminis*? ¿Os ha complacido, madame?

—¡Es extraordinaria!

—Nada es extraordinario, excepto vos. La *Avutarda géminis* quedará para siempre arrebujada a vuestros pies, como prenda de mi adoración.

—Sois un maestro en adulaciones. Pero ya sabéis que La Rochefoucault dice que «*la faiblesse est le seul défaut ne saurait corriger*
qu'on
».

—No soy un adulador. Además, La Rochefoucault también dice que «*le moindre défaut des femmes qui se sont abandonnées à faire, de faire*
l'amour
c'est
l'amour
».

En este punto, la conversación fue interrumpida por Madame de Staël, que reclamó a su madre la ejecución de unos diálogos escénicos redactados por Juan Francisco Masdeu a propósito de la poesía y de su ámbito natural. La Necker dio una palmada y se hizo un silencio prolongado. Lutero, Calvino y Zwinglio regresaron rápidamente a sus pinturas, entrando dentro de los marcos dorados. Todo el mundo permanecía agitado, febricitante y curioso. Se

levantaron de sus asientos una señorita de buen ver y un caballero elegante que, con los nombre figurados e inquietantes de Metrófilo y Sofronia, comenzaron un bellísimo diálogo. Momentos antes se habían servido unas pastas y unos refrescos a la concurrencia, elegantemente distribuidos en bandejas de plata por criados con guante blanco. La gente enmudeció y las voces se elevaron graciosas y discursivas, lentas y solemnes, con una dicción exquisita y aterciopelada, persuasivas y, realmente, cautivadores. Aún recuerdo algunos párrafos:

METRÓFILO: Me has dicho varias veces, Sofronia, que quisieras aprender la poesía; mas que siendo mujer, y no habiendo estudiado la gramática ni la retórica, te dicen todos ser imposible.

SOFRONIA: No se contentan con decirme esto: se me ponen a reír ante mis narices y me tratan como necia.

METRÓFILO: No eres tú la necia; lo son los que te hablan así. Es una especie de vanidad muy común entre los hombres, la de tenerse a sí mismos en mucho concepto. ¿Mas qué saben, después de todo? Un poco de latín, si es que lo saben.

SOFRONIA: ¿Pues qué? ¿Sin saber latín se puede aprender la poesía?

METRÓFILO: ¿Quién lo duda? No sólo la poesía, sino también la lógica, la física, la metafísica y cualquier otra cosa.

Este delicioso diálogo se acabó cuando, inesperadamente y ante la sorpresa general, se abrió una puerta secreta en el extremo de la biblioteca y, salido de entre los libros, apareció un misterioso anciano, cubierto con un solideo plateado y vestido con una larga túnica negra. Madame Necker, con una mano en el corazón y apoyándose en una mesita con incrustaciones de nácar, exclamó con voz apagada:

—*Le Juif Errant. Mon Dieu!*

Era un hombre de alta y erecta estatura, con las piernas y los brazos de un tamaño descomunal. Cuando se movía cubierto con el ropaje negro, tenía en su exterior algo de terrible y sobrehumano. Así que le tocaba la sombra sobre la cárdena palidez de su rostro, aumentaba la severidad de su fisonomía, y daba a sus ojos hundidos un aspecto de melancolía, el efecto del cual se aproximaba al terror. No era la melancolía de un corazón sensible y agraviado, sino la de un alma tétrica y feroz. Había en su rostro algo de muy singular, y

que no se podía definir con facilidad. En él se veían los vestigios de muchas pasiones que parecían haber formado y fijado las facciones que aquellas no animaban ya. Dominaban en ellas la tristeza y la severidad. Eran sus ojos tan perspicaces, que parecían que penetraban con una sola mirada en los arcanos del corazón humano, y que allí leían los más escondidos pensamientos. Pocas personas podían soportar aquella mirada, pues de haberla experimentado quedaba fijada para siempre jamás en su memoria. Literalmente, uno quedaba aterrorizado. Se quedaba al margen de la sociedad por mucho tiempo, y cuando precisaba regresar, parecía que ignoraba dónde se encontraba, y se mantenía sumergido en la meditación y guardaba silencio. Nadie sabía de dónde salía y a dónde se retiraba, pero su presencia evidenciaba la desgracia perentoria e inevitable siempre.

El anciano caminó silenciosamente hasta el centro de la estancia y alzó un brazo rígidamente durante unos segundos. De pronto, la *Avutarda géminis*, la inexistente criatura, salió misteriosamente de la jaula y se colocó encima de los hombros del Judío Errante, pues lo era efectivamente. Después éste continuó su lenta trayectoria y desapareció inmutable con el ave indeterminada por el otro extremo de la sombría biblioteca. Se oyó una voz que decía:

Où donc va c'prêtre-là?
Personne ne s'en dout'ra!
Va-t-il au presbytère,
Pour son saint ministère,
Offrir, avec ferveur,
Ses souffrances au Seigneur?

Entonces, con una gran resonancia, se cerró una puerta. La aparición de este *fantôme* era (todos conocían la lúgubre significación del Judío Errante) un tradicional mal augurio para la Familia Necker, y así lo declaró, trágica e impávida, Madame de Staël, en sustitución de su madre (ésta había enigmáticamente desaparecido) a los concurrentes. Éstos, cabizbajos, aceptaron sin rechistar el terrorífico hecho (y su mensaje) y se despidieron de sus anfitriones.

No tardó en conocerse que, una vez tomada la Bastilla (el día 14

de julio), el rey llamó a Necker, y el 16 la Asamblea le instó a que precipitase el retorno al poder. Puede decirse que fue llevado en triunfo tumultuoso por todo París, y es entonces que escribió estas memorables palabras: «Veo venir la gran ola. ¿Será para tragarme cruelmente?».

En efecto, el 4 de septiembre acabó su vida pública Monsieur Necker y a punto estuvo de caer degollado por la misma malvada chusma incontenible que le había aclamado antes.

Días después, recibí un billete perfumado de Madame Necker. Lo olí ardientemente, cerrando los ojos, y sentí, por fin, la música de las esferas, el alfa y la omega cruzándose, el canto inaudible del ave del paraíso, también llamada el «áurea picuda». El billete contenía unos versos intencionados:

Heure mélancolique où tout se décolore
Et suit d'un vague adieu l'astre précipité!
Les étoiles au ciel ne brillent pas encore:
Espace entre la vie et
l'immortalité
.

Estaba escrito. El universo crujió por encima de mi cabeza. El cielo y la tierra se hundieron con estrépito. Nunca más volvería a ver la delicada, inolvidable Madame Necker, la perfumada hada de mis sueños. Pero eso no era todavía el amor, el verdadero amor, el que el Destino me reservaba como fatal e insustituible para mi corazón.

17

Después de contratar una caravana mixta de caballos y camellos, salimos con nuestro equipaje y enseres hacia el interior de Abisinia con el objeto de llegar lo más pronto posible a Gondar, su capital. El camino era largo, pues habíamos de cruzar la región del Tigré, montañosa y accidentada, teatro de luchas contra los portugueses, los turcos y finalmente (a partir de algunas décadas, más exactamente una centuria) contra los italianos, que sufrieron el desastre de Adoua en 1896 por la acción del Ras Mekonen, desbaratando las fuerzas del general Baratieri. Todo ello bajo las órdenes del gran emperador Menelik II.

Abisinia es la perla misteriosa de África, con reflejos nocturnos y deslumbrantes. Durante épocas pasadas, con exactitud durante el reinado de los Ptolomeos, se exploró metódicamente la gran meseta y la región del lago Tsana. Esto fue durante el gobierno de Ptolomeo Philadelfo, estableciéndose un enlace entre la ciudad de Ptolomais en el mar Rojo y Meroe sobre el Nilo. La cuenca superior de este río fue también explorada con fines comerciales y científicos, pues desde muy antiguo preocupaba el problema de la localización de sus fuentes. El viajero griego Dalion exploró el territorio situado al sur de Meroe, capital de la antigua Etiopía, y nos ha dejado la relación de su viaje. Más tarde otro griego merodeó por estos lugares. Resultado de ello fue la helenización de Meroe, ciudad que despertó una gran atracción y curiosidad, entablándose relaciones estables entre Egipto y Abisinia, país que se pensó anexionar gracias a los desvelos de los exploradores Basílides, Simónides y Bion. Entonces, empezó a circular la noticia de que había dos vías fluviales: el Nilo Blanco y el Nilo Azul.

En la Edad Media, después de una incursión realizada por el caballero bizantino Kosmas (mató a un dragón de ocho cabezas que se posaba sólo en la copa de los árboles o en la cúpula dorada de los

palacios) vino la de otro caballero, Tomás Çafont quien, creyéndose en la Tierra del Preste Juan (o Reino de la Triple Virtud), demandó, entre vuelos de pájaros mecánicos, al emperador un brazo de santa Eufrigis, reliquia encarecidamente deseada por la casa real de Aragón. Los caballeros de la corte estaban jugando con bolas de oro, entre grandes tiendas listadas de colores vivos. Luego, tuvo lugar el desembarco de los portugueses en 1520 y, un poco más tarde, vinieron los turcos, que aquéllos ayudaron a derrotar. Estas sucesivas luchas dejaron al Imperio limpio de enemigos e independiente del yugo extranjero. Durante los siglos XIV y XV los europeos imaginaban a Abisinia como un inmenso país, vecino y rival de Monomotapa, establecido entre las ruinas de la antigua Meroe y las Montañas de la Luna. Los cartógrafos la configuraban extrañamente con irascibles animales pintados, como los elefantes, los hipopótamos y las jirafas, que nadie había visto jamás y sólo se conocían por las descripciones de los libros (relaciones de viajeros).

Según la tradición, la dinastía etíope salió del encuentro de la reina de Saba y del rey Salomón, relatado todo en el Antiguo Testamento, libro primero de los Reyes (X. I-13). Lo que los abisinios añaden de su cosecha es que la reina llegó de la región del Tigré, donde se fundó más tarde la ciudad de Axoum, y que de dicho encuentro (la reina resultó encinta) nació un hijo, Ebna-Hakim. Cuando se hizo mayor, fue a Jerusalén y consiguió de su padre Salomón el reconocimiento como descendiente, es decir, le reconoció su filiación, tras lo cual regresó a Abisinia llevándose, con engaño, el Arca de las Tablas de la Ley, transfiriendo así a Abisinia el carácter sagrado de Israel. Sentado en el trono de su capital (Axoum), el hijo de Salomón tomó el nombre, dinástico e imperial, de Menelik. Esta leyenda fue codificada por la fe hacia fines del siglo XIII, en el Kebra-Nagast (Libro de la Gloria de los Reyes). Gerard de Nerval, en el *Voyage à Orient* habla vagamente de todo ello. La relación de los reyes o emperadores es la siguiente:

Ezana	siglo IV
Caleb	VI
Lalibela	XII
Yekouno-Amlak	1270
Salomón I	1285

Gabra-Masqal	1314
Neouaya-Krestos	1344
Ouedem-Asfaré	1372
David I	1382
Theodoros I	1411
Yetshaq	1414
Constantino	1434
Cyriaco	1468
Constantino II	1478
Anbasà-Badar	1494
David II	1508
Galaudeos	1540
Minas	1559
Sartsa-Denguel	1563
Souneyos	1607
Fasilidas	1632
Iohanes I	1667
Iasou I	1682
Abrak-Sagad	1708
Theophilos	1711
David III	1716
Bakaffa	1721
Iasou II	1730
Ioss	1755
Iohanes II	1769
Tekla-Haimanot	1770

En la correspondencia de Alexis de Tocqueville con el conde de Gobineau, que tuvo lugar en fecha muy posterior a estos hechos, Gobineau comunica a su amigo, desde Teherán, que los emigrantes que cruzaron el estrecho de Bad-el-Madeb (con el peligro de las terroríficas rayas gigantes o «diablos del mar») y fueron a establecerse a Etiopía, no aportaron allí más que una civilización fragmentaria, y las razas negras de Nubia y de Abisinia no hubieran podido estar muy seriamente ni por mucho tiempo influidas, sea en su tipo físico, sea en su valor moral, si la proximidad de Egipto no hubiese suplido un día, más copiosamente que de costumbre, la pureza de los clanes ordinarios provenientes de las civilizaciones de Misr y de Arabia.

Dice este autor en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* que el cristianismo aportado por los padres del desierto, aquellos terribles anacoretas curtidos en las más rudas austeridades y en las mortificaciones más horribles, inclinados incluso a las mutilaciones más enérgicas, era una doctrina a propósito para impresionar la imaginación de aquellos pueblos. Probablemente se habrían mostrado insensibles a las dulces y sublimes virtudes de san Hilario de Poitiers. Las penitencias de san Antonio o de una santa María Egipcíaca ejercieron sobre ellos autoridad ilimitada. «Así es —añade— como el catolicismo, tan admirable en su diversidad, tan universal en sus poderes, tan completo en sus seducciones, no estaba menos armado para abrir los corazones de aquellos compañeros de la gacela, del hipopótamo y del león que lo estuvo más tarde para ir, con Adán de Bremen, a convertir a los escandinavos y convencerlos. Los abisinios, ya algo más que semidesertores de la civilización egipcia desde la decadencia de las provincias altas del antiguo Imperio de los Faraones, y vueltos más bien del lado del Yemen, permanecieron por espacio de siglos en una especie de situación intermedia».

18

El doctor Johnson sentía nostalgia de su domicilio londinense, localizable por todos sus amigos en el primer piso del número 1 de Inner Temple Lane y añoraba la irrespirable nube de polvo, procurada por la limpieza de su biblioteca, que todos los lunes realizaba envuelto en su viejo y deslucido batín. También encontraba a faltar los altercados verbales con su amigo Garrick, el comediante, de quien un francés, habiéndole visto interpretar el papel de un hombre de baja estofa, exclamó: «*Comment je ne le crois pas. pas Monsieur Garrick, ce grand home!*
Ce n'est
». Pero, sobre todo, añoraba el aire de la ciudad de Londres, el smogg, su niebla reconfortante, y el pasear ante Saint Paul o la abadía de Westminster entre una selecta variedad de hombres y mujeres dotados de la más alta distinción, viendo a Pitt, Gladston o Palmerston en futuras efigies de mármol, en los jardines bien cuidados.

Pero no había jardines ni edificios, arrebatadores por su arquitectura, en la selva, sino rugientes leones, de voz baja y trepidante, *ubi rugeant leones*, y plantas carnívoras, inmensas orquídeas móviles (*Angraecum eborneo*), cuya calidad decorativa es máxima, pero también peligrosa, con un espolón fusiforme de enorme longitud y que se ve polinizada por una mariposa nocturna cuya trompa es tan larga que llega a alcanzar el néctar en la base del espolón. En un futuro imprevisto, Darwin presumió la existencia de una mariposa de tales características, pero no fue oficialmente descubierta hasta 1903. Su trompa mide
50,5 cm
de largo.

Atravesábamos los macizos montañosos del Tigré con la visión

huidiza de monos rampantes —el *Simius saltarinus*— y veloces cebras y leopardos. La región era enigmática, con sus plantas de movimientos sonámbulos. Johnson dijo que Plutarco atribuye a Alejandro el vano proyecto de naturalizar la hiedra en los campos de Babilonia, esta planta débil, de la que quiso servirse para naturalizar sus triunfos, pero revistió los deseos del conquistador del mundo. El cedro gigante (hay aquí muchos), no sirve para alimentarnos; en cambio las gramíneas, esa familia modesta, «las plebeyas, las proletarias, las humildes, las rústicas del reino vegetal», como Linneo las llama, esas plantas que, con raras excepciones, apenas se elevan del suelo, que no tienen flores ni fragancia, ni colores, constantemente holladas por nuestros pies, que más se multiplican cuanto más se las maltrata, verdadero emblema del sufrimiento, signo real de la felicidad, extiende casi por todas partes las cuatro mil especies que constituyen su dilatada familia, y en distintas zonas y lugares, ora el trigo o la cebada, ora el centeno o la avena o el arroz, ofrecen al hombre fécula abundante para su sustento.

Por esto Bernardin de Saint-Pierre, filósofo y poeta, a cuya celebridad bastan su *Pablo y Virginia*, si antes no la hubiese adquirido con su gran libro *Estudios de la Naturaleza*, al trazar el cuadro geográfico de la planta, subordinándolo siempre a sus ideas finalistas, al contemplar la familia de las gramíneas de que hablo, dice: «No hay tierra en que trigo pueda crecer; Homero, que tanto había estudiado la naturaleza, caracteriza frecuen-temente cada país por el vegetal que le es propio; elogia una isla por sus vides; otra por sus olivos; aquella por sus palmeras; pero da a la tierra el título general de Zeidora o Panífera. En efecto, la naturaleza hace crecer los cereales en todos los sitios: los hay para los lugares húmedos de los países cálidos, como el arroz de Asia; para los sitios pantanosos en las regiones frías, como la especie de avena que crece espontáneamente en los bordes de los ríos de la América Septentrional, y del que, según refiere el padre Hennin, muchas naciones salvajes recogen todos los años abundantes cosechas. Otros cereales se dan admirablemente en tierras cálidas y secas como el mijo y el panizo en África; en fin, la cebada fructifica hasta los
62°
de latitud, en las rocas de Finlandia, en donde yo he visto cosechas

tan abundantes como en los campos de Palestina».

Ansiábamos comernos un plato de arroz con pollo o marisco, un *risotto* o una suculenta paella valenciana, cuyas características tuve que explicar detalladamente a mis dos amigos ingleses entre desmayos gastronómicos. Pero Bernardin era inflexible. Estudió siempre la naturaleza, no sólo como naturalista y poeta, sino como decidido partidario de las causas finales; por eso creyó ver cosas que muchos no vemos; por eso afirma que hasta en la distribución geográfica de los animales existe una de esas armonías secundarias de que habla, y que todas las que no son directamente útiles al hombre y «las que le son funestas, están confinadas en lugares reducidos del globo; que si invadiera nuestras comarcas, no se reproducirían, desapareciendo para siempre». El autor de los *Estudios de la Naturaleza*, que tan bellos párrafos dedica a las gramíneas, cree además que por una excepción adorable de Dios les fueron abiertas todas las regiones del mundo; pero olvida, pues no debió ignorarlo, que la más importante de ellas, el trigo, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, no es una planta primitiva, sino la transformación de otra especie inferior, ya extinguida, transformación verificada sólo por el trabajo humano. Bernardin de Saint-Pierre, como todos los de su escuela, olvida también que el hombre no habita en el Paraíso, que está obligado a ganar el sustento con el sudor de su rostro; y que al crearle Dios sociable, cosmopolita y sobre todo inteligente, le dotó de cuantos medios necesita para buscar su subsistencia, a cuyo fin recorre todos los países y abandona los que son estériles. Suponer que la Providencia se entretuvo en prever todos los errores y caprichos propios de la insensatez humana y que careció de poder bastante para hacer al hombre perfecto, lo confieso, son ideas antitéticas que nuestra razón repele.

Esta disertación sobre las gramíneas fue interrumpida por el canto de uno de nuestros sirvientes que, en lengua «gheezé», cantaba:

Estrellas somos que cantan,
cantamos con nuestra luz,
somos pájaros de fuego
volando sobre el cielo.

Nuestra luz es nuestra voz,
apartada de los espíritus,
para que los espíritus pasen.

Le preguntamos qué canción era y nos respondió que se llamaba «Las estrellas»; luego cantó «El Cocodrilo»

El elefante ha resbalado.
Sí, ha resbalado.
Este árbol ha caído,
hay que enderezarlo.
Ha caído a la izquierda,
cae, aquí, a la derecha.

Danzemos hacia adelante,
danzemos hacia atrás.
La comida está preparada
quitando la piedra del hogar.
Esperaremos tu socorro,
oh, padre cocodrilo.
Esperaremos junto al río,
esperando la victoria.

Entonces vi la cara de la muchacha etíope con el turbante azul que relata Ennio Flaiano en Tiempo de matar. Vi la lepra tras el turbante azul. Vi también una guerra triste, con ejércitos hambrientos, ametralladoras, tanquetas, y la deslucida victoria del mariscal Badoglio. No obstante, fue por muy poco tiempo.

Atravesamos bosques petrificados, de formas extrañas, con ventanitas horadadas en el tronco, por las que salían las cabezas de los gnomos. Nos miraban vigilantes, pues estábamos preparando, en medio del bosque, un asado de jabalí, y los gnomos se relamían de gusto. Nos faltaban, sin embargo (y era muy de doler), las gramíneas de Bernardin de Saint-Pierre. Los gnomos eran rapidísimos de movimientos, pero sus caras eran de hombres viejos y, tal como me lo había dicho, hace muchos años en La Coruña, un anticuario amigo mío, Javier Ruiz, su mirada es inquietante, es perversa, pero no maléfica. Mi amigo había estado excavando en

Toledo, capital de la magia, en las Cavernas de Hércules, y allí fue donde se le apareció un gnomo al entrar, que debió ser gnomo portero. Identificaba las cuevas con el antro subterráneo del mago don Yllán que sale en Juan Manuel. Dejamos una tajada para los gnomos, que lo agradecieron.

Vimos a lo lejos manadas de elefantes y algún que otro rinoceronte suelto. Por más pesquisas que hicimos, no encontramos huella del dragón alado de ocho cabezas que matara Kosmas en el siglo VI y que, según parece, vive en los pantanos y así lo afirma el traficante Alfred Aloysius Horn, el famoso Trader Horn.

Dormíamos en grandes tiendas, arrebujándonos en nuestras mantas, que resultaron muy cómodas. Teníamos un cocinero excelente que sabía guisar las célebres espinacas del desierto, pero a veces nos alojábamos en grandes casas y palacios, como en Axoum, invitados en la mansión del Ras Tafari. Una de sus hijas, bellísima doncella de dieciocho años, nos cantó un repertorio de nanas del país, acompañándose con el «masenko», violín de una sola cuerda, de hiriente y expresiva melodía. Solían acompañarse también con flautas, atabales planos y larguísimas trompas o bocinas estrepitosas.

Por el jefe de la caravana, Mentouab, supimos que en las casas etiópicas jamás debían construirse puertas en el lado oeste de la habitación, pues ésta es la dirección del mundo de las tinieblas. Las jóvenes bailaban y cantaban excelentemente, y las del Ras eran muy cariñosas y vestían de lino blanco, con túnicas hasta los pies, la cintura ceñida con amplios cinturones de color. En las comidas nos daban vino, como un reconocido honor al embajador de Nápoles, hidromiel y cerveza. Les gusta la carne cruda. Don Faustino de la Peña, en su historia de los carniceros y la carnicería, informa que «había comprobado que los abisinios, al trasladarse de un punto a otro en sus viajes, comen carne cruda, para lo cual llevan vacas, y cuando quieren comer carne, desuellan la piel por las nalgas, y de este modo van sacando pedazos mollares, cosen luego el pellejo y el animal continúa andando».

Al contrario de lo que sucede en Europa, el clima tropical sufre poquísimas variaciones de temperatura a lo largo del año. A causa de que cada día experimenta unas oscilaciones de temperatura parecidas, es más adecuado hablar de clima a lo largo del día que

del clima anual como sucede en las regiones no tropicales. Asimismo, la duración del día y de la noche es constante a lo largo del año. Alejándose un poco hacia el norte o hacia el sur, los días se hacen un poco más cortos. Cuanto más cerca se está de los trópicos, más sequedad se nota en el ambiente. Especialmente en las zonas tropicales donde soplan los alisios la sequía es muy acusada, como se puede comprobar en la faja desértica africana. Fuera de este caso, la vegetación es exuberante y monstruosa.

A este respecto, se ha dado el caso de aparecerse el «olocanto», planta que anda, muy peligrosa por su aguijón retráctil, que descubrió san Jerónimo en el desierto de Chaléis. También hay plantas carnívoras, coléricas y muy rugidoras, y serpientes vegetales que se deslizan sobre las piedras calcáreas. Lo más característico, sin embargo, es el gran repertorio de flores perfumadas (hay perfumes que matan) de vivos e infinitos colores. Tienen todas ellas tendencia a la mutación, de tal suerte que derivan de un género a otro, de una especie a otra, produciéndose mutaciones horribles, de las que no quiero hablar, más propias de un relato terrorífico a la usanza de los *gothics* de mi querido Horace Walpole.

Un día, cuando nos acercábamos a la ciudad de Debarec, cruzaron, volando cerca de nuestras cabezas, una manada de pájaros mecánicos, de los que tan aficionados son los abisinios, herencia de los bizantinos, para encontrarlos luego, posados en las cúpulas de los templos de la ciudad. Pero de estos pájaros deberé referirme más adelante en varias ocasiones.

19

Apenas vi el panorama que ofrecía la ciudad de Gondar, capital del Imperio Abisinio, me maravillé, arrebatado por sus cúpulas doradas que, como en Debarec, emergían airosamente por encima de los tejados, aunque con más brío y exaltación. La ciudad estaba circundada por altas murallas almenadas, truncadas a trechos por vigilantes torres y por castillos de poderosa estructura. Las cúpulas correspondían a palacios e iglesias de carácter arcaico. Sin embargo, lo que seducía extrañamente eran diversas construcciones que, cual moderna torre de Pisa, se alzaban inclinadas, pero con un ángulo de inclinación más pronunciado y desafiante. Esto le daba un aspecto quimérico e irreal, como el que Robert Wiene daría a sus producciones más fantasmagóricas y, por decirlo así, expresionistas. Surgía como un mentís a lo razonable y se adivinaba que algo secreto debía esconder referente a muchas cosas, pero principalmente a su utilidad y eficacia. Las cúpulas doradas brillaban con el sol naciente, y sus destellos se veían desde muy lejos y por cualquiera de los caminos (viniesen éstos por los cuatro puntos cardinales) que conducían a la ciudad imperial. Tenían la forma esférica, de media naranja, y aunque no tan majestuosas como la que puede contemplarse en la iglesia de San Pedro, en Roma, obra de Bramante y Miguel Ángel, sí que eran airosas y ligeras. Encima de ellas, como era de esperar, se posaban los pájaros mecánicos, con su gran chirriar de alas, y sus colores vivos y brillantes. De vez en cuando, disparaban sus voces, casi siempre discordantes, aunque justo es reconocer que en alguna ocasión eran capaces de emitir melodías encantadoras y dulces. Algunas veces, recitaban en latín fragmentos de los Evangelios Apócrifos o trozos de pasajes ambiguos de los más antiguos textos cristianos, como los de la carta en griego de san Bernabé o la del Pastor de Hermas.

La ciudad se hallaba construida en un cerro que se levantaba en

un valle rodeado de montes muy arbolados. Su aspecto inspiró versos, destilados pausadamente de una vieja cultura refinada. Por ejemplo:

¡Oh, Gondar, casa de Iasou y del admirable Bakaffa
Gondar, más bella que la ciudad de David, que la tierra de Salem.
Tú, que guardarás tu resplandor eternamente
y que no serás destruida como Sodoma.
Oh, Gondar de bellas construcciones.
Gondar, esperanza de pobres y ricos,
Gondar, a la que nada se puede comparar,
Gondar que, como madre, satisface tus deseos,
Gondar, que quita la fiebre.
¡Gondar, patria del lujo y del refinamiento!

Estos versos fueron atribuidos —apócrifamente quizá— al jurista Kiffé Iohnnes, que vivió al comienzo esplendoroso del «tiempo de los Príncipes».

Sin embargo, estos versos reflejan la majestad de Gondar. En primer término, destaca el palacio de Fasílides y su piscina o vivero de anguilas carnívoras. La mirada se desplaza, atraída irresistiblemente por el castillo de la Silla, construido por Iouson el Grande. En el centro, el edificio majestuoso de la Sala del Trono. Luego, el palacio de Mentouab y, al lado, la iglesia de Attami-Queddoun-Mikael, construida por David III. Un poco más arriba, la Cancillería de Iohannes el Santo y, junto a ella, la Biblioteca del mismo emperador. Vienen también la Casa del Kohl y el palacio de Bakaffa. Un poco más hacia la muralla, el edificio del Cuerpo de Guardia de la Caballería y los Baños Turcos. Justo en el mismo centro, la iglesia, con sus altas cúpulas, de Guemjabet-Mariam (El tesoro de María). Sorprendentemente, dando guardia a una vieja torre llamada de los Palomos, aparecen ante nuestros ojos, seis grandes torres oblicuas de gran efecto. Todo ello dentro de la muralla, cuyas puertas están cuidadosamente nominadas y adornadas: 1) puerta de la Guardia: 2) puerta de los Jurisconsultos; 3) puerta de las Conmemoraciones fúnebres; 4) puerta de las Hilanderas; 5) puerta del Kohl; 6) puerta del Ras; 7) puerta de las

Palomas; 8) puerta de la Princesa; 9) puerta del tesoro de María y 10) puerta de los Pasadizos.

Fuera de la muralla se alza el palacio de la explanada o de Addababay, la iglesia de Addababay-Iasous, la iglesia de Addababay Tekla-Haimanot, el palacio del Ras y el Cementerio Peligroso, sitio transportado del ciclo artúrico a Gondar, con la leyenda de Gauvain y su combate con un supuesto caballero que, en realidad, es el diablo rugiente. Gauvain arma su cabeza y monta en su buen caballo. La doncella (que es la amante del diablo), de muy gracioso cuerpo, se apresura en armarlo y le entrega escudo y lanza. El diablo ya ha llegado junto al muro. El diálogo es impresionante:

—Estad tranquilo —le dice la doncella.

El diablo entra por la puerta y le grita:

—Puta, vos estáis muerta y vuestra lujuria deshonrada. Villanamente será interrumpida en breve plazo esta conversación. En mala hora acepté vuestras relaciones.

La doncella responde con cortesía:

—Ciertamente, mucho me pesa haber sido vuestra amante, pero ved aquí a mi señor Gauvain, que es muy estimado y alabado. Tengo puesta mi fe en que Dios le ayudará esta noche y yo nunca más seré vuestra sirvienta.

El combate se desarrolla con ferocidad, rompiéndose escudos y cotas de malla, cascos y mazas y lanzas. El diablo, por fin, es arrojado a una tumba, Gauvain le ve el rostro desnudo y en medio le golpea con la espada. Por debajo de los ojos le arranca las mejillas y medio mentón. Luego vuelve a golpearle y le corta la cabeza. Gauvain, según la tradición etíope, va a lavarse al lago Tana, que está cerca de Gondar y es fuente del Nilo Azul. El lago Tana es una extensión de 3.000 km cuadrados de agua espejeante, con plantas de papiros en las orillas, ánades salvajes y adormilados hipopótamos. El agua se extiende hasta el horizonte, salpicada por macizos arbóreos y hierbas acuáticas. Son los islotes. Hay el islote Ait-Debri (la catedral de los Ratones) con una única higuera centenaria; el Wof Godjo (el nido de los Pájaros); el Feker-Asfedi (el fin de los Amores) y la famosa isla Daga, con una iglesia llena de preciosos tesoros y con los antiguos archivos reales. Aquí yacen embalsamados los restos de los antiguos reyes abisinios. Y es precisamente en este lugar donde el árabe-español Abenarabi (sufí

cristianizado) redactó, según Asín Palacios, los textos del *Mawaqui*, después de peregrinar por Oriente. Murió en Damasco e influyó en Raimundo Lulio y en Dante.

Una de sus inspiradas reflexiones, capta el espíritu que aquí se respira: «No lograrás las moradas, hijo mío, mientras no te unas con Dios; no te unirás, mientras no te anonades; ni te anonadarás, hasta que tengas fe viva; ni la tendrás, hasta que practiques habitualmente los actos de virtud correspondientes a cada morada; ni adquirirás estos hábitos, hasta que Dios te ayude con su gracia; ni, finalmente, obtendrás ésta, hasta que te acompañe de alguien que a su vez posea ya aquellos hábitos que son fruto de la divina gracia. Si te acompañas de él, obtendrás la gracia, y con la gracia el hábito de la virtud, y con la virtud habitual la fe viva, y con la fe viva el anonadamiento, y con éste la unión. El tiempo es un regalo que Dios te hace. Aprovéchalo, porque de ti huye. Empléalo en prácticas de piedad y en obras buenas, porque si no, te servirá de perdición, mientras a otros les sirve para su salvación. Escucha: que la alabanza del que te alabe no te ciegue para ver lo que tu alma es en realidad. No trabes amistad más que con quien veas que te ha de aprovechar para tu vida espiritual. Si ves que es imperfecto, huye de él como del león. Dije mal: huye de él más que del león, pues el león, si destruye tu vida de acá abajo, también te da los grados de la gloria, mientras que el compañero perverso te priva de la vida presente y la futura. Ubi rugeont leones».

Oyendo las largas y sabias voces del sufí, un explorador francés, Monsieur Jean
d'Esme
, autor de *A travers de Menelik*
l'empire
, se perdió por estos parajes del lago, y lo navegó con una «tanquora», especie de piragua hecha de tallos de papiros, ojo avizor a los cocodrilos y a sutiles (y muy habladores) fantasmas del lago, que lo llenaban con ecos de espirituales sentencias religiosas. Cosa rara, no le molestaron los gnomos. Se puso a dormir en la orilla, envuelto en una capa abisinia de rico terciopelo. Nos lo cuenta en su Diario: *«La voix rapace nocturne hulule et nous endormons entre nos murs de toile, bercés par les clapotis clair des vagelettes qui mordillent la falaise à nos pieds»*

d'une

.

20

Nos abrieron la Puerta de los Jurisconsultos, y por ella entramos a la ciudad. Nos vino a buscar solemnemente el Ras Mikael con un séquito de cien lanceros y otros tantos fusileros, acompañado de intérpretes y hombres de iglesia (éstos, con sotanas negras, ribeteadas de rojo, y con gorros parecidos a los de los coptos). Asistían al cortejo muchas damas de la corte cuyos criados sostenían sus sombrillas con campanillas en los bordes, de alegre tintineo. Cerraba la comitiva una orquesta de timbaleros, flautistas, trompeteros y violinistas, así como unos abanderados con los estandartes de bienvenida.

El Ras Mikael era el valido o primer ministro del Emperador. Hombre suspecto, de mirada atravesada, aunque afable y untuoso. Vestía, como todas las gentes principales del país, unos estrechos pantalones de algodón blanco, largos hasta los tobillos, y una casaca cerrada con botones hasta el cuello. Sobre sus hombros, una capa de terciopelo azul ribeteada con galones de oro. Le seguía, como si fuera su sombra, un criado con la sombrilla cascabelera. Hizo una salutación, inclinándose ligeramente.

—Bienvenidos a Gondar. El emperador os espera con impaciencia. Hice una reverencia con mi tricornio airoso, cosa que imitaron el doctor Johnson y Boswell. Nos habíamos emperifollado y perfumado con aguas de olor venecianas. Johnson no parecía el mismo con su camisa limpia y sus calzones color tabaco. Boswell llevaba bajo el brazo un largo catalejo con el que había estado examinando el aspecto de la vieja ciudad. Me aclaré la garganta.

—Le seguimos, señor. Gracias por acompañarnos.

Entramos en el recinto urbano a través de largas callejuelas y plazuelas con árboles que derramaban flores y aromas silvestres. Por todas partes había perros y gatos que se unían al cortejo con entusiasmo. Ladraban y mayaban cariñosamente en espera de algún

bocado que Chenouti se encargaba de repartir. Lo recibían con gran contento.

Hombres y mujeres se agolpaban en las esquinas viéndonos desfilar. La orquesta retumbaba al pasar bajo extraños arcos que unían, de tanto en tanto, ambos lados de la calle, comunicando, por consiguiente, sus casas por medio de aéreos pasadizos con ventanas en las que se asomaba el servicio doméstico. Los señores lo hacían desde las ventanas y balcones principales de las fachadas. Las casas eran de piedra sillar, a excepción de algunas de sillarejo totalmente encaladas, de un blanco restallante. La arquitectura etíope es muy característica en sus estructuras funcionales, y muy imaginativa.

Cruzamos por delante de una de las enormes torres inclinadas, llena también de gente curiosa, que se asomaba por las ventanas. Aprovechando la inclinación de la torre, se cobijaba bajo ella un gran rebaño de unos doscientos camellos, por lo menos. Me sorprendió el Ras Mikael, advirtiéndome amablemente:

—Es obra de un arquitecto español a quien conoceréis en palacio, el padre filipense Tomás Vicente Tosca, autor de un tratado, que está ultimando en sus detalles, verdaderamente revolucionario, *La Arquitectura Oblicua*.

Samuel Johnson intervino:

—Verdaderamente admirable, señor. Un caso excepcionalmente único.

Tal observación, muy valiosa por venir de quien la dijo, no cayó en tierra baldía, por así decirlo, o en saco roto (idea vulgarmente expresiva), sino que fue recogida, anotada y archivada en aras de su celebridad futura por el fiel James Boswell, que iba bien provisto de sus libretas.

Llegamos a palacio, vasta construcción de piedra con una gran cúpula dorada, oficialmente llamada Sala del Trono. Fuimos introducidos en su interior, donde, en lo alto de un estrado, sentados en sus tronos, nos aguardaban el emperador Tekla-Haimanot y la emperatriz Adelaida-Gika.

Hice una profunda reverencia. El doctor y su amigo hicieron lo mismo, reprimiendo el primero a duras penas sus convulsiones faciales, gestuales y deambulatorias.

—Aquí traigo mis credenciales, majestad, así como el proyecto sobre la Escuela de Artes y Oficios regentada por jesuitas.

El emperador y la emperatriz iban coronados con una especie de capuchón recamado de perlas y piedras preciosas y un sinfín de diamantes, pendientes cual borlas, sobre los ojos. Ambos llevaban la capa de gran aparato de terciopelo carmesí bordada en oro.

Tekla-Haimanot, después de pasar mis credenciales y papeles a un secretario, se levantó de su asiento, y abriendo los brazos, pronunció las siguientes palabras:

—Estudiaremos con gran cariño este gran proyecto, querido embajador. Creo sinceramente que será un paso importante, para el bienestar y la cultura del país, la fundación de la Escuela de Artes y Oficios.

Hizo una pausa, que fue aprovechada por los gnomos para curiosear detenida y pormenorizadamente. Salieron por entre los cortinajes y de debajo de las sillas y sillones de los estrados. Se deslizaban rápidamente de un lado para otro. El emperador volvió a tomar la palabra.

—También estamos alborozados por la llegada del señor Johnson. Espero que encontrará satisfactoria su estancia entre nosotros y pronto entrará en contacto con nuestros gramáticos para llevar a buen fin el gran diccionario de nuestra lengua.

Con estas palabras dio por terminada oficialmente la ceremonia, que se continuó, no obstante, con un vino, que fue servido a los concurrentes en copas de cristal de baccarat traídas por Dios sabe qué caminos. Se sirvió también el típico hidromiel de reminiscencias clásicas. Los gnomos, con gran júbilo, trasegaban raudamente copas y jarrones, probando de todo, emborrachándose concienzudamente.

Me presentaron, entre otra mucha gente, al padre Tosca, ilustre matemático y religioso de la Congregación de San Felipe Neri, autor de las admirables torres inclinadas de la capital del Imperio abisinio. Había trabajado como cartógrafo y arquitecto en España. Era extraordinario (y así se reputaba, en efecto) el plano que levantó de la ciudad de Valencia, fruto de prolongadas observaciones y medidas que, al ser advertidas por sus conciudadanos, le valieron el remoquete de «*El capellà de les ratlletes*» (el capellán de las rayitas). Como arquitecto, construyó la fachada de la iglesia de su congregación, el monumento de Semana Santa en la catedral y el teatro o Casa de las Comedias (1717) sin

que supiera la aplicación a que estaba destinado el edificio en una época que consideraba el teatro como un arte profano bastante peligroso para las buenas costumbres. Su obra literaria principal son los nueve volúmenes del *Compendio matemático en que se contienen todas las materias más principales de las ciencias que tratan de la cantidad* (1715). Asimismo, se había dedicado a otros temas, como lo prueba el hecho que, durante mi estancia en España, regresando un día del Misterio de Elche, encontré en una librería de la Plaza Rodona de Valencia, la obra de Tosca *Vida de la venerable madre Josepha de Albiñana* (1775), de la que tengo una estampa también, hija de Benigánim y con ostensibles raíces en el pueblecito catalán de Albiñana, lugar donde nació el guerrillero Xaconín. El arquitecto valenciano había venido a Abisinia para remozar completamente su arquitectura tradicional, dando un despliegue a sus teorías, aquí desarrolladas majestuosamente sobre la arquitectura oblicua.

Viendo el interés que sobre ello demostraba el doctor Johnson, decidimos aplazar el tema grandioso de la oblicuidad arquitectónica para otro día más sosegado, y derivé la conversación sobre la admirada madre Josepha de Albiñana:

—Mire usted. Es una gran santa, honra y prez del solar valenciano.

El doctor Johnson buscaba desesperadamente algo que tuviera más sentido para él que el hidromiel, detestable mixtura para un paladar británico. En aquel momento entraban unos camareros imperiales cargados con bandejas de plata, llenas de jarras de cerveza de Axoum que, aunque no muy excelentes, sirvieron para aplacar la sed del doctor. Este descubrió en el *buffet* un barrilito de ostras de las costas somalíes, escabechadas con ajo, laurel y pimentón rojo. Entre extraños movimientos convulsos, lo cierto es que los moluscos produjeron las delicias de nuestro querido erudito.

Volví a interesarme por la madre Josepha, la santa de Albiñana.

—No es santa todavía, mi querido amigo, pero lo será, si Dios lo quiere, pues hay en Roma Causa de la Venerable.

Entraron unas bailarinas eritreas, con túnicas largas hasta los pies, que danzaban muy sigilosa y lentamente. Hacían sonar sus pulseras metálicas, que llevaban en las muñecas y en los tobillos. Los músicos las acompañaban con los violines de una sola cuerda y

unos pequeños tambores que producían un sonido seco y percutante.

—¿Es verdad que repetía una característica frase, aun abrumada por el trabajo?

—Sí, señor. En efecto, repetía, con gran alegría, «Con gana o sin gana, por amor de Dios».

—¿Es posible?

—Aunque era tan continuo el trabajo corporal en la Venerable Madre, no por esto descaecía un punto su espíritu de atención interior a las cosas celestiales, y si bien tenía las manos en el trabajo, el corazón lo tenía en Dios, cuya voluntad deseaba cumplir exactamente, componiendo y enlazando muy bien las ocupaciones de Marta con la contemplación de la Magdalena.

—Me parece una gran figura de la orden de las agustinas descalzas.

—Yo he procurado extender, aquí en Abisinia, su veneración y he divulgado su retrato que, como ya sabe usted por tener mi libro, va en el frontispicio del mismo, en la edición de Benito Monfort en el año 1715.

Lo tiene la emperatriz en su mesilla de noche así como el emperador, que es muy devoto.

—Es formidable.

—Yo he redactado una oración, aquí muy apreciada que dice así: «¡Oh, Dios mío!, que adornaste a la Beata Josepha María de Santa Inés y Albiñana, de Benigánim, con abundantes gracias elevándola a la más encumbrada santidad, otorgando por su intercesión señalados favores del cielo, concededme ahora, por mediación de vuestra enamorada Sierva, la gracia que deseo alcanzar (aquí se expresa la gracia que se desea obtener), a fin de que sea pronto glorificada y coronada con la diadema de los santos, para gloria de Dios y esplendor de nuestra Fe. Amén».

—Me parece una oración expresiva y seria, muy propicia a la piedad de los abisinios.

—No obstante, hay que ir con muchas precauciones, pues el clero etiópico es muy celoso de su rito y de sus santos, y como usted no ignorará, existe un cierto recelo en lo que toca a los católicos.

—Lo sé, lo sé.

En este preciso momento las bailarinas desfilaban ante nosotros,

y una de ellas guiñó un ojo a Boswell, que quedó perplejo, atragantándose con la ostra que estaba comiendo. Johnson le dio unos golpecitos en la espalda mientras le decía a Tosca amablemente:

—Esta santa, señor, ¿ha producido ya algún milagro a tener en cuenta?

—En esto estamos, señor —contestó el filipense con mucha reserva y prudente empaque—. Lo estamos investigando. Hay uno, no obstante, de muy cierto, pues estando Josepha en la cocina, le llevaban agua los Santos Ángeles en unos cántaros de cobre, que aún conserva la comunidad, y porque algunas veces al tiempo de dejar los cántaros hacían algún ruido, les decía Josepha con su gran sencillez: «Angelitos, no hagáis ruido, que las Madres están recogidas». Y en algunas de estas ocasiones, vieron las demás religiosas andar los cántaros por el claustro, sin ver quién los llevaba, lo que causó en ellas algún espanto, hasta que Josepha les declaró el suceso. Otros muchos casos semejantes podría referir, en que el Señor manifestó lo que se complacía en las obras de obediencia que con tanto espíritu y fervor ejecutaba esta sierva de Dios; pero al presente basta éste.

Nos cumplimentaron los ministros, cortesanos y generales, así como las señoras, que empezaron a coquetear con nosotros.

Todos estaban muy interesados en la construcción, con cargo a mi gobierno, de un edificio para la Escuela de Artes y Oficios. Me sugirieron que el arquitecto ideal sería, sin duda, el padre Tosca, que podría construir una escuela oblicua, pues la oblicuidad era la última moda cultural, por aquellos días, en Abisinia. Me extrañó no encontrar entre los asistentes a los príncipes imperiales, Rasselas, el heredero, y la princesa Nekayah, su hermana, pero me indicaron que era costumbre inveterada educarlos fuera de la corte, en el palacio de Ouhan, al noroeste de Gondar, encerrado valle con un lago de aguas heladas. Era un sitio aislado del mundo.

Cuando me estaba comiendo una ostra del mar Rojo, se abrió una puerta a mi lado y apareció el emperador acompañado de un violinista. Me hizo entrar en la habitación.

—Estoy realmente muy contento, querido embajador, con vuestros proyectos.

—Yo también, majestad.

Hizo una seña al violinista, que empezó a tocar inspiradamente una lírica romanza.

—Quiero pediros un favor, amigo mío.

—A vuestra orden, majestad.

—Quisiera que anticiparais la llegada del jesuita músico previsto para la escuela (no dudo que la enseñanza de música está prevista) al objeto de que reorganizara la orquesta imperial. ¿Es factible?

—Esto está hecho, majestad. Ordenaré que venga el padre Eximeno, gran músico práctico y teórico.

—Gracias.

Hice una reverencia, profunda y respetuosa. Luego volvimos al Salón del Trono, donde me hallé con la mirada interrogante de mis amigos. La orquesta imperial atacaba una chacona discordante, perfecto amasijo de ruidos chirriantes y locos. Un gnomo me estaba contemplando regocijado.

21

Luego salieron un actor y una actriz que recitaron en lengua abisinia unos fragmentos inéditos, desconocidos por mí, de los Diálogos de Masdeu. Extraña coincidencia era ésta, que suscitaba ecos de mi pasado. Los actores declamaron:

SOFRONIA: ¡Oh, cuánto me creyera dichosa, si pudiese escribir en poesía sin haber ido a las aulas! Quisiera desde luego mortificar la jactancia de los hombres con una docena de sátiras en verso. ¡Oh, cómo me echara a reír, cuando viniesen a decirme que no sé latín!

METRÓFILO: Si tu deseo no es otro sino el de ponerte a la par con cualquiera de esos hombres que se llaman poetas, te doy palabra que lo podrás conseguir en menos de un año. Tendremos los dos algunas conferencias: tú estudiarás un mes sobre cada una de ellas, poniendo en práctica con la pluma, bajo mi dirección, todas las cosas que te iré insinuando, y después verás a muchos poetas delante de ti con el sombrero en la mano.

SOFRONIA: Dame desde luego, Metrófilo, la primera lección, que yo te prometo que me aplicaré al estudio con la mayor diligencia y conato.

METRÓFILO: Empecemos pues por lo primero. «Poeta» es palabra griega, que significa Criador; y Poesía del mismo modo quiere decir Hechura o Criatura.

SOFRONIA: ¡Mucha soberbia a la verdad es la de los señores poetas! Siendo ellos fabulosos, o escritores de fábulas, según he oído varias veces, no sé cómo tienen valor para intitularse Criadores.

METRÓFILO: Por lo mismo, porque son fabulosas y fantásticas las invenciones del Poeta, por esto puntualmente se le da el título de Criador. Las cosas que él inventa, no existen en el mundo: se las forma él en su cabeza, y se las cría por sí mismo a su placer y por lo mismo se le llama criador de semejantes cosas, que son verdaderamente criaturas suyas, e hijas de su imaginación.

SOFRONIA: El Poeta en sustancia, según esto, es un criador de mentiras. No me parece oficio muy honrado.

El diálogo continuó hasta muy tarde.

22

Despaché toda la mañana con Chenouti redactando comunicaciones, informes reservados a monseñor Alfieri y dictámenes a mi gobierno. Esperaba dejar todo solucionado en lo que hace referencia a la Escuela de Artes y Oficios así como la lista nominativa de los jesuitas que, a mi parecer, eran los más indicados para las tareas docentes, sin olvidar lo relacionado con el padre Eximeno, lo apresurado que se presentaba el asunto de su venida a Gondar e indicación sobre una compra de instrumentos musicales (liras, violonchelos, fiscornios, trombones, claves, etc.) necesarios para constituir una orquesta de relieve, adecuada a las necesidades (religiosas y de boato) del palacio imperial.

Luego me reuní con el padre Tosca y, acompañados por mis amigos los súbditos de su graciosa majestad británica, practicamos una gira al objeto de examinar «in situ» las portentosas novedades de la arquitectura oblicua. Las torres, efectivamente, estaban inclinadas con indiferencia a su ubicación, y el grado de oblicuidad resultaba también indiferente a los cuatro puntos cardinales, es decir, era perfectamente viable obtener, según el método y teorías del padre Tosca, la suficiente inclinación, tanto si se efectuaba hacia el norte o hacia el sur, o hacia el este o el oeste. Esto tenía mucha importancia —por lo menos en los países orientales—, pues para el mundo islámico era evidente la necesidad de practicar una edificación con el grado de oblicuidad dirigido hacia La Meca, la ciudad santa. Esto constituía una enorme ventaja práctica.

Nos internamos en varias de estas torres y edificios (había construido ya el padre Tosca un cuartel) y vimos que eran absolutamente normales, con la única diferencia que las paredes seguían el grado de inclinación de todo el edificio. Esto resultaba incluso atractivo y daba un acento de originalidad a la vivienda, si es que de habitáculos se trataba; lo mismo podía decirse de

despachos de oficina, talleres, tiendas, peluquerías, etc. Ahí estaba, sin ir más lejos, el ejemplo del cuartel, perfectamente asumido, tanto por los soldados y oficiales, como por el público en general. La gran ventaja práctica era, sin embargo, el aprovechamiento del suelo no edificado bajo la estructura arquitectónica inclinada. Toda esta superficie quedaba al abrigo de la edificación oblicua, pudiendo albergar (como así se hacía corrientemente) enteras manadas de camellos o caballos, rebaños de ovejas o, simplemente, cualquier cosa que se deseara proteger de las inclemencias del tiempo: lluvia, viento, granizo, etc. Y, sobre todo, una cosa esencial en éste como en todos los países tórridos: la sombra. La sombra, este beneficio del cielo, sin el cual la vida sería imposible en estas latitudes.

Quedamos, realmente, estupefactos, con un grado de admiración oblicua, sin límites. El doctor Johnson demandó, excitadísimo, para divulgarla en Inglaterra, definición escrita de la arquitectura oblicua, siéndole facilitado por el padre Tosca un folleto en el que se definía tal arquitectura:

Arquitectura Oblicua.

> Es la Architectura obliqua la que enseña edificar fábricas obliquas; y porque esta obliquidad puede hallarse en la planta o en el perfil, o en la contiguacción, y techo que cubre, y cierra las obras, o en todo ello junto, juzgo sería conveniente tratar todo lo concerniente a la obliquidad que interviniere, assí en la planta, como en el perfil de las fábricas, dexando lo conduxere para la inteligencia de la obliquidad que suele haver en los techos, que primorosamente cubren por arriba los edificios, en que comprehendiese la formación artificiosa de todo género de arcos y bóvedas que enseña fabricar el arte.

El doctor Johnson guardóse el documento, no sin antes haber podido sacar copia del mismo el fiel Boswell (muy ufano desde lo de la bailarina eritrea), y preguntó al arquitecto:

—Si me es permitido hacerle una pregunta, yo la formularía así, señor: ¿qué entiende usted por arquitectura?

—La arquitectura en común —informó el padre Tosca—, es una

ciencia que enseña a edificar. Es en dos maneras, militar y civil. Arquitectura militar es la que enseña a fortalecer una plaza, de suerte que se pueda fácilmente defender de las invasiones bélicas; y pocos puedan pelear contra muchos. Arquitectura civil es la que enseña a edificar tales fábricas que puedan cómodamente habitar en ellas los hombres, atendiendo a su firmeza, conveniencia y hermosura, proporcionándolos al fin para que se erigen.

—Me parece una definición muy bien sintetizada. Adelante.

—La arquitectura se divide, en mi opinión, en recta y oblicua. Arquitectura recta es la que dirige los edificios rectamente sobre el suelo; y gobernándose por la escuadra y plomo, erige las paredes y columnas a ángulos rectos con el suelo. La arquitectura oblicua es, como ya he demostrado en el folleto entregado al señor Johnson, el arte que edifica oblicuamente, en pasadizos y puertas que corren en viaje, o en templos redondos o elípticos.

—¿La esencia de este arte? —exclamó Johnson— Por favor, padre Tosca: ¿es lícito y puedo preguntarlo?

—Naturalmente, señor. Consiste todo el primor de la arquitectura en una ajustada disposición y simetría de las partes que componen una fábrica, de que sin duda se origina su majestad, y hermosura, las que debe siempre procurar el arquitecto en sus obras, ajustándolas prudentemente a aquellas leyes, que observadas por los antiguos maestros, hicieron célebre a la posteridad su memoria, eternizándola en cuantos cortaron mármoles y en cuantos piedras colocaron en sus edificios.

—Así, señor, ¿es partidario del mundo clásico, en exclusividad?

—No pretendo prohibir a los modernos la libertad en discurrir nuevas trazas y formar nuevas ideas con que adelanten este arte, ciertamente capaz de variedad, por esto está atenido como otros, a los rigurosos preceptos de la geometría; pero quisiera ver esta novedad más en la planta que en los cuerpos de su elevación y en sus perfiles, cuya proporción no conviene se desvíe notablemente del estilo que en los cinco órdenes de arquitectura observaron los antiguos, con general aceptación de las edades, dando aquellas dimensiones a las partes de un fábrica que pide el orden a quien pertenece.

—Así pues, señor Tosca, fuera de la creación moderna realizada por usted (lo que se refiere a la oblicuidad), ¿es usted un clásico?

—Usted lo ha dicho. Efectivamente, señor Johnson. Por esto he de suponer con Caramuel que orden de arquitectura es una cierta disposición y proporción de los cuerpos principales que componen un edificio. Dije principales, porque no cualquier mudanza o variedad constituye diverso orden; y aunque esta variedad sea en los cuerpos principales, si no es notable, no causará variedad ni diferencia de orden; si nos metiésemos a averiguar cuánta, y cuál haya de ser esta variación, gastaríamos el tiempo inútilmente en cuestiones fútiles.

—¿Son, pues, estos órdenes?

—Los que frecuentemente estilan en las fábricas son los cinco siguientes: toscano, dórico, jónico, corintio y compuesto; aunque hay algunos otros que, o se reducen a los sobredichos o no se estilan ya en nuestros tiempos.

—Me reconforta su clasicismo.

—En todos los cinco órdenes se hallan frecuentemente tres cuerpos parciales que, sobrepuestos los unos a los otros, hacen un cuerpo total de arquitectura, y son pedestal, *columna y cornijón*. Cada uno de estos cuerpos se compone de otros menores que refiero siempre empezando desde el suelo.

—En la arquitectura oblicua, y desde un punto de vista práctico, ¿qué recomienda usted, señor?

—No voy a desvelar enteramente mis secretos, sobre todo antes de no haber terminado mis comprobaciones. Pero puedo afirmar que los cuerpos de arquitectura verticalmente oblicuos tendrán la misma amplitud, según la sección o línea horizontal, que tendrían si se erigiesen sobre el plano correspondiente al inclinado; con que será cosa fácil formar su perfil como se sigue en lo que voy a decir. Es esto: para mayor acierto se delineará el perfil recto; y de éste se sacará el oblicuo. Así de fácil.

—A pesar de su espíritu aparentemente revolucionario (en lo que se refiere a las concepciones puramente técnicas), ¿se considera usted, padre Tosca, heredero de la cultura tradicional, es decir, lo que deriva del conjunto homogéneo, definido en un lugar del tiempo, por Paul Valéry, como la conjunción de tres factores: la filosofía griega, el derecho romano y el cristianismo, entendido este todo como lo que llamamos Europa?

—Admiro el espíritu de este autor, todavía inasible para la

mentalidad actual. Pero, en efecto, como europeo me considero clásico y, como tal, participando de las doctrinas de otro numen, declarado como orsiano, hermano gemelo del anteriormente citado.

Convinimos en lo juicioso de tal aseveración. Salimos a la calle. Delante teníamos una hermosa construcción oblicua, con toda la irrefrenable y libre naturaleza de su ser, pero participando de un orden tranquilo, sereno e inmutable. Sus ventanas eran jónicas por el carácter de sus columnillas, carácter distribuido en estíbalo, fuste y capitel. Los frontones, organizándose en superficies triangulares y distendidas en ambos lados. Era un orden clásico perfecto.

Eché una ojeada al paisaje. No sé si el poeta Rimbaud vio estas construcciones, pero el paisaje sí le hirió. Llegará su epistolario a muchos lectores. En una de las cartas se verá el sufrimiento y la pérdida del don de la palabra poética. No parece preocuparle. Todo es el Todo. Rimbaud escribe:

> «Mi querido amigo:
>
> »La gente que ha pasado algunos años aquí no puede volver a pasar el invierno a Europa; se morirían en seguida de alguna inflamación pulmonar. Así que si vuelvo, será en verano; y en invierno me vería obligado a bajar, al menos, hasta el Mediterráneo. De cualquier modo no creáis que mis tendencias al vagabundeo disminuyen. Por el contrario, si tuviese medio de viajar, sin tenerme que detener para trabajar y ganarme la vida, no me verían dos meses en el mismo sitio».

He observado un grupo de árboles en la colina que tengo ante mí. Son grises, polvorientos. El sol se oculta lentamente tras ellos.

23

Esta mañana he acabado de redactar los Estatutos de la Escuela de Artes y Oficios que deberá regir tras la aprobación imperial. Los he presentado a su consideración y ha dado la orden al Ras Mikael para que fuera preparando la impresión y la publicación. Excelente. Los Estatutos, aunque todavía no son definitivos, rezan así según el gusto personal del emperador:

TÍTULO I

Art. 1. La Escuela de Artes y Oficios está destinada a dar una instrucción suficiente a los jóvenes capacitados que deseen perfeccionarse en artes y oficios manuales. Todo ello a cargo de una Fundación que será controlada por el Gobierno de Su Majestad Imperial. El edificio de la Escuela será construido bajo los principios áureos de la Arquitectura Oblicua y con pinturas murales que recuerden las escenas católicas de Maurice Denis e incluso las de Georges Rouault.

TÍTULO II

Art. 1. El Director es el jefe de la Escuela. Su responsabilidad alcanza y abraza todo el establecimiento. El Director asegura la ejecución de estos Estatutos. Vestirá un uniformé rojo con polainas azules y sobre el pecho llevará el distintivo de la Escuela todavía a determinar. Recibirá el tratamiento de Excelencia.

El jefe de estudios

Art. 2. El jefe de estudios cuida de todas las partes de la instrucción. Todos los profesores y maestros le están subordinados. Examina a los alumnos, se asegura de su progreso, sustituye al Director en caso de ausencia o enfermedad, preside el refectorio, los recreos, etc. Mantiene el orden, recorre las salas de estudios y talleres, dormitorios, y por la noche remite un parte al Director de lo sucedido durante el día. Su uniforme es azul y usará látigo de piel de rinoceronte al sólo efecto de hacerlo restallar contra el suelo. Recibirá tratamiento de Honorable Señor.

El administrador

Art. 3. El administrador recibe las sumas necesarias para los dispendios de la Escuela. Compra todo lo necesario para la alimentación y los vestidos. Rinde cuentas al Director. Vigila la cocina y la calidad de la ropa. Propone otros gastos. Irá de amarillo. Tratamiento de usía.

Profesores

Art. 4. Los profesores son los encargados especialmente de la instrucción de los alumnos. Enseñan según lo que les ha sido encargado y conforme a los planes de estudio. Premian la conducta, la inteligencia y la aplicación de los alumnos. Deben estar ya en clase cuando lleguen los alumnos a la misma. Vestido verde. Tratamiento ordinario de usted.

Maestros de taller

Art. 5. Los maestros de taller reciben a los alumnos en los talleres cuidando del orden, silencio y trabajo. Siguen a los alumnos en sus recreaciones y los vigilan. Todas las noches asisten con un criado en los dormitorios para hacer observar el orden y la decencia. Acompañan a los alumnos al refectorio, comiendo lo mismo que ellos. Sacan a los alumnos a paseo. Uniformes con rombos blancos y negros. Tratamiento de usted.

TÍTULO III

Domésticos

Art. 1. Toda familiaridad está prohibida entre los domésticos o criados y los alumnos. Se prohíbe a los domésticos ejecutar algún encargo de los alumnos sin permiso del Director.

Art. 2. Cuando se aperciban de algún desorden o vocerío desenfrenado darán cuenta inmediatamente. Vestirán túnicas largas.

Art. 3. Las puertas de la Escuela se abrirán a las cinco de la mañana en verano y a las seis en invierno; se cerrarán por la noche a las nueve y media. Las puertas estarán a cargo de los domésticos, que las vigilarán y engrasarán concienzudamente.

Art. 4. Por la noche, las llaves de las puertas exteriores serán entregadas al Director después del cierre por el doméstico de turno. Ningún profesor, maestro o doméstico dormirá fuera de la Escuela sin permiso del Director.

Alumnos

Disposiciones generales

Art. 5. Nadie que sea contrahecho o atontado mentalmente será recibido como alumno en este Centro.

Art. 6. La disciplina será esencialmente militar.

Art. 7. La señal para todas las ejecuciones colectivas se dará a golpes de tambor.

Art. 8. Cada división de veinticinco alumnos formará una compañía.

Art. 9. Cada compañía estará compuesta de un sargento, tres cabos y veintiún fusileros.

Art. 10. El grado será la recompensa del alumnado por su conducta, aseo y sumisión. Los alumnos llevarán sus insignias a todo trance.

Distribución del tiempo.

Art. 11. El tiempo se distribuirá de la siguiente forma:

A las cinco y media, levantarse de la cama. Oración cantada.

A las seis, estudio.

A las ocho, desayuno.

A las ocho y media, clase hasta las diez y media.

A las diez y media, talleres.

Al mediodía, curso de dibujo y música hasta la una y media.

A la una y media, almuerzo. Recreo hasta las tres.

A las tres, estudio.

A las tres y media, clase hasta las cinco.

A las cinco, recreo.

A las cinco y media, talleres hasta las siete y media.

A las siete y media, cena y recreo.

A las ocho, lectura y música.

A las nueve, acostarse. Oración cantada.

A las nueve y media. Inspección de los dormitorios. Seguidamente se apagarán todas las luces, etc., etc…

Este es propiamente el bosquejo de Estatutos. Como he manifestado al principio, la propuesta oficiosa respecto al personal es la siguiente: Director: Padre Francisco Isla (ya muy mayor), autoridad venerable y prestigiosa. Profesores: padres Juan Andrés, Esteban Arteaga, Antonio Eximeno, Francisco Masdeu, y los padres Hervás, Conca, Aymerich, Gustá, Gallissá, Bastero, y algunos más. No todos están de residentes en Nápoles, algunos lo están en Padua, Módena o Mantua, pero de todos hemos recibido su aquiescencia para trasladarse a Abisinia encantados, y formar parte de esta benemérita Escuela de Artes y Oficios.

No me gustaría ultimar estos Estatutos sin antes haber pergeñado un elogio del que concibió en vida la idea de las Escuelas de Artes y Oficios, el duque excelentísimo de La Rochefoucauld quien, en el cortijo «La Montagne» organizó un taller-escuela, germen de todas las Escuelas de Artes y Oficios. La ilustre familia de los La Rochefoucauld pertenecen a la antigua nobleza del Angoumois, remontando hasta el reino del rey Roberto, hacia el siglo XI. Uno de los miembros de esta familia, el conde de La Rochefoucauld, hizo, se dice, el honor de tener en sus brazos, en la

pila bautismal, al rey Francisco I. Otro miembro fue un cardenal de la Iglesia, y otro fue escritor, autor de las *Maximes Morales*. Nuestro hombre, además de haber fundado, en puridad, la primera Escuela de Artes y Oficios, escribió *Histoire des classes travailleuses, Legislation anglaise des chemins y Etablissements d'humanité*

.

24

Hoy, domingo, he asistido a la misa que el padre Tosca ha celebrado en palacio según el rito mozárabe de la capilla de la catedral de Toledo. *Cum Evangelium a levita super altare levatur, a levita primum dicitur: Laus, tibi, Domine Jesu Christe, Rex aeternae gloriae* (P. Germán de Prado). Los abisinios son piadosamente partidarios de lo maravilloso. En el *Voyage en Abyssinie* (1838) de Ed. Combes y M. Taminer, he leído que un devoto personaje, poseído por el amor a la soledad, pasando un día cerca del peñasco de Devra-Damo, completamente deshabitado entonces, concibió el proyecto de retirarse en la cúspide y transcurrir así el resto de sus días apartado del mundo. Hizo varias veces la vuelta a la gran roca sin encontrar acceso y, habiéndose convencido de la imposibilidad de llegar allí sin la ayuda de Dios, se puso en oración pidiendo al Todo Poderoso que hiciera un milagro en su favor para facilitarle la subida. El Señor accedió a los deseos del viejo cenobita, pues le envió una enorme serpiente que empezó a subir en espiral rodeando con su cuerpo el macizo rocoso. El santo varón se agarró a la cola de la serpiente dejándose arrastrar hasta la cima, momento en que, habiendo cumplido su tarea, el reptil desapareció. El ermitaño vivió varios años en soledad, pero luego fundó un convento cuyos monjes hacía subir por medio de una cuerda al estilo de las comunidades del monte Atos o de las Meteoras.

25

El doctor Johnson, después de profundos estudios, estableció la afinidad de la antigua lengua etíope, o gheez, y el árabe, y afirmó, según lo que más tarde probarían Gobineau y Hervás, que ello no crea una relación de dependencia; es únicamente una consecuencia de la naturaleza de los dos idiomas, que los clasifica a uno y a otro en un mismo grupo. Si el gheez se coloca dentro de la familia semítica, no se debe a que haya tomado este carácter al árabe. Según el etnólogo francés, la población indígena puramente negra del país le proporcionaba la base más segura y amplia, la materia más rica de este sistema. Del mismo, ella poseía los elementos, los principios, las causas determinantes mucho más perfectamente aún que los himiaritas, puesto que éstos habían dejado alterar la pureza del idioma negro por los recuerdos arios conservados con la parte blanca de su origen; y para introducir en la lengua de Etiopía civilizada estas huellas de la influencia extranjera, no era rigurosamente necesario que la intervención de los semitas fuese puesta en juego. Se recuerda que estos mismos elementos se encuentran también en el antiguo egipcio. Así, sin negar que los himiaritas aportaran a la lengua de la Etiopía huellas de su origen blanco, hay que observar, sin embargo, que tales restos pudieron provenir igualmente de la importación egipcia y, en todo caso, se aprovecharon de ella para aumentar en fuerza. Además, ciertos elementos no sólo arios, sino muy particularmente sánscritos, depositados en el antiguo egipcio, y que de éste pasaron al gheez, dan a esta lengua aquella triplicidad de origen existente en el idioma de los civilizadores. Así, la lengua nacional representa muy bien los orígenes étnicos: mucho más cargada de elementos semíticos, es decir, negros, que el árabe y el egipcio sobre todo, tuvo también menos huellas sánscritas que este último. Todo ello estaba de acorde con el *Catálogo de las Lenguas* del padre Hervás.

El eminente doctor reunió a varios colegas, todos ellos excelentes y de un gran saber filológico, y constituyó un comité permanente de la lengua gheez. Dicho comité estaba integrado por los sabios Démbeya, Godjam,
Tis-isât
, Sennaar, Dabra-Berhan, Mibazehou y Arka, que empezaron a trabajar en seguida bajo la férrea dirección del doctor Johnson, que los tenía en un puño. A poco, formuló éste las directrices o líneas maestras para un gran Diccionario de la Lengua Gheez o Abisinia, dudándose en adoptar una u otra terminología solamente. Los trabajos iban viento en popa. Fue muy celebrado el catálogo de la elipse, formulado por el doctor Johnson, pues aunque la lengua gheez no se distinga mucho en la construcción simple y orden natural de la enunciación de las ideas, se diferencia mucho en construcción usual, idiotismos, y uso de metáforas. Así por medio de la figura elipse, esto es, de la supresión de ciertas partes de la oración, que rigen, determinan o redondean una preposición, emplea el idioma un cierto laconismo gramatical. El catálogo (muy largo) es excelente. Para muestra un botón:

A mediados de agosto.
En la fiesta de San Martín.
El día de todos los Santos.
En la matanza de San Bartolomé.
Murió por falta de socorros.
Vino con las lágrimas en los ojos.
Quedó con los ojos bajos.
Vive en la calle nueva.
De una hora a otra.
Yo lo digo todo.
Jamás hubo orador que hablase mejor.
No hay memoria de haber tronado.
Se mantiene con los brazos cruzados.
Su madre bañada en lágrimas.
Carlos III de este nombre.
Los hombres que viven junto a las minas del oro son pobres.
Con banderas desplegadas.

La ciudad reducida a cenizas.
Con la espada en la mano.
¿Dónde se hallará la Justicia?
Desde toda una eternidad, etc.

Asistí, a ruego del doctor, a una sesión llena de sutilezas gramaticales y de buen decir. Por cierto, nos invitaron a una extraña mixtura, perfumada y muy agradable, a la que llaman café. Se trata de la rubiácea que hace poco ha hecho furor en «Don Florián» de Venecia, en «Pedracchi» de Padua y en el «Greco» de Roma. El abate francés Delille recogió no hace mucho el singular afecto que, por lo visto, tiene Voltaire por el café, en estos versos:

Il est une liqueur au poète plus chère.
Qui manquait à Virgile et
qu'adorait
Voltaire.
C'est toi, divin café, dont l'aimable liqueur,
Sans altérer la tête épanouil le coeur.
A peine j'ai senti ta vapeur odorante,
Soudain de ton climat la chaleur pénétrante,
Réveille tous mes sens sans trouble et sans cahots,
Mes pensés plus nombreuses accourent à grans flots.
Mon idée était triste, aride, dépouillé:
Et je crois, du génie éprouvant le réveil,
Boire dans chaqué goutte un rayon du soleil.

Según parece esta planta proviene de aquí, de Abisinia, concretamente de Kaffa —de donde saca su nombre—, situada al sur del territorio. Un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París, contiene una alabanza en verso de Scheik-Abd-el-Kader indicándonos que un muftí de Adén, llamado Dschemal-Eddin-Dhabani, hizo a mediados del siglo XV un viaje a Abisinia, la entonces Tierra del Preste Juan, y allí descubrió la infusión del café y se entusiasmó con ella. A su regreso, participó su descubrimiento a todas las comunidades religiosas, las cuales, desde entonces, comenzaron a cultivar el café, convirtiéndose en la bebida favorita de los derviches, pues era un estimulante a sus sagrados y

vertiginosos giros. Los intérpretes del Corán y los sabios también se aficionaron al café, ya que gracias a sus virtudes estimulantes, no se dormían en sus horas de vigilia y de rezo. Por ello, pronto se dio al café el nombre de «vino del Islam».

Hay otra versión contenida en el *Journal Italien des Savants* del año 1671 y tomada de Fausto Naironi Maronita (profesor de lengua caldea y siríaca en el Colegio de Roma), que corrobora el origen abisinio del café: «Hacia el año 1400 un guardián de Etiopía, de camellos, según unos, de cabras, según otros, se quejó a los monjes de un convento cercano que algunas veces sus camellos o cabras no dormían y saltaban toda la noche en vez de entregarse al reposo. El prior pensó que esto debía ser efecto del pasturaje. Para esclarecerlo se fue a los lugares del pasto y observó que cada vez que las cabras se pasaban las noches dando saltos, habían comido de un arbusto cuyos frutos les atraían mucho. Recogió entonces unos granos y se propuso descubrir sus cualidades. Lo hizo hervir en agua y al beberla observó que, efectivamente, le desvelaba. Pensó entonces en dárselas a los monjes para evitar que se durmieran en el oficio de la noche. Esto dio resultado e hizo ver que este fruto tenía muchas otras cualidades, muy aprovechables, a las que dio una estimación extraordinaria. Se cree que estos monjes eran los descubridores del café, entre los amantes del mismo y especialmente entre los vendedores, por lo que hicieron algún tiempo plegarias especiales además de las ordinarias».

26

Precedido por una gran charanga de autómatas, y a imitación del caballero Kosmas (pequeño homenaje a la historia de Abisinia concretada en la decapitación del dragón de ocho cabezas), llegó, por fin, a Gondar el musicólogo padre Eximeno, hijo de la ciudad del Turia. Había sido profesor de matemáticas en la Academia de Segovia, y tuvo el mérito singular de desvincular la música de las tradiciones pitagóricas y matemáticas que hasta entonces la habían esclavizado, así como poner de relieve la expresividad e insistir en los efectos del ánimo como su valor primordial y definitivo. En consecuencia, se hizo famosa en toda Italia su obra *e delle regole della musica, colla storia del suo progresso, decadenza e rinnovazione*
Dell'origine
(Roma, 1774) que, como se ve por su fecha, acababa aparecer al público. Dice el padre Miguel Batllori, gran especialista en el tema de los expulsos, que, en consecuencia, multiplicó sus invectivas contra los contrapuntistas italianos y contra el padre Martini, que les acosaba. Este hubo de defenderse en un artículo autoapologético, al que respondió inmediatamente Eximeno, y de esa encendida polémica pronto se hizo eco toda la prensa periódica de Italia, indignada de que un español advenedizo se atreviese a poner mácula en el primer astro de la musicología italiana: «vayan los españoles a enseñar la música a los africanos», se le dijo con disimulado enojo.

Esto es lo que hizo. La charanga automática entró en Gondar interpretando una vistosa marcha militar del tiempo de Federico el Grande con gran algarabía de timbres y platillos, despertando la probada curiosidad de sus habitantes. Luego seguía él, vestido con planchada sotana de jesuita, y tras de sí un pesado carromato

transportando gran acopio de cítaras, violines, claves, fiscornios, violonchelos, bombardinos, trompones, arpas, trompas, flautas y flautines, guitarras españolas, ocarinas, armoniums y un sinfín de otros instrumentos, tanto para la Escuela de Artes y Oficios como para la proyectada remodelación de la orquesta palaciega.

Fue muy bien recibido por el emperador, grandemente satisfecho por su llegada (que le abría vastos e insospechados horizontes musicales), siendo objeto de apresuradas instancias imperiales encaminadas a dar cima a sus proyectos ambiciosos. Le acompañé a las habitaciones que le habían destinado, situadas junto a las de los demás invitados en palacio, todas ellas en un anexo oblicuo del mismo (en la mía encontraba todos los días un gran jarrón lleno de peligrosas orquídeas Angraecum eburneo. Alguien, evidentemente, me destestaba). Los gnomos no dejaban de espiarme.

Abrazó calurosamente al padre Tosca, de quien había oído ponderar su portentosa arquitectura y lisonjeó al doctor Johnson por sus *Vidas de los poetas ingleses* (por supuesto, el *Diccionario* lo consultaba casi todos los días). Halagó a Boswell diciéndole que su fama de biógrafo era reconocida mundialmente.

Con Tosca debatió amigablemente sobre su arquitectura y su relación con la música. Citó a Sócrates, de quien dijo que celebraba el profundo parentesco de la arquitectura con la música: dos artes que llenaban nuestro conocimiento y nuestro espacio de verdades artificiales y de objetos esencialmente humanos, directamente y sin intermediarios. Efectivamente, Sócrates había recomendado utilizar muy poco los objetos naturales: «no imitar casi nada, he lo ahí que es común a las dos artes», a la arquitectura y a la música.

El padre Tosca estallaba de satisfacción radiante. Le contestó que efectivamente estaba de acuerdo, y que le agradecía sus palabras. Precisamente, Paul Valéry, en su *Eupalinos ou l’architecte*, ampliaba tales disquisiciones al decir que « *a cependant una qualité que les autres arts ne présentent un degré moindre: son action sur les hommes est plus immédiate et plus étendue. Une certaine compréhension de cet art ne réclame aucune initiation. Ni le temps, ni le lieu ne peuvent limiter son action. Un monument élevé en Angleterre, aux Indes ou dans du Sud émeut directement*

un français qui ne sait que la langue de son pays, et les cathédrales du moyen âge son loin épuisé leurs pouvoir et
l’architecture
qu’à
l’Amérique
d’avoir
d’ennoblissement
d’édification
».

El doctor Johnson le interrumpió, con extremada cortesía y violentas convulsiones del rostro y pantorrilla, afirmando a todos los presentes:

—Efectivamente, señor. Por lo que respecta a Inglaterra, aseguro que, ante la estatua de Lord Clive (se suicidó lleno de remordimientos el 22 de noviembre de 1774 a los 49 años de edad), a un hindú no le es necesario saber inglés para odiarle. Ni Lord Macaulay ha podido salvarle de su repugnante perversidad.

Nos sentamos en un artístico cenador de palacio. Los jardines aparecían recortados, húmedos y brillantes. Una sombra bienhechora derramaba sus gracias generosamente. Nos sirvieron unos refrescos a base de la bebida nacional, de origen clásico, el hidromiel. Johnson y Boswell prefirieron beber cerveza. Eximeno estuvo con aire melancólico, meditabundo. Los gnomos, malévolos, atisbaban.

—Mi gran amigo Arteaga, padre asimismo de la Compañía, a quien espero ver pronto aquí, dijo que la imitación no es arte, pues Aristófanes, en Las Aves, para imitar el canto de los pájaros, se ve precisado a decir de este modo:

«Epopí, popí, popí, popí.
Ió, ió, ió, ió, ió.
Tió, tió, tió, tió, tió»

lo que no es nada poético. Arteaga define la belleza ideal, como «el arquetipo o modelo mental de perfección que resulta en el espíritu del hombre después de haber comparado y reunido perfecciones de los individuos». Añadía, siempre que hablaba conmigo, que en la

música la belleza ideal es más necesaria que en las demás artes representativas.

—¿Por qué, señor? —preguntó tímidamente el amigo Boswell.

—Las causas de esta mayor necesidad son: 1) su manera de imitar, que siempre es indeterminada y genérica, cuando las palabras no individualizan el significado de los sonidos; de donde nace que para fijar la atención de quien escucha es menester proponerse un motivo ideal a que se refieran todas las modulaciones; 2) la particular obligación que tiene la música de halagar y deleitar los oídos, lo que no puede conseguir sin disponer los acentos y las vibraciones en modo agradable y artificioso, esto es, sin entresacarlas de las demás, y servirlos bajo un concepto general; 3) la mutación grande a que se sujetan los acentos de la voz humana, o las vibraciones de los cuerpos sonoros, cuando pasan a formar intervalos harmónicos; pues necesariamente el arte los altera, ya disminuyendo o acrecentando su intensidad, ya alargándolos o abriéndolos en extensión, ya dándoles una duración de que carecían en su estado natural; 4) la distribución de los tonos y semitonos, especialmente cuando éstos forman los *modos* mayor y menor, según las diversas escalas, cuya oportuna colocación no puede conseguirse sin auxilio de signos que no existen en la naturaleza.

—Esto demuestra un lento proceso de decantación de experiencias y saberes —respondió Johnson—. Quintiliano, aunque no conociese la conexión mecánica del baile y del canto, para dar una idea clara del ritmo dijo que «el ritmo se hace sensible a la vista en el baile, al oído en el canto, al tacto en el movimiento de las arterias o de la sangre».

—Siendo común a todos los hombres este impulso mecánico de bailar y cantar, no debe causarnos maravilla que los bárbaros bailen y canten sin que nadie les haya enseñado; mayormente cuando habiendo recibido de la naturaleza el órgano de la voz con todas las disposiciones necesarias para hablar, el mismo efecto que les impele a bailar, les mueve también a manifestar con los tonos de la voz la interna disposición del ánimo; y así como son comunes a todas las naciones las interjecciones que corresponden a cada efecto, son también comunes a todas las naciones los tonos y movimientos fundamentales de la voz que contienen los primeros principios de la

armonía. De aquí es que los viajeros que han observado el canto de algunas naciones bárbaras, lo han hallado compuesto de las mismas cuerdas y de las mismas cadencias que se usan en nuestra música.

—¿Cómo llegó a tales conclusiones, padre Eximeno? —le dije, interesado vivamente en sus explicaciones y discursos.

—Hallábame la mañana de Pentecostés en la Basílica de San Pedro mientras se cantaba el «Veni Sancte Spiritus» puesto divinamente en música por el señor Nicolás Jomelli, y juntamente con el músico iba yo recitando entre mí las palabras con aquel fervor y energía con que las hubiera recitado al pueblo para conmoverlo y excitar su devoción, cuando advertí que mi voz hacía una modulación, aunque oscura, muy semejante a la del músico. Nadie puede imaginarse de qué claridad me sentí entonces iluminado acerca de la música: parecióme salir de una oscura gruta al aire puro del mediodía. Conque la música, decía yo entre mí, no es más que una prosodia para dar al lenguaje gracia y expresión. ¿Y qué conexión tiene la prosodia con las matemáticas? Esta simple reflexión me inspiró aquel valor que da la pura verdad conocida, y de nuevo emprendí el estudio de la música.

Aún no había leído acerca de ella más que el confuso tratado de Tartini y algunos de autores de práctica; pero sabía por otra parte que habían escrito con fundamentos tomados de las matemáticas y de la física otros autores bastante ilustrados que yo no había podido leer; entre los cuales los de mayor nota eran Euler, y Rameau con su intérprete D'Alembert. La opinión que se han merecido estos autores en la república literaria, me hacía sospechar y temer que mi pensamiento de reducir la música a una pura prosodia era tan vano como sencillo. Pero este pensamiento había hecho en mí tanta impresión, que me determiné animosamente a examinar aquellos autores. Por fortuna con el largo estudio de las matemáticas me hallaba ya provisto de algunas reflexiones acerca de la falsa evidencia de estas ciencias, o por mejor decir, acerca del abuso que se ha hecho en este siglo de las verdades hipotéticas de la geometría para dar apariencia de verdades demostradas a ciertos supuestos parte inciertos y parte falsísimos. Por esta razón las fórmulas algebraicas con que Euler hace de la música un nuevo tratado de álgebra, no me espantaron:

antes bien este tratado fue para mí el testimonio más auténtico de lo fundado de mis sospechas contra las matemáticas, viendo que un geómetra tan célebre se servía de ellas para fundar la nueva teoría de la música sobre meras ilusiones de la fantasía. Más cuidado me dio Rameau, que habiendo sido excelente práctico en la música, y habiendo escrito en una nación donde aun las mujeres tienen alguna quintura de la física y de las matemáticas, parece que para sacar de estas ciencias los principios de aquel arte no debía engañarse tan fácilmente. En efecto, Rameau da para la práctica algunas reglas Utilísimas; y aunque su teoría, por lo que mira a las matemáticas, es tan vana como la de Euler, sin embargo por lo que mira a la física, sorprende a primera vista, y casi persuade que la naturaleza produce efectivamente en los sonidos de las cuerdas ciertos fenómenos con el fin de enseñar a los hombres qué sonidos se deben reunir para obtener la armonía. Más apariencia de verdad tiene esta parte de la teoría de Rameau en el pequeño tratado de D’Alembert intitulado *Elements de Musique*, donde este gran filósofo y matemático juzgando la teoría de Rameau de los falsos supuestos y palpables contradicciones del autor, la reduce a una serie de proposiciones claras y concisas que han hecho la teoría de la música de Rameau digna de compararse con la física de Newton. Pero al fin eché de ver que las últimas proposiciones de aquélla destruyen las primeras, y que entre el fenómeno físico que la sirve de fundamento, y las reglas de la armonía no interviene más que un concurso casual, semejante a otros muchos con que las más veces se alucinan los filósofos, persuadiéndose que porque dos cosas concurren casualmente juntas, la una es causa de la otra. Heme aquí por consiguiente puesto en el compromiso de declarar mal fundados y llenos de ilusiones y falacias todos los libros que sobre la teoría de la música se han escrito desde Pitágoras.

27

«Durante algún tiempo he estado abrumado, pero por último he obtenido —espero que del Dios de la Paz— más quietud de la que había gozado desde hace mucho tiempo. No había formado ninguna resolución, pero a medida que mi corazón se hacía más ligero, mis esperanzas revivían y mi ánimo aumentaba, y escribí con mi pluma en mi libro de rezos:

> *Vita ordinanda,*
> *Biblia legenda,*
> *Theologiae opera danda.*
> *Serviendum et laetandum!*»

Graznó un cuervo. El doctor Johnson, que acababa de escribir sus pensamientos, escuchó atento el graznido. Al decir de Chenouti, el cuervo se caracteriza por ocultarse al aparearse según doctrina recogida en el *Kitab manafic al-hayawan*. No pone al año más que dos polluelos y tiene mucho cuidado y admirable sagacidad. Se ayudan unos a otros, y si uno grita implorando ayuda, todos acuden a socorrerlo. Entre él y las aves nocturnas hay una violenta enemistad. El grajo blanco se caracteriza por no poner huevos ni crías mediante acoplamiento, sino mediante saliva y besos. Cuando tiene polluelos no los alimenta hasta que les crezcan las plumas, lo cual se debe a que el polluelo tiene flatos fétidos. El nido huele pésimamente y a su alrededor se reúnen las moscas y pulgas en gran cantidad. El polluelo coge de ello con qué comer hasta que crecen y se le fortalecen las plumas. Una de las cosas maravillosas de su instinto es que, cuando una persona quiere cogerles sus polluelos, la hembra y el macho cargan con sus patas una piedra, forman círculos en el aire y la tiran con fuerza sobre quien quería

cogérselos, pretendiendo así apartarle de ellos. La urraca se caracteriza por tener poca actividad sexual, posee voz y mira todo lo que se mueve a su lado. Guarda sus huevos con cuidado, y es una ladrona que roba cuanto puede y lo esconde.

El cuervo dejó de graznar. El doctor Johnson ardía en deseos de conocer al príncipe heredero, cuyo nombre, Rasselas, le había sido dado en homenaje a un mártir del catolicismo, el Ras Selas-Christo, que fue colgado de las ramas de un cedro, según atestigua el padre Lobo. Permanecía residente en el palacio de Ouhan, al noroeste de Gondar, no muy lejos de allí, en compañía de su hermana Nekayah. Me convenció mi amigo para que le acompañase en una visita que había proyectado con Boswell a dicho lugar. Nos escoltaría un mayordomo imperial.

Atravesamos un territorio áspero, lleno de veloces avestruces y altos y pesados elefantes, para desembocar en un valle delicioso, de lujuriosa vegetación, en cuyo centro se veía un lago de aguas tranquilas, con peces que saltaban alegremente fuera del agua. El palacio era muy bello, mitad fortaleza y mitad lujosa residencia, y sus muros estaban recubiertos de altorrelieves con escenas de la historia abisinia, singularmente con escenas del caballero Tomás Çafont y el bizantino Kosmas. Junto al palacio se levantaba una capilla dedicada a san Pacomio, con cúpula esférica, en cuya cima se hallaban posados los pájaros mecánicos cantando letanías.

El príncipe Rasselas nos recibió, muy amablemente, en compañía de su hermana, la princesa Nekayah, que me causó una gran impresión. Los dos eran unos apuestos jóvenes, pero la princesa irradiaba, de su bello rostro, una dulzura y una serenidad desconocida para mí. En aquel momento, le estaba haciendo su retrato, Imlac, un pintor de iconos famoso. Vestían sencillamente ambos príncipes, con el anillo de la casa imperial, en el dedo anular, como única joya. Les presentamos nuestros sinceros respetos.

Boswell comentó la gran cantidad de animales que había visto en el valle. Rasselas hizo un signo de afirmación con la cabeza. Luego, dijo:

—¿En qué consiste la diferencia entre el hombre y los demás animales de la creación? Todas las bestias que vagan errantes delante de mí, tienen las mismas necesidades corporales que yo.

Tienen hambre y se alimentan de la hierba, tienen sed y la apagan en el arroyo, y saciadas su hambre y su sed, quedan satisfechas y duermen; despiertan otra vez, y tienen hambre, comen otra vez, y vuelta a lo mismo, y quedan tranquilas. Yo tengo hambre y sed como ellas; pero cuando cesan mi sed y mi hambre, no quedo tranquilo. La necesidad me apena como a ellas; pero no quedo, como ellas, completamente satisfecho. Las horas intermedias son fastidiosas y tristes; ansio tener apetito otra vez para poder reanimar mi atención. Las aves pican los granos y las semillas, vuelan a las arboledas, en cuyas ramas moran felices al parecer, y viven modulando una invariable serie de sonidos. Es cierto que puedo llamar a los profesores de laúd y a los cantantes; pero los sonidos que ayer me encantaban, hoy me fastidian y mañana me fastidiarán más. No puedo hallar en mí ninguna facultad de percepción que no desaparezca con su propio placer, y no me siento deleitado. Seguramente el hombre tiene algún sentido latente para el cual no ofrece este valle la menor satisfacción; o tiene algunos deseos extraños a los sentidos, que deben de cumplirse antes de alcanzar la felicidad.

Luego levantó la cabeza. Mientras atravesaban los prados, dijo al ver los animales saltando y jugueteando:

—Vosotros sois felices, y no necesitáis envidiarme porque ande así en medio de vosotros, agobiado por mi propio peso; ni yo, graciosos seres, envidio vuestra felicidad, pues no es la necesidad del hombre. Yo sufro muchos pesares de que estéis libres, y el pesar me amedrenta cuando no lo sufro. Algunas veces me intimido al recordar los males, y otras me estremezco ante los males anticipados. La equidad de la Providencia sin duda ha equilibrado los sufrimientos y fruiciones peculiares a un mismo individuo.

El doctor Johnson afirmó que todos los animales tienen asignado su elemento: las aves cruzan los aires y los hombres y los brutos andan y se arrastran por la tierra.

—También los peces viven en el agua, en la que los brutos, empero, pueden nadar por naturaleza y los hombres por arte. Quien puede nadar no debe desesperar de volar: nadar es volar en un fluido más espeso, y volar es nadar en otro más sutil. Sólo hemos de proporcionar nuestro poder resistente a la diversidad densa de la materia que debemos atravesar. Si logras renovar algún impulso

rápido en el aire, de modo que el aire ceda rechazado por la presión, necesariamente surcarás el espacio.

—Pero el ejercicio de nadar es muy trabajoso, y pronto se cansan los miembros más robustos; yo temo que la acción de volar será todavía más violenta, y que las alas no servirán de mucho, a menos que podamos volar más tiempo que cuando nadamos.

—El trabajo de levantarnos del suelo para volar será grande, pues lo vemos en las aves domésticas más pesadas; pero a medida que vayamos ascendiendo, disminuirán gradualmente la atracción de la tierra y la gravedad del cuerpo, hasta que llegaremos a una región en que el hombre flotará en los aires sin tendencia alguna a caer. Entonces para movernos necesitaremos tan sólo un leve impulso. Tú, señor, cuya curiosidad es tanta, fácilmente concebirás el placer con que un filósofo, provisto de alas y suspendido en el firmamento, contemplaría la tierra y todos sus habitantes girando debajo de él y presentándole sucesivamente, gracias a su diario movimiento de rotación, todos los países de un mismo paralelo. ¡Cuánto se maravillaría el supremo Espectador al mirar la movible escena de la tierra y el océano, de las ciudades y los desiertos! ¡Al examinar con igual serenidad los emporios del comercio y los campos de batalla! ¡Al ver montañas infestadas de bárbaros y fructíferas regiones llenas de abundancia y arrulladas por la paz! ¡Cuán fácilmente descubriríamos entonces el Nilo en toda su longitud, nos trasladaríamos a distantes regiones y examinaríamos la faz de la naturaleza de un extremo a otro de la tierra!

—Todo esto es muy sublime e inflama los deseos de verlo —dijo el erudito doctor—; pero se me figura que nadie podrá respirar en aquellas regiones de especulación y tranquilidad. Me han asegurado que en las montañas muy elevadas se respira difícilmente, y que hasta es muy fácil caer de las alturas donde por su elevación es muy grande la tenuidad del aire. Por consiguiente, sospecho que, sea cual fuere la altura donde puede vivirse, hay peligro de descender demasiado rápidamente.

—Nada se ensayaría, si primero debieran vencerse todas las objeciones posibles. He estudiado la estructura de todos los animales volátiles y aprendido que las alas del murciélago son las más a propósito para la forma humana; de modo que empezaré bajo este modelo, y dentro de un año espero remontarme por los aires,

lejos de la malicia y persecución del hombre.

Pero solamente trabajaré con la condición de que no se divulgará el arte y no construiré alas para los demás.

—¿Por qué ambicionas para ti solo una ventaja tan grande a los demás? Todas las habilidades, todos los conocimientos prácticos deben ejercerse en bien de la grande universalidad humana. Cada hombre tiene deberes que cumplir con sus semejantes, y la obligación de dispensar y difundir los favores que ha recibido.

—Si todos los hombres fuesen virtuosos —observó el príncipe— yo tendría un gran placer en enseñarles el arte de volar; mas, ¿dónde la seguridad de los buenos si los malos pudieran cómodamente perseguirles por el profundo espacio? Contra un ejército que atravesara las nubes, ni muros, ni montañas ni mares podrían ofrecer la menor garantía de salvación. Una horda de salvajes del norte podría entonces cruzar la atmósfera y precipitarse súbitamente y con irresistible violencia sobre la capital de cualquier país fértil que se moviese debajo de ellos; hasta en este valle, retiro de príncipes y mansión de la felicidad, podría ser invadido por el repentino descenso de algunas de las naciones bárbaras que hormiguean en las costas del mar austral.

28

Habíamos terminado de comer. En la mesa se veían fruteros con higos y granadas, y en los platos restos de la comida. Los sirvientes escanciaban los vinos en copas de cristal, mientras zumbaban las avispas en sus bordes bajo la luz del mediodía. Un esclavo negro tocaba un caramillo pastoril del que salía una melodía entrecortada.

Boswell, que había quedado impresionado por el discurso de Rasselas pronunciado el día anterior, llevaba consigo sus cuadernos en todo momento con la intención de transcribir cualquier clase de conversación que allí se terciara. De hecho, éstas sirvieron de base al doctor Johnson, una vez regresado a Londres, para redactar su *History of Rasselas, prince of Abissynia*.

Permanecíamos silenciosos en la terraza, contemplando el paisaje, recostados en las sillas de enea. La belleza de Nekayah era exultante. Me sentía como junto a un precipicio. De pronto, oímos a un hombre y a una mujer discutir por el camino del lago. Les acompañaba un perro afgano.

—Las discordias domésticas —dijo Nekayah— no son inevitables y fatalmente necesarias, aunque no se evitan con facilidad. Apenas vemos una familia cuyos individuos sean todos virtuosos: los buenos y los malos no pueden estar de acuerdo, y mucho menos los malos entre sí; y hasta los virtuosos tienen disensiones cuando sus virtudes son de diferente clase y van rayando en extremadas. Por regla general, los padres son tanto más venerados, cuanto mayor es la veneración que merecen, pues quien vive bien no es digno de menosprecio. Otros males hay que infestan la vida privada. Algunos hombres son esclavos de los criados a quienes confían sus negocios; algunos viven en continua ansiedad por el capricho de parientes ricos a quienes no aciertan a complacer ni se atreven ofender; algunos maridos son imperiosos, y algunas esposas, perversas; y

como quiera que siempre sea más fácil hacer mal que bien, por más que la prudencia o la virtud puedan rara vez hacer la felicidad de muchos, la locura o el vicio labran con frecuencia la desdicha de muchísimos.

—Si tales son las consecuencias generales del matrimonio —replicó el príncipe Rasselas— más creeré peligroso unir mi suerte con nadie, por temor de ser infeliz por mi propia culpa.

—He hallado a muchos que viven solteros por esta razón —contestó la princesa—; pero nunca he visto que su prudencia deba despertar la envidia. Pierden los días de su existencia sin amistad, sin afecto, y se ven obligados a desear la desaparición por Occidente del astro del día, que de nada les sirve, para entregarse a diversiones triviales y placeres viciosos. Obran como seres persuadidos de cierta inferioridad que ennegrece su pecho con el rencor, y manchan su lengua con la murmuración. A excepción de los que son célibes por ingresar en algún convento, la mayoría son impertinentes en su casa y malévolos fuera de ella; y como bandidos de la naturaleza humana, cifran su ocupación y sus delicias en perturbar esta sociedad que las excluye de sus privilegios. Vivir sin sentir o sin excitar simpatías, ser afortunado sin acrecentar la felicidad de los demás, o afligirse sin libar el bálsamo de la compasión, es un estado más triste que la soledad; no es retirarse, sino excluirse del género humano. El matrimonio tiene muchas inquietudes, pero el celibato no tiene placeres.

Me asombró su cordura y su bien decir. Hablaba sin precipitación, con pausa serena y tranquila. Rasselas, su hermano, le preguntó:

—Pues ¿qué hacer? Cuanto más inquirimos, tanto menos podemos determinarnos. Seguramente el que no tiene inclinación alguna a la observación, es muy probable que consiga estar contento de sí mismo. Tu relación echa aún más negra oscuridad sobre la perspectiva del porvenir. No ha mucho me persuadí de que la tranquilidad no fraterniza con la grandeza o con el poder de que su presencia no debe comprarse con las riquezas ni adquirirse por medio de la violencia. No hay duda que cuando un hombre obra dentro de un círculo más espacioso, se halla expuesto a la oposición de la enemistad, o a los reveses de la fortuna.

Estalló una gran flor al lado de Nekayah. A nadie pareció

importarle. Era una *Nymphaea hybrida* de vivos colores mutando hacia una extraña forma vivaz. Logró intranquilizarme, aunque momentáneamente y sin consecuencias.

—Veamos lo que comúnmente sucede con relación al matrimonio —continuó Rasselas—. Un joven y una doncella se encuentran por casualidad, o se hallan juntos por otra razón cualquiera, cambian miradas, cólmanse de atenciones, van a sus respectivas casas, y ambos se ven recíprocamente en sueños. Como es poco lo que les distrae o diversifica sus pensamientos, se hallan desasosegados mientras la separación les roba a sus mutuas miradas, y por lo tanto creen que serán dichosos viviendo juntos. Se casan, y luego descubren lo que únicamente les había ocultado antes una voluntaria alucinación: consumen su existencia en medio de continuas disensiones, y se vuelven de cruel índole. De esos prematuros matrimonios dimana igualmente la rivalidad de padres e hijos: el hijo anhela disfrutar del mundo antes de que el padre ponga un pie en la tumba, y apenas hay hogar para dos familias; al paso que la hija empieza a desplegar las gracias de la juventud, antes de que la madre se resigne a marchitarse, y la una no puede menos de desear la ausencia de la otra. No cabe duda en que todos esos inconvenientes pueden eludirse merced a la deliberación y demora que para toda elección irrevocable prescribe la prudencia.

—Lo que la razón no puede aclarar y la experiencia no ha enseñado todavía, sólo puede saberse por la relación de los demás —replicó Nekayah—. Me han dicho que los matrimonios celebrados en edad avanzada no son eminentemente felices. Esta es cuestión muy importante para desdeñarla, y a menudo la he propuesto a personas cuyo espíritu de observación y rectitud de juicio hacen muy digno de atención su parecer. Estas personas han afirmado generalmente que, tanto para el hombre como para la mujer, es arriesgado confiarse recíprocamente su suerte en un tiempo en que tienen fijadas sus opiniones y establecidas sus costumbres, cuando entrambos han contraído amistades, cuando han metodizado su vida y medido su alma en la contemplación de sus propias esperanzas. Así es imposible que dos personas, haciendo el viaje de este mundo conducidas por la casualidad, hayan seguido ambas la misma senda; y pocas veces sucede que una u otra dejen la vereda que la costumbre les ha hecho agradable. Cuando la voluble

ligereza de la juventud se ha regularizado, el orgullo no se humilla a ceder, y la obstinación se complace en luchar. Y cuando la estimación mutua engendra el deseo mutuo de agradar, el tiempo mismo a medida que modifica inmutablemente el semblante exterior, determina también la dirección y las pasiones, y da inflexible rigidez a las costumbres. A las inveteradas no se renuncia fácilmente: el que espera cambiar el curso de su vida, muchas veces se afana en vano. ¿Cómo, pues, conseguiremos para otros, lo que podemos conseguir para nosotros mismos?

—Pero seguramente —replicó el príncipe—, supones olvidado o desatendido el principal motivo de la elección. Siempre que yo busque esposa, lo primero que preguntaré será si está dispuesta a regirse por la razón.

—Esta es la aberración de los filósofos —dijo Nekayah—. Hay mil disputas domésticas que la razón no puede nunca decidir; cuestiones que eluden toda investigación y ridiculizan la lógica; casos en que debe hacerse algo y decirse muy poco. Considera el estado de la humanidad, escudriña, y hazte cargo de cuán poco es de creer que en algunas circunstancias, pequeñas o grandes, se obre con todas las razones para obrar que a la mente se ocurren. Infelices, infelicísimos serían los esposos que estuviesen condenados por la razón a acordar por la mañana todos los minuciosos detalles de un día doméstico. Los que se casan en edad avanzada probablemente evitan las usurpaciones de sus hijos; pero en disminución de esta ventaja, suelen dejarles ignorantes y desamparados, a la merced de un tutor; o bien, si esto no sucede, tienen a lo menos que bajar al sepulcro antes de ver que las prendas más queridas de sus entrañas merezcan la veneración pública por su sabiduría o grandeza. En cuanto a sus hijos, tienen menos que temer, también tienen menos que esperar, y pierden sin equivalente, los goces de un amor temprano y la conveniencia de unirse con genios dóciles y ánimos susceptibles de nuevas impresiones, lo cual haría desaparecer sus diferencias de carácter, mediante una larga cohabitación, como los cuerpos blandos conforman uno a otro su superficie con un roce continuo. Yo creo que los que se casan tarde son los que están más contentos de sus hijos, y los que temprano, de sus consortes.

—La unión de estos dos aspectos —dijo Rasselas—, produciría

todo lo que puede desearse. Tal vez hay una edad en que el matrimonio puede unirlos; una edad ni demasiado temprana para el padre, ni demasiado tarde para el hijo.

—A cada momento —contestó la princesa—, me confirmo en mi prevención favorable a la proposición tan a menudo expresada, esto es, que la naturaleza reparte sus bienes a derecha y a izquierda. Las condiciones que halagan la esperanza y encienden el deseo, están constituidas de tal modo que cuando nos aproximamos a la una, nos apartamos de la otra. Hay bienes tan opuestos, que no podemos alcanzarlos, y solamente por un exceso de prudencia pasamos por entre ellos a una distancia muy grande para conseguir uno u otro. De una prolongada consideración resulta con frecuencia que no se hace nada cuando se intenta hacer más de lo que es permitido a la humanidad. No te lisonjees de la diversidad de los placeres; elige entre los bienes que estén delante de ti, y queda contento. Nadie puede saborear los frutos del otoño mientras se recrea con la fragancia de las flores de la primavera, ni nadie a un mismo tiempo llenar de agua una taza en las fuentes y en las bocas del Nilo.

29

Me había enamorado de Nekayah. La acompañaba en todos sus paseos y, de hecho, me había convertido en su rendido *chevalier*. Paseábamos por los bosques y por las florestas que rodeaban el silencioso palacio. A éste lo había concienzudamente explorado de la mano de la princesa, pero me costaba retener en mi memoria la profusión de salones y cámaras (algunas de ellas, secretas), sus conjuntos de columnas jónicas (el estilo que gustaba al padre Tosca) y descubrí, por indicación de mi bella e inteligente acompañante, que muchas de ellas eran huecas y que su función no era sostener nada sino simplemente simular, pues, en realidad, eran entradas disimuladas a pasadizos misteriosos donde, se decía, se ocultaban, desde el tiempo de la reina de Saba, los tesoros que le regalara el rey Salomón. Supe entonces que mi querido padre Tosca las descubrió, catalogándolas y numerándolas, mediante la delicada percusión que realizaba con un martillito de plata. Sin embargo, no se había encontrado cosa alguna hasta el presente, a no ser oscuros recintos con telarañas y nidos de repugnantes ratas o de *escolopendra martirialis*.

El interior del palacio estaba recubierto de pintado estuco con dibujos geométricos de gran efecto. A veces, aparecían frescos con escenas de la vida religiosa o de la guerra contra los portugueses o contra los turcos. Los muebles eran de maderas finas, muy bien trabajadas por la ebanistería local (sin el acabado occidental, por supuesto) y los suelos se hallaban recubiertos con alfombras de Persia o del Pakistán o con pieles de animales salvajes, como las de león, de tigre y la pantera, satisfactoriamente apropiadas para ser pisadas confortablemente. Nos servían siempre en la terraza las refacciones, donde, después de la lectura en voz alta de una página de san Macario, que nos hacía un lector eclesiástico, solíamos comer

los platos preparados en la cocina de palacio. Se utilizaban los tres dedos de la mano derecha, ignorando toda clase de cuchillo o tenedor, razón por la cual los alimentos nos llegaban cortados en pequeños trozos o porciones. Solían ponernos unas galletas saladas, morenas, hechas con harina de «tief» y otras blancas hechas con harina de trigo. Unos recipientes contenían las salsas, muy especiosas y picantes. Llegaban también a la mesa vegetales (coles, muchas veces) al vapor y «ragout» de pollo con mucho pimentón o liebre y, en ocasiones, un gigot de cordero. Bebíamos vino, cerveza y «tedj» (rubio como el oro y un punto ácido). La repostería era excelente, y las frutas, magníficas, y no digamos el café, el «kahué», la bebida que se estaba poniendo de moda en Europa.

A la princesa le gustaba mucho la horticultura y la jardinería, artes que practicaba con la ayuda de sus doncellas, especialmente con la llamada Pekuah, que en una ocasión (en un viaje al Sudán) fue raptada por una banda de forajidos árabes, que sólo la soltaron previa entrega de un importante rescate que pagó la princesa de su peculio. Pekuah era, más que una doncella, una amiga y confidente, y la hacía objeto de cariñosas reconvenciones, pues era una muchacha fácilmente enamoradiza, versátil y, hasta a veces, cruel con los componentes masculinos de su séquito. Últimamente parecía enamorada de Ungo, un joven oficial de la guardia personal de los príncipes, al que traía de cabeza. Le cantaba estos versos, parecidos a los de *Love will find out the way*:

Más allá de los montes
o cruzando los mares;
debajo de las fuentes,
debajo de las tumbas;
bajo las hondas aguas
que a Neptuno obedecen;
y en los riscos peores
sabrá Amor el camino.

Nekayah cultivaba en su jardín flores maravillosas, como la *Caesalpina pulcherrima* (así llamada en honor del filósofo, médico y botánico Caesalpinus), la *Russelia equisetiflormis*s (en honor de

Alexander Russel), la *Yuca elephatipes* (en honor de los elefantes. Las flores, carnosas, después de hervir pueden utilizarse para preparar ensaladas), la *Asclepis curassavica* (en honor del dios griego Asclepios), la *Strelitzia reginae* (en honor de Carlota de Mecklenburg-Strelitz, la última esposa del rey Jorge III de Inglaterra) y otras muchas más. Todas ellas tenían una clara tendencia a la mutación lenta, aunque, a veces, ésta se presentaba acelerada, y era preciso entonces ir con cuidado; las mutaciones solían ser de una especie a otra, pero no era imposible (y de hecho, así ocurría algunas veces) mutaciones imprevistas u horribles, como la que hace un par de años mutaba en el cuerpo de un guerrero «swahili». Tuvieron que quemarla. Otras cosas ocurrían; por ejemplo, la reciente aparición de un cardo violento, saliendo del suelo inopinadamente y con furor. A veces explotaban flores de los más variados colores alrededor de la princesa.

Visitamos también la capilla del palacio. De aspecto sencillo en su exterior, con muros encalados y cúpula blanca con pájaros mecánicos. Se oían sus letanías desde muy lejos. La princesa me dijo que no existían campanas en las iglesias abisinias, excepto dos que podían verse en la iglesia de Dabra-Berharán, en Gondar. El sonido de las campanas había sido substituido por la gran resonancia que produce la extraña piedra «dhar» al ser golpeada con un mazo. Pendientes de los antiguos campanarios, se ven piedras «dhar» por todas las Poblaciones etíopes en lugar de las campanas.

Nekayah me informó que las iglesias dependían del Metropolitano (Aboum) con estrecha relación con el digno Patriarcado copto de El Cairo o de Alejandría (existe capilla etíope en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén). Existen unas quince mil iglesias en todo el país y, según los datos eclesiásticos, hay unos cien mil párrocos que celebran el rito etiópico en gheez, que es lengua que tiene treinta y tres consonantes y siete vocales. Los conventos pasan del millar, entre los de hombres y mujeres, y están regidos por la regla de san Pacomio. En este instante, Nekayah me cogió de la mano.

Entramos en el templo. Aparecía todo pintado, refulgente, con destellos de oro y plata, y sus muros revestidos de grandes pinturas al fresco, conos maravillosos, llenos de ángeles y de guerreros con el pelo rizado o ensortijado y ojos enormes. Nekayah me contó la

historia de san Pablo el Ermitaño, reflejada en una de estas pinturas, con los dos leones, que ha llegado hasta nosotros en la relación de san Jerónimo y la inspiración de M. de Chateaubriand puesta de manifiesto en *Les Martyrs*. Contó que, al morirse el santo, acudieron dos leones que, santamente respetuosos con el cadáver, cavaron su tumba. Esos dos leones (macho el uno y hembra el otro), a los que los abisinios pusieron el nombre de Axa y Miriam, son muy venerados tanto por la plebe como por los aristócratas. Las palabras de san Jerónimo eran memorables: *Talia eo animo volvente, ecce duo leones ex interioris eremi porte currentes, volantibus per colla jubis, ferebantur. Quibus aspectis, primo exhorruit…*

Salimos afuera. Hacia abajo se veían el lago y los bosques, los animales jugueteando entre ellos. El aire estaba perfumado. Lo contemplamos todo largamente en silencio. Luego, dijo sin mirarme:

—Sé lo que siente usted por mí.

—Lo sospechaba; es difícil ocultarlo.

—Pertenezco a una de las familias más viejas del mundo. Soy una mujer casi sagrada, y lamento que este amor sea imposible.

No contesté a estas palabras. Retumbaban en mi pecho.

—¿No me dice usted nada?

—Soy muy desgraciado, princesa.

—¡Pobre amigo mío! —dijo en voz queda, con ternura. De pronto, volvió hacia mí su rostro y rozó mis labios con los suyos.

—Es usted valeroso… Me hubiese gustado ser su esposa. Dentro de unos meses regresaré a la corte, pero no me casaré jamás. He sentido la llamada de Dios, y tengo pensado ingresar en un convento de esos de la regla de san Pacomio dijo sonriendo.

Tenía todavía su mano entre las mías. La retiró suavemente mientras se ponía el sol. Los pájaros, de pronto, enmudecieron.

30

Regresé a Gondar pretextando un aviso urgente del emperador. Johnson y Boswell quedaron enfrascados en sus anotaciones de los discursos de Rasselas. Salí de Ouhan por la mañana, con el alba, y cabalgué sin descanso hasta el mediodía. Mi instinto me alertó, pues ya debía haber llegado a Gondar. Me extravié por los caminos. Atravesé un torrente de cauce seco y desemboqué en una gran llanura desierta, sin árboles ni vegetación alguna. De pronto, me atacó un cardo furioso, saliendo del suelo de improviso, berreando como un cerdo salvaje. Tuve que defenderme con la espada, dándole cuchilladas a troche y moche. Mi caballo se espantó y emprendió una loca carrera hacia el sur. Vi como el cardo desaparecía lleno de heridas, ensangrentado, pero su sangre o linfa era verde y me pareció maloliente. Cuando el caballo se sosegó, le puse al paso, y penetrando en una arboleda raquítica, le dejé pastar a su antojo. Se hizo de noche y resolví pasarla recogido bajo uno de aquellos árboles, que parecían de fiar. Estaba triste y de un humor errabundo, no por estos lances sino por mi mala suerte sentimental. Pensaba en la frase de un gran escritor que yo admiraba mucho: «El mundo está lleno de enamorados tristes de la vida o, si se quiere, de gentes cuya vida consiste en haber tenido en la vida un inmenso fracaso de amor».

Me levanté al salir el sol. Volví a cabalgar hasta media mañana, y entré en un extraño país, llamado (lo supe más tarde), El País de los Muertos. Se puso el sol y se hizo una media oscuridad lúgubre. Me encontré en medio de un inmenso cementerio, lleno de tumbas y mausoleos, con lápidas encendidas que me parecieron los cirios de una procesión. Me aproximé un poco y pude contemplar la cara deshecha de los muertos, la horrible comparsa de la Muerte, con guadañas sobre los hombros, rostros sin ojos y sin boca, cuerpos cubiertos de harapos, acartonados por los humores de la muerte.

Vino el diablo con ojos de fuego y lengua colgante. Dijo algo que no entendí con voz cavernosa y horrible.

Emprendí la huida despavorido y, cabalgando, salí de las tinieblas de aquel lugar maldito. Pronto, me pareció reconocer aquellos lugares y hallé confirmación con la extensa llanura espejeante del lago Tana ante mí. Aquellas riberas me eran conocidas, y así supe que estaba próximo a Gondar y dispuesto a llegar allí lo más pronto posible. Antes, sin embargo, descansé en una posada del camino, donde me dieron comida y cama para mí y reposo y pienso para mi caballo. Repuesto de mis fatigas, limpio y aseado, emprendí el camino de la capital del imperio.

Llegué a tiempo de despedirme del emperador antes que éste presidiera el primer concierto de la Gran Orquesta dirigida por el padre Eximeno. Tanto de éste como del padre Tosca me despedí efusivamente, dejándoles sendas cartas de despedida para Johnson y Boswell. Luego, asistí a la primera parte del concierto, para que no pudiera atribuírseme desprecio o indiferencia, y vi salir sobre el escenario del Gran Teatro Imperial a los músicos con sus trompones de metal, sus violines y violonchelos, sus fiscornios y trompas, sus grandes atabales y sus flautas y delicadísimos flautines. Presentaban una facha de lo más extraña, medio europea y medio africana, y saludaron ceremoniosamente al público expectante. Empezaron a tocar bien, con mucho énfasis, un concierto del padre Soler (paisano del padre Eximeno) y unos movimientos inéditos, recién estrenados de Mozart, pero se desmadraron muy pronto, cada uno a su aire y produciendo un chirriante ruido insoportable.

Regresé a palacio en un coche de caballos. Todo parecía intemporal, como visto a través de un sueño, en la irrealidad del amanecer. Vi también los aconteceres tumultuosos, mi amor desgraciado y mis ilusiones perdidas, agolpándose de pronto en mi corazón. Todo es nada. Pero «nada» era ahora tan importante como mi huida taciturna. Recogí mis cosas y, acompañado de mi fiel Chenouti, me alejé de Gondar, no sin antes haberme despedido en espíritu de los gnomos burlones. El sol, como siempre en mi vida, se ponía, errabundo y lento, tras el perdido horizonte.

31

No volví a ver a Johnson hasta muchos años más tarde, en Londres, donde, tras ser condecorado por Carlos III de España, me trasladaron para asistir al marqués de Sambuca, nombrado a la sazón embajador ante su Graciosa Majestad. Me hospedé en casa de mi amigo Walpole, y tras el trabajo rutinario de oficina y despacho con el marqués, llevé una vida divertida, aficionándome al teatro. Frecuenté, muy asiduamente, el Covent Garden y el Haymarket tanto como la Opera y el Drury Lane, donde tuve un lance desagradable con un caballero inglés, y frecuenté asimismo a cómicos y, sobre todo a cómicas generosas y complacientes… Estaba muy en uso por aquellos días una guía de las meretrices de Londres, llamada las Listas de Harris (*Harris List* o *Covent-Garden ladies, Man of pleasure*), donde se describe a un centenar de prostitutas de postín. Por ejemplo, allí estaba Mrs. Pi-ce, que vivía en el número 7 de St. George Row, junto a Apollo Gardens y a la que dedica este dístico:

> *This lovely girl can boast a power of Charms when love antwines her in her*
> *Lover's*
> *arms.*

Coincidí en Londres con mi viejo amigo Leandro Fernández de Moratín, que llegaba pensionado por no sé cuál político del momento (¿Cabarrús, Godoy?) y lo celebramos lindamente, invitándome asimismo en casa del embajador, marqués del Campo, en su palacio de Manchester Square, hombre muy amable. Don Bernardo (como así le llamaban familiarmente) daba grandes comidas y saraos a los que asistían el médico Gimbernat, una

lumbrera, y el abate Pellicer.

Frecuenté muchos paisanos míos acudiendo a amplios locales donde se comía y bebía a discreción, como la «Oxford Tavern» o la «Dog Tavern», situada esta última, si mal no recuerdo, en el número 23 de la callejuela llamada Holywell (o del Pozo Santo) en las cercanías de las iglesias de Saint Mary-le-Strand y Saint Clemens Danes. Ambos templos, según creo, existen todavía, pero la calleja fue derribada para dar anchura al Strand en aquella zona. Había también otra taberna muy concurrida por nuestros compatriotas, «chez italianos» al parecer, llamada «Italian Coffee-House».

Una noche, en el teatro del Covent Garden, después de ver la representación de *The Irish Widow*, de Garrick, me encontré de sopetón, con mi admirado y querido Samuel Johnson, íntimo de Garrick, y nos abrazamos con gran alegría. Johnson me invitó a tomar una copa en su casa de Inner Temple Lane, en la que tenía su famosa biblioteca con el manuscrito de Macrobio. Nos arrellanamos ante la chimenea viendo el baile vivaz de las llamas, brindando reconfortados, con un buen oporto, por nuestras aventuras pasadas. Me contó cómo se había despedido de su vieja amiga Catalina Chambers, en trance ya de muerte:

—Dije un Padrenuestro. Luego, la besé. Ella me dijo que separarnos era la pena mayor que había sentido jamás y que esperaba que nos volveríamos a ver. Le expresé con los ojos hinchados y con una gran emoción enternecida las mismas esperanzas. Nos besamos y nos separamos. Humildemente espero encontrarnos de nuevo y no separarnos más.

—Es emocionante. Luego le pregunté por el éxito de la arquitectura oblicua del padre Tosca, que Johnson se había comprometido a hacer triunfar en Inglaterra. Me contestó diciendo:

—Las teorías del padre Tosca tuvieron tanto éxito, divulgadas por mis conferencias y artículos que, entusiasmados por la arquitectura oblicua, dos profesionales excelentes, los arquitectos Strahan y Dodsley, siguiendo tales teorías, construyeron una casa en Fleet Street. Se confundieron, no obstante, con los planos y equivocaron el grado de inclinación del edificio, el cual se derrumbó encima de un carruaje tirado por cuatro caballos, propiedad del doctor Taylor, resultando lesionados los dos postillones y los caballos así como un perro afgano, favorito querido

del prestigioso cirujano.

—¡Qué mala suerte!

Después, bruscamente, cambiando de conversación, añadió:

—Por cierto, tengo para usted el retrato que me dio la princesa Nekayah con el encargo de dárselo personalmente. Es el retrato que le estaba haciendo el pintor Imlac cuando la conocimos. Se lo voy a traer.

Oí cómo abría armarios y cajones, regresando de inmediato con una tabla de madera pintada. Allí estaba Nekayah con una diadema de perlas. La voz de Johnson se alzó, tuteándome por primera vez. Había algo paternal en su tono:

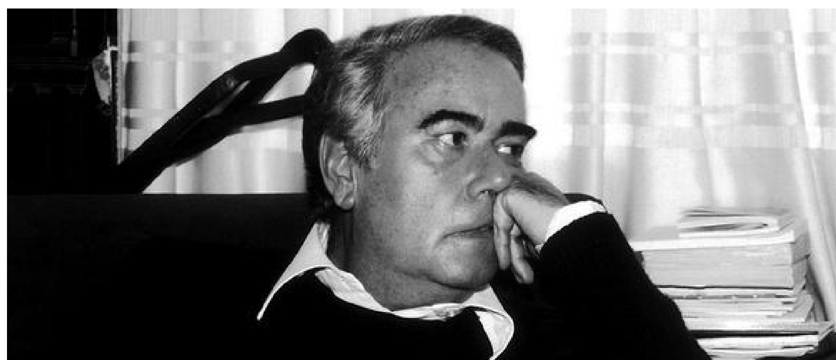
—¿Por qué te fuiste tan repentinamente? ¿Por qué?

La noche seguía avanzando en nuestras vidas, y desde la calle, cuando ya empezaba a clarear, nos llegaban las primeras voces de los vendedores ambulantes, montando sus tenderetes y sus carritos. Nos subía por la sangre un mundo perdido y el sordo despertar de la gran ciudad.

32

Ahora, desde Palermo, evoco aquellos días pasados y contemplo, sentado en mi sillón frailero, la sonrisa tierna de la princesa Nekayah, asomada en la tabla. Hace algo de frío y ya estoy un poco viejo. La vuelvo a mirar. ¿Qué le habrá sucedido en la vida a mi princesa? Sigue ahí sonriéndome, con la misma sonrisa de cuando nos despedimos. Es una sonrisa clara y limpia.

Se ha abierto un cajón de mi escritorio y ha aparecido un gnomo. Por primera vez no se ha burlado de mí; sólo me ha mirado tristemente, con lágrimas en los ojos.



JOAN PERUCHO (Barcelona, 7 de noviembre de 1920, Barcelona, 30 de octubre del 2003). Nacido en el barrio de Gracia, alternó la labor de escritor con la actividad profesional de juez.

Publicó su primer libro en 1947, *Sota la sang*, pero no sería hasta la década de los ochenta que le llegó el éxito y reconocimiento popular con la reedición de la novela *Les històries naturals*. Escrita en 1960, esta fue traducida a más de quince idiomas y este éxito se confirmó con la publicación de *Les aventures del cavaller Kosmas* que obtuvo los premios Ramon Llull, Nacional de Crítica Catalana y J. Creixells.

Perucho cultivó todos los géneros. En poesía cabe destacar *Quadern d'Albinyana*, y en prosa periodística *La meva visió del món* o *La darrera mirada*.

Fue Doctor Honoris Causa por la Universitat Rovira i Virgili, miembro de la Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, y miembro y socio de honor de la Associació d’Escriptors en Llengua Catalana. Toda su obra comparte una misma voz muy personal, estructurada sobre un fondo de ficción, con mitos fantásticos, mundos misteriosos y llena de referencias dirigidas a un público culto.